

IMPRIMIR

VIDA DE LA VIRGEN MARÍA

SOR MARÍA DE JESÚS DE AGREDA

Editado por
elaleph.com

© 1999 – Copyright www.elaleph.com
Todos los Derechos Reservados

CAPITULO PRIMERO

*Los padres de María. - Esterilidad de Ana. - Purísima Concepción. -
Formación del hermoso cuerpo y el alma hermosísima de la Virgen.*

En aquella noche tan pesada de la ley antigua, determinó Dios dar prendas ciertas del día de la gracia, enviando al mundo dos luceros clarísimos que anunciaran la claridad ya vecina del Sol de justicia, Cristo nuestra salud. Estos fueron San Joaquín y Santa Ana, prevenidos y criados por la divina voluntad para que fuesen hechos a medida de su corazón. San Joaquín tenía casa, familia y deudos en Nazareth, pueblo de Galilea. Y fue siempre varón justo y santo, ilustrado con especial gracia y luz de lo alto. Tenía inteligencia de muchos misterios de las Escrituras y Profetas antiguos; y con oración continua y fervorosa pedía a Dios el cumplimiento de sus promesas; y su fe y caridad penetraban los cielos. Era varón puro, de costumbres santas y suma sinceridad; pero de gran peso y severidad y de incomparable compostura y honestidad.

Santa Ana tenía su casa en Belén, y era doncella castísima, humilde y hermosa, y desde su niñez santa, compuesta y llena de virtudes. Tuvo también grandes y continuas ilustraciones del Altísimo; y siempre ocupaba su interior con altísima contemplación, siendo juntamente muy oficiosa y trabajadora, con que llegó a la plenitud de la perfección de las vidas activa y contemplativa. Tenla noticia infusa de las Escrituras divinas y profunda inteligencia de sus escondidos misterios y sacramentos; y en las virtudes infusas, fe, esperanza y caridad, fue incomparable. Con estos dones prevenida, oraba continuamente por la venida del Mesías; y sus ruegos fueron tan aceptos al Señor para acelerar el paso, que singularmente le pudo responder había herido su corazón en uno de sus cabellos.

Pasaron estos santos casados veinte años sin sucesión de hijos: cosa que en aquella edad y pueblo se tenía por más infelicidad y des-

gracia, a cuya causa padecieron entre sus vecinos y conocidos muchos oprobios y desprecio; que los que no tenían hijos se reputaban como excluidos de tener parte en la venida del Mesías que esperaban. Pero el Altísimo, que por medio de esta humillación los quiso afligir y disponer para la gracia que les prevenía, les dio tolerancia y conformidad para que sembrasen con lágrimas y oraciones el dichoso fruto que después habían de coger. Hicieron grandes peticiones de lo profundo de su corazón, teniendo para esto especial mandato de lo alto; y ofrecieron al Señor, con voto expreso, que si les daba hijos, consagrarían a su servicio en el templo el fruto que recibiesen de bendición. Y el hacer este ofrecimiento fue por especial impulso del Espíritu Santo, que ordenaba cómo antes de tener ser la que había de ser morada de su unigénito Hijo, fuese ofrecida y como entregada por sus padres al mismo Señor.

Ordenó el Altísimo que la embajada de la concepción de su Madre santísima fuese en algo semejante a la que después se había de hacer de su inefable Encarnación. Porque Santa Ana estaba meditando con humilde fervor en la que había de ser madre de la Madre del Verbo encarnado; y la Virgen Santísima hacía los mismos actos y propósitos para la que había de ser Madre de Dios. Y fue uno mismo el Ángel de las dos embajadas, y en forma humana, aunque con más hermosura y misteriosa apariencia, se le mostró a la Virgen María.

Nunca descubrió la prudente matrona Ana el secreto a San Joaquín, ni a otra criatura alguna, de que su hija había de ser Madre del Mesías. Ni el santo padre en el discurso de la vida conoció más de que sería grande y misteriosa mujer; pero en los últimos alientos, antes de la muerte, se lo manifestó el Altísimo.

Prevenidas tenía la divina Sabiduría todas las cosas, para sacar en limpio del borrón de toda la naturaleza a la Madre de la gracia. Estaba ya junta y cumplida la congregación y número de los Patriarcas antiguos y Profetas, y levantados los altos montes sobre quien se debía edificar esta ciudad mística de Dios. Habíala señalado con el poder de su diestra incomparables tesoros de su divinidad para dotarla y enri-

quecerla. Teníale mil ángeles aprestados para su guarnición y custodia, y que la sirviesen como vasallos fidelísimos a su Reina y Señora. Preparóla un linaje real de quien descendiese; y escogióla padres santísimos y perfectísimos, de quien inmediatamente naciese, sin haber otros más santos en aquel siglo; que si los hubiera, y fueran mejores y más idóneos para padres de la que el mismo Dios elegía por madre, los escogiera el Todopoderoso.

Dispúsolos con abundante gracia y bendiciones de su diestra, y los, enriqueció con todo género de virtudes y con iluminación de la divina ciencia y dones del Espíritu Santo. Y después de haberles evangelizado a los dos santos Joaquín y Ana que se les daría una hija admirable y bendita entre las mujeres, se ejecutó la obra de la primera concepción, que era la del cuerpo purísimo de María. Tenían los padres de edad, cuando se casaron, Santa Ana veinticuatro años y Joaquín cuarenta y seis. Pasáronse veinte años después del matrimonio sin tener hijos, y así tenía la madre al tiempo de la concepción de la hija cuarenta y cuatro años, y el padre sesenta y seis. Y aunque fue por el orden común de las demás concepciones; pero la virtud del Altísimo la quitó lo imperfecto y desordenado, y la dejó lo necesario y preciso de la naturaleza, para que se administrase la materia debida de que se había de formar el cuerpo más excelente que hubo ni ha de haber en pura criatura.

Puso Dios término a la naturaleza en los padres, y la gracia previno que no hubiese culpa ni imperfección, pero virtud y merecimiento, y toda medida en el modo; que siendo natural y común, fue gobernado, corregido y perfeccionado con la fuerza de la divina gracia, para que ella hiciese su efecto sin estorbo de la naturaleza. Y en la santa matrona Ana resplandeció más la virtud de lo alto por la esterilidad natural que tenía; con lo cual de su parte el concurso fue milagroso en el modo, y en la substancia más puro: y sin milagro no podía concebir; porque la concepción que se hace sin él y por sola natural virtud y orden, no ha de tener recurso ni dependencia inmediata de otra causa sobrenatural, más que de sola la de los padres, que así como

concurren naturalmente al efecto de la propagación, así también administran la materia y concurso con imperfección y sin medida.

Pero en esta concepción, aunque el padre no era naturalmente infecundo, por la edad y templanza estaba ya la naturaleza corregida y casi atenuada; y así fue por la divina virtud animada, reparada y prevenida de suerte que pudo obrar y obró de su parte con toda perfección y tasa de las potencias, y proporcionadamente a la esterilidad de la madre. Y en entrambos concurrieron la naturaleza y la gracia; aquélla cortés, medida y sólo en lo preciso e inexcusable, y ésta superabundante, poderosa y excesiva, para absorber a la misma naturaleza no confundiéndola, pero realzándola y mejorándola con modo milagroso: de suerte que se conociese cómo la gracia había tomado por su cuenta esta concepción, sirviéndose de la naturaleza 1,0 que bastaba para que esta inefable hija tuviese padres naturales.

Y el modo de reparar la esterilidad de la santísima madre Ana no fue restituyéndole el natural temperamento que le faltaba a la potencia natural para concebir, para que así restituido concibiese como las, demás mujeres sin diferencia; pero el Señor concurrió con la potencia estéril con otro modo más milagroso para que administrase materia natural de que se formase el cuerpo. Y así la potencia y la materia fueron naturales; pero el modo de moverse fue por milagroso concurso de la virtud divina. Y cesando el milagro de esta admirable concepción, se quedó la madre en su antigua esterilidad para no concebir más, por no habersele quitado ni añadido nueva calidad al temperamento natural. Este milagro me parece se entenderá con el que hizo Cristo Señor nuestro cuando San Pedro anduvo sobre las aguas, que para sustentarlo no fue necesario endurecerlas ni convertirlas en cristal o hielo, sobre que anduviese naturalmente, y pudieran andar otros sin milagro más del que se hiciera en endurecerlas; pero sin convertirlas en duro hielo pudo el Señor hacer que sustentasen al cuerpo del Apóstol, concurriendo con ellas milagrosamente, de suerte que pasado el milagro se hallaron las aguas líquidas, y aún lo estaban también

mientras San Pedro corría por ellas, pues comenzó a zozobrar y a anegarse; y sin alterarlas con nueva cualidad se hizo el milagro.

Muy semejante a éste (aunque mucho más admirable) fue el milagro de concebir Ana, madre de María Santísima: y así estuvieron en esto sus padres gobernados con la gracia, tan abstraídos de la concupiscencia y delectación, que le faltó aquí a la culpa original el accidente imperfecto, que de ordinario acompaña a la materia o instrumento con que se comunica. Quedó sola la materia desnuda de imperfección, siendo la acción meritoria.

En esta formación del purísimo cuerpo de María anduvo tan vigilante (a nuestro entender) la sabiduría y poder del Altísimo, que le compuso con gran peso y medida en la cantidad y cualidades de los cuatro humores naturales, sanguíneo, melancólico, flemático y colérico; para que con la proporción perfectísima de esta mezcla y compostura ayudase sin impedimento a las operaciones del alma tan santa como le había de animar y dar vida. Y este milagroso temperamento fue después como principio y causa en su género para la serenidad y paz que conservaron las potencias de la Reina del cielo toda su vida, sin que alguno de estos humores le hiciese guerra ni contradicción, ni predominase a los otros; antes bien se ayudaban y servían recíprocamente, para conservarse en aquella bien ordenada fábrica sin corrupción ni putrefacción; porque jamás la padeció el cuerpo de María Santísima: ni le faltó ni sobró cosa alguna; pero todas las cualidades y cantidad tuvo siempre ajustadas en proporción, sin más ni menos sequedad o humedad de la necesaria para la conservación, ni más calor de lo que bastaba para la defensa y decocción, ni más frialdad de laque se pedía para refrigerar y ventilarse los demás humores.

El día en que sucedió la primera concepción del cuerpo de María Santísima, fue domingo correspondiente al de la creación de los ángeles, cuya Reina y Señora había de ser superior a todos. Y aunque para la formación y aumento de los demás cuerpos son necesarios, por orden natural y común, muchos días para que se organicen y reciban la última disposición para infundirse en ellos el alma racional, y dicen

que para los varones se requieren cuarenta y para las mujeres ochenta, poco más o menos, conforme al calor natural y disposición de las madres; pero en la formación corporal de María Santísima la virtud divina aceleró el tiempo natural, y lo que en ochenta días (o los que naturalmente eran necesarios) se había de obrar, se hizo más perfectamente en siete. En los cuales fue organizado y preparado aquel milagroso cuerpo en el aumento y cantidad debida en el vientre de -Santa Ana, para recibir la alma santísima de su hija, Señora y Reina nuestra.

Y el sábado siguiente, y próximo a esta primera concepción, se hizo la segunda, criando el Altísimo el alma de su Madre, e infundiéndola en su cuerpo; con que entró en el mundo la pura criatura más santa, perfecta y agradable a sus ojos de cuantas ha criado y criará hasta el fin del mundo, ni por sus eternidades. En la correspondencia que tuvo esta obra con la que hizo Dios criando todo el resto del mundo en siete días, como lo refiere el Génesis, tuvo el Señor misteriosa atención; pues aquí sin duda descansó con la verdad de aquella figura, habiendo criado la suprema criatura de todas, dando con ella principio a la obra de la encarnación del Verbo divino y a la redención del linaje humano. Y así fue para Dios este día como festivo y de Pascua, y también para todas las criaturas.

Por este misterio de la Concepción de María Santísima ha ordenado el Espíritu Santo que el día del sábado fuese consagrado a la Virgen en la santa Iglesia, como día en que se hizo para ella el mayor beneficio, criando su alma santísima y uniéndola con su cuerpo, -sin que resultase el pecado original ni efecto suyo. Y el día de su concepción, que celebra hoy la Iglesia, fue, no el de la primera de sólo el cuerpo, sino el día de la segunda concepción o infusión del alma, con la cual estuvo nueve meses ajustados en el vientre de, Santa Ana, que son los que hay desde la Concepción hasta la Natividad de esta Reina.

Al tiempo de infundirse el alma en el cuerpo de esta divina Señora, quiso el Altísimo que su madre Santa Ana sintiese y reconociese la presencia de la Divinidad por modo altísimo con que fue llena del

Espíritu Santo, y movida interiormente con tanto júbilo y devoción sobre sus fuerzas ordinarias, que fue arrebatada en un éxtasis soberano, donde fue ilustrada con altísimas inteligencias de muy escondidos misterios, y alabó al Señor con nuevos cánticos de alegría.

CAPITULO II

Inquieta a Lucifer el preñado de Ana. - Intenta derribar la casa de Joaquín. - Incita a ciertas mujeres a mofarse lo la embarazada, - Nace la Virgen en un raptó extático. - El arcángel Gabriel baja al limbo con la nueva. - Una legión angélica presenta en un escudo resplandeciente el dulce nombre de María

La felicísima -madre Santa Ana corría su preñado toda espiritualizada con divinos efectos Y suavidad que sentía en sus potencias; pero la divina Providencia, para mayor corona y seguridad de su próspera navegación de la santa, ordenó que llevase algún lastre de trabajos, porque sin ellos no se logran harto los frutos de la gracia y del amor. Y para mejor entender lo que a esta santísima matrona sucedió, se debe advertir que el demonio, después que con sus malos ángeles fue derribado del cielo a las penas infernales, andaba siempre desvelado, atendiendo y acechando a todas las mujeres más santas de la ley antigua, para reconocer si topaba con aquella cuya señal había visto, y cuya planta le había de hollar y quebrantar la cabeza.

Con esta malignidad y astucia advirtió mucho en la extremada santidad de la gran matrona Ana, y en todo lo que alcanzaba de cuanto en ella iba sucediendo: y aunque no pudo conocer el valor del tesoro que su dichoso vientre encerraba (porque el Señor le ocultaba este y otros misterios), pero sentía contra sí una grande fuerza y virtud que redundaba de Santa Ana; y el no poder penetrar la causa de aquella poderosa eficacia le traía a tiempos muy turbado y zozobrado en su mismo furor.

Turbado el dragón con estos recelos, determinó quitar la vida, si pudiera, a la dichosísima Ana; y si no lo conseguía, procurar a lo menos que tuviese mal gozo de su preñado. Porque era tan desmedida la soberbia de Lucifer, que se persuadía podría vencer o quitar la vida (si no se le ocultaba) a la que fuese Madre del Verbo humanado y al

mismo Mesías reparador del mundo. Y esta suma arrogancia fundaba en que su naturaleza de ángel era superior en condición y fuerzas a la naturaleza humana: como si a una y a otra no fuera superior la gracia, y entrambas no estuvieran subordinadas a, la voluntad de su Criador. Con esta audacia se animó a tentar a Santa Ana con muchas sugestiones, espantos, sobresaltos y desconfianzas de la verdad de su preñado, representándole su larga edad y dilación. Y todo esto hacía el demonio para explorar la virtud de la santa, y ver si el efecto de estas sugestiones abría algún Portillo por donde él pudiese entrar a saltarle la voluntad con algún consentimiento.

Y habiendo procurado primero derribar la casa de San Joaquín y Santa Ana, para que con el susto se alterase y moviese, y como no lo pudo conseguir porque los ángeles santos le resistieron, irritó a unas mujercillas flacas conocidas de Santa Ana para que riñesen con ella, como lo hicieron con grande ira, injuriándola con palabras muy desmedidas de contumelia; y entre ellas hicieron gran mofa de su preñado, diciéndola que era embuste del demonio salir con aquello al cabo de tantos años y vejez.

No se turbó Santa Ana con esta tentación; antes con toda mansedumbre y caridad sufrió las injurias y acarició a quien se las hacía; y desde entonces miró a aquellas mujeres con más afecto, y les hizo mayores beneficios. Con esto quedó vencido el dragón, pero no rendido, porque luego se valió de una criada que servía a los santos casados, y la irritó contra Santa Ana; de suerte que aquella fue peor que las otras mujeres, porque era enemigo doméstico, y por esto más pertinaz y peligroso. No me detengo en referir lo que intentó el enemigo por medio de esta criada, porque fue lo mismo que por las otras mujeres, aunque con mayor molestia y riesgo de la santa matrona; pero con el favor divino alcanzó victoria de esta tentación más gloriosamente que de las otras.

Llegó el día alegre para el mundo del parto felicísimo de Santa Ana, y nacimiento de la que venía a él santificada y consagrada para Madre del mismo Dios. Sucedió a este parto a los ocho días del mes de

Septiembre, cumplidos nueve meses enteros después de la concepción del alma santísima, de nuestra Reina y Señora. Fue prevenida su madre Ana con ilustración interior, en que el Señor le dio aviso de que llegaba la hora de su parto. Y llena de gozo del divino Espíritu, atendió a su voz; y postrada en oración pidió al Señor la asistiese su gracia y protección para el buen suceso de su parto. Sintió luego un movimiento en el vientre, que es el natural de las criaturas para salir a luz. Y la más que dichosa niña María al mismo tiempo fue arrebatada por providencia y virtud divina en un éxtasis altísimo, en el cual absorta y abstraída de todas las operaciones sensitivas nació al mundo sin percibirlo por el sentido; como pudiera conocerlo por ellos, si junto con el uso de razón que tenía, los dejaran obrar naturalmente en aquella hora; pero el poder del muy alto lo dispuso en esta forma para que la Princesa del cielo no sintiese lo natural de aquel suceso del parto.

Nació pura, limpia, hermosa y llena toda de gracias, publicando en ellas que venía libre de la ley y tributo del pecado. Y aunque nació como los demás hijos de Adán en la substancia, pero con tales condiciones y accidentes de gracias, que hicieron este nacimiento milagroso y admirable para toda la naturaleza y alabanza eterna del Autor. Salió, pues, este divino lucero al mundo a las doce horas de la noche, comenzando a dividir la de la antigua ley y tinieblas primeras, del día nuevo de la gracia, que ya quería amanecer. Envolviéronla en paños, y fue puesta y aliñada como los demás niños la que tenía su mente en la Divinidad; y fue tratada como párvula la que en sabiduría excedía a los mortales y a los mismos ángeles. No consintió su madre que por otras manos fuese tratada entonces, antes ella por las suyas la envolvió en las mantillas, sin embarazarla el sobrepardo: porque fue libre de las pensiones onerosas que tienen de ordinario las otras madres.'Al punto que nació nuestra Princesa María, envió el Altísimo al santo arcángel Gabriel para que evangelizase a los santos Padres del limbo esta nueva tan alegre para ellos. Y el embajador celestial bajó luego, ilustrando aquella profunda caverna y alegrando a los justos que en ella estaban detenidos. Anuncióles cómo ya comenzaba a amanecer el día de la

felicidad eterna y reparación del linaje humano, tan deseado y esperado de los santos Padres y prenunciado de los Profetas, porque ya era nacida la que sería Madre del Mesías prometido; y que verían luego la salud y la gloria del Altísimo. Y dióles noticia el santo Príncipe de' las excelencias de María Santísima y de lo que la mano del Omnipotente habla comenzado a obrar en ella, para que conocieran mejor el dichoso principio del misterio que daría fin a su prolongada prisión: con que se alegraron en espíritu todos aquellos Padres y Profetas y los demás justos que estaban en el limbo, y con nuevos cánticos alabaron al Señor por este beneficio.

A los ocho días del nacimiento de la gran Reina descendieron de las alturas multitud de ángeles hermosísimos y rozagantes, y traían un escudo en que venía grabado brillante y resplandeciente el nombre de MARIA; y manifestándose todos a la dichosa madre Ana, la dijeron: que el nombre de su hija era el que llevaban allí de MARIA; que la divina Providenciase le había dado, y ordenaba que se le pusiesen luego ella y Joaquín. Llamóle la santa, Y confirieron la voluntad de Dios para dar nombre a su hija; y el más que dichoso padre recibió el nombre con júbilo y devoto afecto. Determinaron convocar a los parientes y a un sacerdote; y con mucha solemnidad y convite suntuoso pusieron María a la recién nacida; y los ángeles lo celebraron con dulcísima y grandiosa música.

CAPITULO III

Infancia santa de María. - Dudas de la autora. Traje que usaba la Niña. - Su caridad con los pobres. Se cumple el plazo en que han de llevarla al templo. - Queda en él a cargo de Ana, profetisa.

La Niña soberana era tratada como los demás niños de su edad. Era su comida la común, aunque la cantidad muy poca, y lo mismo era del sueño, aunque la aplicaban para que durmiese. Pero no era molesta, ni jamás lloró con el enojo de otros niños, mas era en extremo agradable y apacible; y disimulábase mucho esta maravilla con llorar y sollozar muchas veces por los pecados del mundo, y por alcanzar el remedio de ellos y la venida del Redentor de los hombres. De ordinario tenía (aun en aquella infancia) el semblante alegre, pero severo y con peregrina majestad, sin admitir jamás acción pueril, aunque tal vez admitía algunas caricias; pero las que no eran de su madre (y por eso menos medidas) las moderaba en lo imperfecto con especial virtud y la severidad que mostraba. Su prudente madre Ana trataba a la Niña con incomparable cuidado, regalo y caricia: y también su padre Joaquín la amaba como padre y como santo, aunque entonces ignoraba el misterio, y la Niña se mostraba con su padre más amorosa, como quien le conocía por padre y tan amado de Dios. Y aunque admitía de él más caricias que de otros, pero en el padre y en los demás puso Dios desde luego tan extraordinaria reverencia y pudor para la que había elegido por Madre, que aun el cándido afecto y amor de su padre era siempre muy medido y templado en las demostraciones sensibles.

Reina y Señora del cielo, si como piadosa Madre y mi Maestra oís mis ignorancias sin ofenderos de ellas, preguntaré a vuestra dignación algunas dudas que en este capítulo se me han ofrecido. Y si mi ignorancia y osadía pasare a ser yerro, en lugar de responderme, corregidme, Señora, con vuestra maternal misericordia. Mi duda es: ¿si

en aquella infancia sentíades la necesidad y hambre que por orden natural sienten los otros niños? Y siendo así que padecíades estas penalidades, ¿cómo pedíais el alimento y socorro necesario, siendo tan admirable vuestra paciencia, cuando a los otros niños el llanto sirve de lengua y de palabras? También ignoro ¿si a Vuestra Majestad eran penosas las pensiones de aquella edad, como envolveros en paños, y desenvolver vuestro virginal cuerpo, el, daros la comida de niños, y otras cosas que los demás reciben sin uso de razón para conocerlas, y a Vos, Señora, nada se escondía? Porque me parece casi imposible que en el modo, en el tiempo, en la cantidad y en otras circunstancias no hubiese exceso o falta, considerándoos yo en la edad de niña, y grande en la capacidad, para dar a todo la ponderación, que pedía. Vuestra prudencia celestial conservaba digna majestad y compostura; vuestra edad, naturaleza y sus leyes pedían lo necesario: no lo pedíais como niña llorando, ni como grande hablando, ni sabían vuestro dictamen, ni os trataban según el estado de la razón que teníais, ni vuestra madre santa lo conocía todo, ni todo lo podía hacer ni acertar, ignorando el tiempo y el modo, ni tampoco en todas las cosas pudiera ella servir a Vuestra Majestad.

No era muy rica la casa de Joaquín, pero tampoco era pobre: y conforme al honrado porte de su familia, deseaba Santa Ana aliñar a su Hija con el vestido mejor que pudiese, dentro de los términos de la honestidad y modestia. La Niña admitió este afecto materno mientras no hablaba, sin resistir a ello; pero cuando comenzó a hablar, pidió con humildad a su madre no le pusiese vestido costoso ni de alguna gala, antes fuese grosero, pobre y traído por otros (si fuese posible), y de color pardo de ceniza, cual es el que hoy usan las religiosas de Santa Clara.

En llegando, a los dos años comenzó a señalarse mucho en el afecto y caridad con los pobres. Pedía a su madre Santa Ana limosna para ellos; y la piadosa madre satisfacía juntamente al pobre y a su Hija santísima, y la exhortaba a que los amase, y reverenciase a la que era maestra de caridad y perfección. Y a más de lo que recibía para

distribuir a los pobres, reservaba alguna parte de su comida para darles desde aquella edad, porque pudiese decir mejor que el santo Job: "Desde mi niñez creció la miseración conmigo". Daba al pobre la limosna, no como quien le hacía beneficio de gracia, sino como quien pagaba de justicia la deuda, y decía en su corazón: "A este hermano y señor mío se le debe y no lo tiene, y yo lo tengo sin merecerlo"; y entregando la limosna besaba la mano del pobre, y si estaba a solas le besaba los pies; y si no podía hacerlo, besaba el suelo donde había pisado.

Su madre Santa Ana, según el amor y luz que tenía, estaba atenta a la divina Princesa, y en sus acciones bendecía al Altísimo; pero como se iba acercando el tiempo de llevarla al templo, crecía con el amor el sobresalto de ver que cumplido el plazo de los tres años señalado por el Todopoderoso, la ejecutaría luego para que cumpliera con su voto.

Pocos días antes que cumpliera María Santísima los tres años, tuvo una visión de la Divinidad, abstractivamente, en que le fue manifestado se llegaba ya el tiempo en que Su Majestad ordenaba llevarla a su templo, donde viviese dedicada y consagrada a su servicio. Luego tuvo Santa Ana otra visión en que la mandó el Señor cumpliera, la promesa llevando al templo a su Hija, para presentar a Su Majestad el mismo día que cumpliera los tres años. Y no hay duda fue este mandato de mayor dolor para la madre que el de Abraham en sacrificar a su hijo Isaac; pero el mismo Señor la consoló y confortó, prometiéndola su gracia y su asistencia en la soledad de quitarle a su amada Hija.

Cumplido ya el tiempo, de los tres años determinados por el Señor, salieron de Nazareth Joaquín y Ana, acompañados de algunos deudos, llevando consigo la verdadera arca viva del testamento, María Santísima, en los brazos de su madre, para depositarla en el templo santo de Jerusalén. Corría la hermosa Niña con sus afectos fervorosos tras el olor de los ungüentos de su amado, para buscar en el templo al mismo que llevaba en su corazón. Iba esta humilde procesión muy

sola de criaturas terrenas, y sin alguna visible ostentación, pero con ilustre y numeroso acompañamiento de espíritus angélicos, que para celebrar esta fiesta habían bajado del cielo a más de los ordinarios que guardaban a su Reina niña, y cantando con música celestial nuevos cánticos de gloria, prosiguieron su jornada de Nazareth hasta la ciudad santa de Jerusalén, sintiendo los dichosos padres grande júbilo y consolación de su espíritu.

Llegaron al templo, y la bienaventurada Ana, para entrar con su Hija en él, la llevó de la mano, asistiéndolas particularmente el santo Joaquín; y todos tres hicieron devota y fervorosa oración al Señor: los padres ofreciéndole a su Hija, y la Hija ofreciéndose a sí misma con profunda humildad, adoración y reverencia.

La subida de este colegio tenía quince gradas, adonde salieron otros sacerdotes a recibir la bendita niña María; y el que la llevaba, que debía ser uno de los ordinarios y la había recibido, la puso en la grada primera; ella le pidió licencia, y volviéndose a sus padres Joaquín y Ana, hincando las rodillas les pidió su bendición y les besó la mano a cada uno, rogándoles la encomendasen a Dios. Los santos padres, con gran ternura y lágrimas, la echaron bendiciones, y en recibiendo las subió por sí sola las quince gradas con incomparable fervor y alegría, sin volver la cabeza ni derramar lágrimas, ni hacer acción pàrvula, ni mostrar sentimiento de la despedida de sus padres; antes puso a todos en admiración el verla en edad tan tierna con majestad y entereza tan peregrina. Los sacerdotes la recibieron y llevaron al colegio de las demás vírgenes; y el santo Simeón, sumo sacerdote, la entregó a las maestras, una de las cuales era Ana, profetisa. Esta santa matrona había sido prevenida con especial gracia y luz del Altísimo, para que se encargase de aquella niña de Joaquín y Ana, y así lo hizo, mereciendo por su santidad y virtudes tener por discípula a la que había de ser Madre de Dios y maestra de todas las criaturas.

Joaquín y Ana se volvieron a Nazareth doloridos, y pobres sin el rico tesoro de su casa, pero el Altísimo los confortó y consoló en ella. El santo sacerdote Simeón, aunque por entonces no conoció el miste-

rio encerrado en la niña María, pero tuvo grande, luz de que era santa y escogida del Señor; y los otros sacerdotes también sintieron de ella con grande alteza y reverencia. En aquella escala que subió la Niña se ejecutó con toda propiedad lo que Jacob vio en la suya, que subían y bajaban ángeles, unos que acompañaban, y otros que salían a recibir a su Reina; y en lo supremo de ella aguardaba Dios para admitirla por Hija y por Esposa; y ella conoció, en los efectos de su amor, que verdaderamente aquélla era casa de Dios y puerta del cielo.

CAPITULO IV

Vida de María en el templo. - Muerte de San Joaquín.

Cuando la divina niña María, despedidos sus padres, se quedó en el templo para vivir en él, le señaló su maestra el retiro que le tocaba entre las demás vírgenes, que eran como unas grandes alcobas o pequeños aposentos para cada una. Hizo luego la santísima Niña en presencia del Señor el voto de castidad, y en lo demás sin obligarse renunció todo el afecto de lo terreno y criado; y propuso obedecer por Dios a todas las criaturas. Y en el cumplimiento de estos propósitos fue más puntual, fervorosa y fiel que ninguno de cuantos por voto lo prometieron ni prometerán.

Dióle también la maestra orden de vivir a la dulcísima Niña, habiéndolo comunicado primero con el sumo sacerdote; y con esta desnudez y resignación consiguió la Reina y Señora de las criaturas quedar sola, destituida y despojada de todas ellas y de sí misma, sin reservar otro afecto ni posesión, mas sólo el amor ardentísimo del Señor y de su propio abatimiento y humillación. Yo confieso mi suma ignorancia, mi vileza, mi insuficiencia, y que del todo me hallo indigna para explicar misterios tan soberanos y ocultos: donde las lenguas expeditas de los sabios y la ciencia y amor de los supremos Querubines y Serafines fueran insuficientes, ¿qué podrá decir una mujer inútil y abatida?

Ocho días antes de la muerte del santo patriarca Joaquín, tuvo María Santísima aviso del Señor, declarándole el día y hora en que habla de morir, como en efecto sucedió, habiendo pasado sólo seis meses después que nuestra Reina entró a vivir en el templo. Después que su alteza tuvo estos avisos del Señor, pidió a doce ángeles (que eran los que nombra San Juan en el Apocalipsis) asistiesen a su padre Joaquín en su enfermedad, y le confortasen y consolasen en ella; y así lo hicieron. Y para la última hora de su tránsito envió a todos los de su

guarda, y pidió al Señor se los manifestase a su padre para mayor consuelo suyo. Concediólo el Altísimo, y en todo confirmó el deseo de su electa, única y perfecta; y el gran patriarca y dichoso Joaquín vio a los mil ángeles santos que guardaban a su hija María, a cuyas peticiones y votos sobreabundó la gracia del Todopoderoso.

Su alma fue llevada por los ángeles al limbo de los santos Padres y justos; y para nuevo consuelo y luz de la prolija noche en que vivían, ordenó el Altísimo que el alma del patriarca Joaquín fuese el nuevo paraninfo y legado de su gran Majestad, que diese parte a toda aquella congregación de justos cómo amanecía ya el día de la eterna luz, y era nacida el alba María Santísima, hija de Joaquín y de Ana, de quien nacería el sol de la divinidad, Cristo reparador de todo el linaje humano. Estas nuevas oyeron los padres y justos del limbo, y con el júbilo que recibieron, hicieron nuevos cánticos de alabanza.

Sucedió esta feliz muerte del patriarca San Joaquín medio año después que su hija María Santísima entró en el templo, que eran tres y medio de su tierna edad, cuando quedó sin padre natural en la tierra; y la edad del patriarca eran sesenta y nueve años, partidos y divididos en esta forma: de cuarenta y seis años recibió a Santa Ana por esposa; a los veinte años del matrimonio tuvieron a María Santísima, y tres y medio que Su Alteza tenía, hacen los sesenta y nueve y medio, días más o menos.

Difunto el santo patriarca y padre de nuestra Reina, volvieron luego a su presencia los santos ángeles de su custodia, y la dieron la noticia de todo lo sucedido en el tránsito de su padre; y luego la prudente Niña solicitó con oraciones el consuelo de su madre Santa Ana, pidiendo al Señor la gobernase y asistiese como padre en la soledad que la dejaba la falta de su esposo Joaquín. Envióle también la misma Santa Ana el aviso de la muerte, y diéronsele primero a la maestra de nuestra divina Princesa, para que dándole noticia de ella la consolase. Hízolo así la maestra, y la Niña la oyó con disimulación y agrado; pero con paciencia y modestia de reina, y que no ignoraba el suceso que le refería su maestra por nuevo. Pero como en todo era perfecta, se

fue luego al templo repitiendo el sacrificio de alabanza, humildad, paciencia y otras virtudes y oraciones, procediendo siempre con pasos tan acelerados como hermosos en los ojos del muy alto.

CAPITULO V

Llega María a la pubertad. - Mándala el Señor que tome esposo.

Obedece a pesar de sus votos, y el Sumo Sacerdote congrega a los varones libres que aspiran a la mano de María. - Florece la vara de José, y se celebran pus desposorios con la Virgen.

Sentía ya nuestra divina Princesa que se llegaba el claro día de la vista deseada del sumo bien, y como por crepúsculos y anuncios reconocía en sus potencias la fuerza de los rayos de aquella luz divina que ya se le acercaba. Enardecíase toda con la vecindad' de la invisible llama que alumbra y no consume.

Y con estas esperanzas y con la vista de los espíritus divinos se alentaron algo las ansias de María Santísima por la vista de su amado. Pero aquel linaje de amor que busca al objeto nobilísimo de la voluntad, sólo con él se satisface, y sin él, aunque sea con los mismos ángeles y santos, no descansa el corazón herido de las flechas del Todopoderoso.

A los trece años y medio, estando ya en esta edad muy crecida nuestra hermosísima princesa María purísima, tuvo otra visión abstractiva de la Divinidad por el mismo orden y forma que las otras de este género: en esta visión podemos decir sucedió lo mismo que dice la escritura de Abraham, cuando le mandó Dios sacrificar a su hijo querido Isaac, única prenda de todas sus esperanzas. Tentó Dios a Abraham - dice Moisés - probando y examinando su pronta obediencia para coronarla. A nuestra gran Señora podemos decir también que tentó Dios en esta visión, mandándola que tomase el estado de matrimonio.

Había celebrado el Altísimo con la divina princesa María solemne desposorio, cuando fue llevada al templo, confirmándole con la aprobación del voto de castidad que hizo, y con la gloria y presencia de todos los espíritus angélicos. Habíase despedido la candidísima

paloma de todo humano comercio, sin atención, sin cuidado, sin esperanza y sin amor a ninguna criatura, convertida toda y transformada en el amor casto y puro de aquel sumo bien que nunca desfallece, sabiendo que sería más casta con amarle, más limpia con tocarle y más virgen con recibirle. Hallándola en esta confianza el mandato del Señor, que recibiese esposo terreno y varón, sin manifestarle luego otra cosa, ¿qué novedad y admiración haría en el pecho inocentísimo de esta divina doncella, que vivía segura de tener por esposo a sólo el mismo Dios que se lo mandaba? Mayor fue esta prueba que la de Abraham; pues no amaba él tanto a Isaac, cuanto María Santísima amaba la inviolable castidad.

Turbóse algún poco la castísima doncella María, según la parte inferior, como sucedió después con la embajada del Arcángel San Gabriel; pero, aunque sintió alguna tristeza; no le impidió la más heroica obediencia, que hasta entonces había tenido, con que se resignó toda en las manos del Señor.

En el ínterin que nuestra gran Princesa se ocupaba cuidadosa con esta operación, ansias y congojas rendidas y prudentes, habló Dios en sueños al sumo sacerdote, que era el santo Simeón, y le mandó que dispusiese, cómo dar estado de casada a María, hija de Joaquín y Ana de Nazareth; porque Su Majestad la miraba con especial cuidado y amor. El santo sacerdote respondió a Dios, preguntándole su voluntad en la persona con quien la doncella María tomaría estado dándosela por esposa. Ordenóle el Señor que juntase a los otros sacerdotes y letrados, y les propusiese cómo aquella doncella era sola y huérfana, y no tenía voluntad de casarse; pero que, según la costumbre de no salir del templo las primogénitas sin tomar estado, era conveniente hacerlo con quien más a propósito les pareciese.

Obedeció el sacerdote Simeón a la ordenación divina; y habiendo congregado a los demás, les dio noticia de la voluntad del Altísimo y les propuso el agrado que Su Majestad tenía de aquella doncella María de Nazareth, según se le había revelado, y que hallándose en el templo, y faltándole sus padres, era obligación de todos ellos cuidar de su

remedio, y buscarle esposo digno de mujer tan honesta, virtuosa y de costumbres tan irrepreensibles, como todos habían conocido de ella en el templo; y a más de esto la persona, la hacienda, la calidad y las demás partes eran muy señaladas, para que se reparase mucho a quien todo se había de entregar. Añadió también que María de Nazareth no deseaba tomar estado de matrimonio; pero que no era justo saliese del templo sin él, porque era huérfana y primogénita.

Conferido este negocio en la junta de los sacerdotes y letrados, y movidos todos con impulso y luz del cielo, determinaron que en cosa donde se deseaba tanto el acierto, y el mismo Señor había declarado su beneplácito, convenía inquirir su santa voluntad en lo restante, y pedirle señalase por algún modo la persona que más a propósito fuese para esposo de María, y que fuese de la casa y linaje de David, para que se cumpliese con la ley. Determinaron para esto un día señalado, en que todos los varones libres y solteros de este linaje, que estaban en Jerusalén, se juntasen en el templo; y vino a ser aquel día el mismo en que nuestra Princesa del cielo cumplía catorce años de edad. Y como era necesario darle a ella noticia de este acuerdo y pedirla su consentimiento, el sacerdote Simeón la llamó, y la propuso el intento que tenían él y los demás sacerdotes de darla esposo antes que saliese del templo.

Esto sucedió nueve días antes del que estaba señalado para la última resolución y ejecución del acuerdo. Y en este tiempo la Santísima Virgen multiplicó sus peticiones al Señor con incesantes lágrimas y suspiros, pidiendo el cumplimiento de su divina voluntad en lo que tanto, según sus cuidados, le importaba. Un día de estos nueve se la apareció el Señor y la dijo: Esposa y paloma mía, dilata tu afligido corazón, y no se turbe ni contriste: yo estoy atento a tus deseos y ruegos, y lo gobierno todo, y por mi luz va regido el sacerdote: yo te daré esposo de mi mano, que no impido tus santos deseos, pero que con mi gracia te ayude en ellos: yo te buscaré varón perfecto conforme a mí corazón.

Llegó el día señalado, en que cumplía nuestra princesa María los catorce años, de su edad, y en él se juntaron los varones descendientes de la tribu de Judà y linaje de David, de quien descendía la soberana Señora, que a la sazón estaba en la ciudad de Jerusalén. Entre los demás fue llamado José, natural de Nazareth y morador de la misma ciudad santa; porque era uno de los del linaje real de David. Era entonces de edad de treinta y tres años, de persona bien dispuesta y agradable rostro, pero de incomparable modestia y gravedad; y sobre todo era castísimo de obras y pensamientos, con inclinaciones santísimas, y que desde doce años de edad tenía hecho voto de castidad. Era deudo de la Virgen María en tercer grado, y de vida purísima, santa e irreprochable en los ojos de Dios y de los hombres.

Congregados todos estos varones libres en el templo, hicieron oración al Señor junto con los sacerdotes, para que todos fuesen gobernado por su divino Espíritu en lo que debían hacer. El Altísimo habló al corazón del sumo sacerdote, inspirándole que a cada uno de los jóvenes allí congregados pusiese una vara seca en las manos, y todos pidiesen con viva fe a Su Majestad declarase por aquel medio a quién había elegido por esposo de María. Y como el buen, olor de su virtud y honestidad, y la fama de su hermosura, hacienda y calidad y ser primogénita y sola en su casa era manifiesto a todos, cada cual codiciaba la dichosa suerte de merecerla por esposa. Sólo el humilde y rectísimo José entre los congregados se reputaba por indigno de tanto bien; y acordándose del voto de castidad que tenía hecho, y proponiendo de nuevo, su perpetua observancia, se resignó en la divina voluntad, dejándose a lo que de él quisiera disponer, pero con mayor veneración y aprecio que otro alguno de la honesta doncella María. Estando todos los congregados en esta oración, se vio florecer la vara sola que tenía José, y al mismo tiempo bajar de arriba una paloma candidísima, llena de admirable resplandor, que se puso sobre la cabeza del mismo santo.

Con la declaración y señal del cielo los sacerdotes dieron a San José por esposo elegido del mismo Dios para la doncella María.

Y llamándola para el desposorio, salió la escogida como el sol más hermosa que la luna y apareció en presencia de todos con un semblante más que de ángel, de incomparable hermosura, honestidad y gracia, y los sacerdotes la desposaron con el más, casto y santo de los varones, José.

CAPITULO VI

Primeros, días de matrimonio. - Respeto que a José infundo María.

Llegados a su lugar de Nazareth, donde la Princesa del cielo tenía su hacienda y Pasas de sus dichosos padres, fueron recibidos y visitados de todos los amigos y parientes con el regocijo y aplauso que en tales ocasiones se acostumbra. Y habiendo cumplido con la natural obligación y urbanidad santamente, satisfaciendo a estas deudas temporales de la conversación y comercio de los hombres, quedaron libres y desocupados los dos santísimos esposos José y María en su casa. La costumbre había introducido entre los hebreos, que en algunos primeros días del matrimonio hiciesen los esposos examen y experiencia de las costumbres y condición de cada uno, para ajustarse mejor recíprocamente el uno con la del otro.

Con la virtud divina que el brazo poderoso obraba en los dos santísimos y castísimos esposos, sintieron incomparable júbilo y consolación; y la divina Princesa ofreció a San José corresponderle a su deseo como la que era Señora de las virtudes, y sin contradicción obraba en todo lo más alto y excelente de éstas. Dióle también el Altísimo a San José nueva, pureza y dominio sobre la naturaleza y sus pasiones, para que sin rebelión ni fomes, pero con admirable y nueva gracia, sirviese a su esposa María, y en ella a la voluntad y beneplácito del mismo Señor. Luego distribuyeron la hacienda heredada de San Joaquín y Santa Ana, padres de la santísima Señora, y una parte ofreció al templo donde había estado, otra se aplicó a los pobres y la tercera quedó a cuenta del santo esposo José para que la gobernase. Sólo reservó nuestra Reina para sí el cuidado de servirle y trabajar dentro de casa; porque del comercio de fuera y manejo de hacienda, comprando ni vendiendo, se eximió siempre la Virgen prudentísima.

En sus primeros años había aprendido San José el oficio de carpintero por más honesto y acomodado para adquirir el sustento de la vida; porque era pobre de fortuna, como arriba dije; y preguntóle a la santísima Esposa si gustaría que ejercitase aquel oficio para servirla y granjear algo para los pobres; pues era forzoso trabajar y no vivir ocioso. Aprobólo la Virgen, advirtiéndole a San José que el Señor no los quería ricos, sino pobres y amadores de los pobres, y para su amparo en lo que a su caudal se extendiese. Luego tuvieron los dos esposos una santa contienda sobre cuál de los dos había de dar la obediencia al otro como superior. Pero la que entre los humildes era humildísima, venció en humildad, y no consintió que, siendo el varón la cabeza, se pervirtiese el orden de la misma naturaleza; y quiso en todo obedecer a su esposo José, pidiéndole consentimiento sólo para dar limosna a los pobres del Señor.

Reconociendo el santo José en estos días con nueva luz del cielo las condiciones de su esposa María, su rara prudencia, su humildad, pureza y todas las virtudes sobre su pensamiento y ponderación, quedó admirado de nuevo, y con gran júbilo de su espíritu no cesaba con ardientes afectos de alabar al Señor y darle nuevas gracias por haberle dado tal compañía y esposa sobre sus merecimientos. Y para que esta obra fuese de todo perfecta (porque era principio de la mayor que Dios había de obrar con toda su omnipotencia), hizo que la Princesa del cielo infundiese con su presencia y vista en el corazón de su mismo esposo un temor y reverencia tan grandes, que con ningún linaje de palabras se puede explicar. Y esto le resultaba a San José de una refulgencia o rayos de divina luz que despedía de su rostro nuestra Reina, junto con una majestad inefable que siempre la acompañaba, con tanta mayor causa que a Moisés cuando bajó del monte, cuanto había sido más largo y más íntimo el trato y conversación con Dios.

Con estos divinos apoyos se fundó la casa y matrimonio de María Santísima y de José; y desde 8 de Septiembre, que se hizo el desposorio, hasta 25 de Marzo siguiente, que sucedió la encarnación del Verbo divino, vivieron los dos esposos, disponiéndolos el Altísimo

respectivamente para la obra que los había elegido: y la divina Señora ordenó las cosas de su persona y las de su casa.

CAPITULO VII

Prepárasela Encarnación. -Adornos simbólicos de María.

Grandes son las obras del Altísimo, porque todas fueron y son hechas con plenitud de ciencia y de bondad, en equidad y mesura. Ninguna es manca, inútil ni defectuosa, superflua ni vana: todas son exquisitas y magníficas, como el mismo Señor con la medida de su voluntad quiso hacerlas y conservarlas; y las quiso como convenían, para ser, en ellas conocido y magnificado. Pero todas las obras de Dios *ad extra*, fuera del misterio de la Encarnación, aunque son grandes, estupendas y admirables, y más admirables que comprensibles, no son más de una pequeña centella despedida del inmenso abismo de la Divinidad. Sólo este gran sacramento de hacerse Dios hombre pasible y mortal es la obra grande de todo el poder y sabiduría infinita, y la que excede sin medida a las demás obras y maravillas de su brazo poderoso; porque en este misterio, no una centella de la Divinidad, pero todo aquel volcán del infinito incendio que Dios es, bajó y se comunicó a los hombres, juntándose con indisoluble y eterna unión a nuestra terrena y humana naturaleza.

Si esta maravilla y sacramento del Rey se ha de medir con su misma grandeza, consiguiente era que la mujer, de cuyo vientre había de tomar forma de hombre, fuese tan perfecta y adornada de todas sus riquezas, que nada le faltase de los dones y gracias posibles, y que todas fuesen tan llenas, que ninguna padeciese mengua ni defecto alguno. Pues como esto era puesto en razón, y convenía a la grandeza del Omnipotente, así lo cumplió con María Santísima, mejor que el rey Asuero con la graciosa Esther, para levantarla al trono de su grandeza. Previno el Altísimo a nuestra Reina María con tales favores, privilegios y dones nunca imaginados de las criaturas, que cuando salió a vista de los cortesanos de este gran Rey de los siglos inmortal,

conocieron todos y alabaron el poder divino; y que si eligió una mujer para Madre, pudo y supo hacerla digna para hacerse Hijo suyo.

Llegó el día séptimo y vecino de este misterio, y fue llamada y elevada en espíritu la divina Señora, llevada corporalmente por mano de sus santos ángeles al cielo empíreo, quedando en su lugar uno de ellos que la representase en cuerpo aparente. Puesta en aquel supremo cielo, vio la Divinidad con abstractiva visión como otros días; pero siempre con nueva y mayor luz, y misterios más profundos, que aquel objeto voluntario sabe, y puede ocultar y manifestar.

Vistieron luego dos serafines por mandato del Señor a María Santísima una tunicela o vestidura larga, que como símbolo de, su pureza y gracia era tan hermosa y de tan rara candidez y belleza refulgente, que sólo un rayo de luz de los que sin número despedía, si apareciera al mundo, le diera mayor claridad sólo él que todo el número de las estrellas, si fueran soles; porque en su comparación toda luz que nosotros conocemos pareciera obscuridad. Al mismo tiempo que la vestían los serafines, le dio el Altísimo profunda inteligencia de la obligación en que la dejaba aquel beneficio de corresponder a Su Majestad con la fidelidad y amor, y con un alto y excelente modo de obrar, que en todo conocía; pero siempre se le ocultaba el fin que tenía el Señor de recibir carne en su virginal vientre. Todo lo demás reconocía nuestra gran Señora, y por todo se humillaba con indecible prudencia, y pedía el favor divino para corresponder a tal beneficio y favor.

Sobre la vestidura la pusieron los mismos serafines una cintura (símbolo del temor santo que se le infundía) :era muy rica, como de piedras varias en extremo refulgentes, que la agraciaban y hermoseaban mucho. Y al mismo tiempo la fuente de la luz que tenía presente la divina Princesa la iluminó e ilustró para que conociese y entendiese altísimamente las razones por que debe ser temido Dios de toda criatura. Y con este don de temor del Señor quedó ajustadamente ceñida, como convenía a una criatura pura que tan familiarmente había de

tratar y conversar con el mismo Criador, siendo verdadera Madre suya.

Conoció luego que la adornaban de hermosísimos y dilatados cabellos recogidos con un rico apretador; y ellos eran más brillantes que el oro subido y refulgente. Y en este adorno entendió se le concedía que todos sus pensamientos de toda la vida fuesen altos y divinos, inflamados en subidísima caridad significada por el oro. Y junto con esto se le infundieron de nuevo hábitos de sabiduría y ciencia clarísima, con que quedas, en ceñidos y recogidos varia y hermosamente estos cabellos en una participación inexplicable de los atributos de ciencia y sabiduría del mismo Dios. Concediéronla también para sandalias o calzado que todos los pasos y movimientos fuesen hermosísimos, y encaminados siempre a los más altos y santos fines de la gloria del Altísimo. Y cogieron este calzado con especial gracia de solicitud y diligencia en el bien obrar para con Dios y con los prójimos, al modo que sucedió cuando con festinación fue a visitar a Santa Isabel y San Juan, con que esta hija del Príncipe salió hermosísima en sus pasos.

Las manos la adornaron con manillas, infundiéndola nueva magnanimidad para obras grandes, con participación del atributo de la magnificencia; y así las extendió siempre para cosas fuertes. En los dedos la hermosearon con anillos, para que con los nuevos dones del Espíritu divino, en las cosas menores o materias más inferiores obrase superiormente con levantado modo, intención y circunstancias, que hiciesen todas sus obras grandiosas y admirables. Añadieron juntamente a esto un collar o banda que le pusieron lleno de inestimables y brillantes piedras preciosas, y pendiente una cifra de tres más excelentes, que en las tres virtudes, fe, esperanza y caridad, correspondía a las tres divinas Personas. Renováronle con este adorno los hábitos de estas nobilísimas virtudes para el uso que de ellas había menester en los misterios de la Encarnación y Redención.

En las orejas le pusieron unas arracadas de oro con gusanillos de plata, preparando sus oídos con este adorno para la embajada que lue-

go había de oír del santo arcángel Gabriel, y se le dio especial ciencia para que la oyese con atención y respondiese con discreción, formando razones prudentísimas y agradables a la voluntad divina; y en especial para que del metal sonoro y puro de la plata de su candidez resonase en los oídos del Señor, y quedasen en el pecho de la Divinidad aquellas deseadas y sagradas palabras: *Fiat mihi secundum, verbum tuum*.

Sembraron luego la vestidura de unas cifras que servían como de realces o bordaduras de finísimos matices y oro, que algunas decían: María, Madre de Dios; y otras, María, Virgen y Madre; mas no se le manifestaron ni descifraron entonces estas cifras misteriosas a ella, sino a los ángeles santos: y los matices eran los hábitos excelentes de todas las virtudes en eminentísimo grado, y los actos que a ellas correspondían sobre todo lo que han obrado todas las demás criaturas intelectuales. Y para complemento de toda esta belleza, la dieron por agua de rostro muchas iluminaciones, que se derivaron en esta divina Señora de la vecindad y participación del infinito ser y perfecciones del mismo Dios: que para recibirle real y, verdaderamente en su vientre virginal, convenía haberle recibido por gracia en el sumo grado posible a pura criatura.

Con este adorno y hermosura quedó nuestra princesa María tan bella y agradable, que pudo el Rey supremo codiciarla.

El último y noveno día de los que más de cerca preparaba el Altísimo, su tabernáculo para santificarle con su venida, determinó renovar sus maravillas y multiplicar las señales, recopilando los favores y beneficios que hasta aquel día había comunicado a la princesa María. Pero de tal manera obraba en ella el Altísimo, que cuando sacaba de sus tesoros infinitos cosas antiguas, siempre añadía muchas nuevas; y todos estos grados y maravillas caben entre humillarse Dios a ser hombre y levantar a una mujer a ser su Madre. Para descender Dios al otro extremo de ser hombre, ni se pudo en sí mudar, ni lo había menester, porque quedándose inmutable en sí mismo, pudo unir a su persona nuestra naturaleza; mas para llegar una mujer de cuerpo terreno a su misma substancia, con que se uniese Dios y fuese hombre, parecía

necesario pasar un infinito espacio, y venir a ponerse tan distante de las otras criaturas, cuanto llegaba a acercarse con el mismo Dios.

CAPITULO VIII

*Belleza del Arcángel. - Retrato de María. - Júbilo de la naturaleza. -
Salutación angélica.*

Determinado estaba por infinitos siglos, pero escondido en el secreto pecho de la Sabiduría eterna, el tiempo y hora conveniente en que oportunamente se había de manifestar en la carne el gran sacramento de piedad, justificado en el espíritu, predicado a los hombres, declarado a los ángeles y creído en el mundo. Llegó, pues, la plenitud de este tiempo, que hasta entonces, aunque lleno de profecías y promesas, estaba muy vacío; porque le faltaba el lleno de María Santísima, por cuya voluntad y consentimiento habían de tener todos los siglos su complemento, que era el Verbo humanado, pasible y reparador. Estaba predestinado este misterio antes de los siglos, para que en ellos se ejecutase por mano de nuestra divina Doncella; y estando ella en el mundo no se debía dilatar la redención humana y venida del Unigénito del Padre: pues ya no andaría como de prestado en tabernáculos o ajenas casas; mas viviría de asiento en su templo y casa propia, edificada y enriquecida con sus mismas anticipadas expensas, mejor que el templo de Salomón con las de su padre David.

En esta plenitud de tiempo prefinito determinó el Altísimo enviar su Hijo unigénito al mundo. Y confiriendo (a nuestro modo de entender y de hablar) los decretos de su eternidad con las profecías y testificaciones hechas a los hombres desde el principio del mundo, y todo esto con el estado y santidad a que había levantado a María Santísima, juzgó convenía todo esto así para la exaltación de su santo nombre, y que se manifestase a los santos ángeles la ejecución de esta su eterna voluntad y decreto, y por ellos se comenzase a poner por obra. Habló Su Majestad al santo arcángel Gabriel con aquella voz o palabra que les intima su santa voluntad. Y aunque en el orden común

de ilustrar Dios a sus divinos espíritus es comenzar por los superiores, y que aquellos purifiquen e iluminen a los inferiores por su orden hasta llegar a los últimos, manifestando unos a otros lo que Dios reveló a los primeros; pero en esta ocasión no fue así, porque inmediatamente recibió este santo Arcángel del mismo Señor la embajada.

A la insinuación de la voluntad divina estuvo presto San Gabriel, como a los pies del trono, y atento al ser inmutable del Altísimo; y Su Majestad por sí le mandó y declaró la legacía que había de hacer a María, y las mismas palabras con que la había de saludar y hablar: de manera que su primer autor fue el mismo Dios, que las formó en su mente divina, y de allí pasaron al Arcángel, y por él a María purísima. Reveló junto con estas palabras el Señor muchos y ocultos sacramentos de la Encarnación al príncipe Gabriel: y la Santísima Trinidad le mandó fuese y anunciase a la divina Doncella cómo la elegía entre las mujeres para que fuese Madre del Verbo eterno, y en su virginal vientre le concibiese por obra del Espíritu Santo, y quedando ella siempre virgen; y todo lo demás que el paraninfo divino había de manifestar y hablar con su Reina.

Obedeciendo con especial gozo el soberano príncipe Gabriel al divino mandato, descendió del supremo cielo, acompañado de muchos millares de ángeles hermosísimos que le seguían en forma visible. La de este Príncipe y legado era como de un mancebo elegantísimo y de rara belleza; su rostro tenía refulgente y despedía muchos rayos de resplandor; su semblante grave y majestuoso, sus pasos medidos, las acciones compuestas, sus palabras ponderosas y eficaces, y todo él representaba, entre severidad y agrado, mayor deidad que otros ángeles de los que había visto la divina Señora hasta entonces en aquella forma. Llevaba diadema de singular resplandor, y sus vestiduras rozagantes descubrían varios colores, pero todos refulgentes y brillantes; y en el pecho llevaba como engastada una cruz bellísima que descubría el misterio de la Encarnación, a que se encaminaba su embajada, y todas estas circunstancias solicitaron más la atención y afecto de la Reina.

Todo este celestial ejército con su cabeza y príncipe San Gabriel encaminó su vuelo a Nazareth, ciudad de la provincia de Galilea, y a la morada de María Santísima, que era una casa humilde, y su retrete un estrecho aposento desnudo de los adornos que usa el mundo para desmentir sus vilezas y desnudez de mayores bienes. Era la divina Señora en esta ocasión de edad de catorce años, seis meses y diez y siete días: porque cumplió los años a 8 de Septiembre, y los seis meses y diez y siete días corrían desde aquel hasta en que se obró el mayor de los misterios.

La persona de esta divina Reina era dispuesta y de más altura que la común de aquella edad en otras mujeres; pero muy elegante del cuerpo con suma proporción y perfección, el rostro más largo que redondo, pero gracioso, y no flaco ni grueso; el color claro y tantico moreno, la frente espaciosa con proporción, las cejas en arcos perfectísimas, los ojos grandes y graves, con increíble e indecible hermosura y columbino agrado, el color entre negro y verde oscuro; la nariz seguida y perfecta, la boca pequeña y los labios colorados y sin extremo delgados ni gruesos; y toda ella en estos dones de naturaleza era tan proporcionada y hermosa, que ninguna otra criatura humana lo fue tanto. El mirarla causaba a un mismo tiempo alegría y reverencia, afición y temor reverencial: atraía el corazón y le detenía en una veneración suave; movía para alabarla, y enmudecía su grandeza y muchas gracias y perfecciones: y causaba en todos divinos efectos que no se pueden fácilmente explicar; pero llenaba el corazón de celestiales influjos y movimientos que encaminaban a Dios.

Su vestidura era humilde, pobre y limpia, de color plateado, obscuro o pardo que tiraba a color de ceniza, compuesta y aliñado sin curiosidad, pero con suma modestia y honestidad. Cuando se acercaba la embajada del cielo (ignorándolo ella) estaba en altísima contemplación sobre los misterios que habla renovado el Señor en ella con tan repetidos favores.

Al tiempo de descender a sus virginales entrañas el Unigénito del Padre, se conmovieron los cielos y todas las criaturas. Y por la

unión inseparable de las tres divinas Personas, bajaron todas con la del Verbo, que sólo había de encarnar. Y con el Señor y Dios de los ejércitos salieron todos los de la celestial milicia, llenos de invencible fortaleza y resplandor. Y aunque no era necesario despejar el camino, porque la Divinidad lo llena todo y está en todo lugar y nada le puede estorbar; con todo eso, respetando, los cielos materiales a su mismo Criador, le hicieron reverencia, y se abrieron y dividieron todos once con los elementos inferiores: las estrellas se innovaron en su luz, la luna y sol con los demás planetas apresuraron el curso al obsequio de su Hacedor, para estar presentes a la mayor de sus obras y maravillas.

En las demás criaturas hubo también su renovación y mudanza. Las aves se movieron con cantos y alborozo extraordinario; las plantas y los árboles se mejoraron en sus frutos y fragancia, y respectivamente todas las demás criaturas sintieron o recibieron alguna oculta vivificación y mudanza. Pero quien la recibió mayor fueron los Padres y santos que estaban en el limbo, adonde fue enviado el arcángel San Miguel para que les diese tan alegres nuevas, y con ellas los consoló y dejó llenos de júbilo y nuevas alabanzas. Sólo para el infierno hubo nuevo pesar y dolor; porque al descender el Verbo eterno de las alturas sintieron los demonios una fuerza impetuosa del poder divino, que les sobrevino como las olas del mar, y dio con todos ellos en lo más profundo de aquellas cavernas tenebrosas, sin poderlo resistir ni levantarse.

Para ejecutar el Altísimo este misterio entró el santo arcángel Gabriel en el retrete donde estaba orando María Santísima, acompañado de innumerables ángeles en forma humana visible, y respectivamente todos refulgentes con incomparable hermosura. Era jueves a las siete de la tarde, al obscurecer la noche.

Vióle la divina Princesa, y miróle con suma modestia y templanza, no más de lo que bastaba para reconocerle por ángel del Señor.

Saludó el santo Arcángel a nuestra Reina y suya, y la dijo: Ave, gratia plena, Dominus tecum, benedicta tu in mulieribus. Turbóse sin alteración la más humilde de las criaturas oyendo esta nueva saluta-

ción del ángel. Y la turbación tuvo en ella dos causas: la una, su profunda humildad con que se reputaba por inferior a todos los mortales, y oyendo, al mismo tiempo que juzgaba de sí tan bajamente, saludarla y llamarla bendita entre todas las mujeres, le causó novedad. La segunda causa fue que al mismo tiempo, cuando oyó la salutación y la confería en su pecho como la iba oyendo, tuvo inteligencia del Señor que la elegía para Madre suya, y esto la turbó mucho más, por el concepto que de sí tenía formado. Y por esta turbación prosiguió el ángel declarándole el orden del Señor y diciéndola: No temas, María, porque hallaste gracia en el Señor: advierte que concebirás un hijo en tu vientre, y le parirás, y le pondrás por nombre Jesús; será grande, y será llamado Hijo del Altísimo.

Sola nuestra humilde Reina pudo dar la ponderación y magnificencia debida a tan nuevo y singular sacramento: y como conoció su grandeza, dignamente se admiró y turbó. Pero convirtió su corazón al Señor, que no podía negarle sus peticiones, y en su secreto le pidió nueva luz y asistencia para gobernarse en tan arduo negocio; porque la dejó el Altísimo para obrar este misterio en el, estado común de la fe, esperanza y caridad, suspendiendo otros géneros de favores y elevaciones interiores que frecuente o continuamente recibía. En esta disposición replicó y dijo a San Gabriel lo que refiere San Lucas: ¿Cómo ha de ser esto de concebir y parir hijo, porque ni conozco varón ni lo puedo conocer? Al mismo tiempo representaba en su interior al Señor el voto de castidad que había hecho, y el desposorio que Su Majestad habla celebrado, con ella. Respondióla el santo príncipe Gabriel: Señora, sin conocer varón, es fácil al poder divino haceros madre.

Consideró y penetró profundamente esta gran Señora el campo tan espacioso de la dignidad de Madre de Dios para comprarle con un fiat: vistióse de fortaleza más que humana, y gustó y vio cuán buena era la negociación y comercio de la Divinidad. Entendió las sendas de sus ocultos beneficios, adornóse de fortaleza y hermosura. Y habiendo conferido consigo misma y con el paraninfo celestial Gabriel la grandeza de tan altos y divinos sacramentos; estando muy capaz de la em-

bajada que recibía, fue su purísimo espíritu absorto y elevado en admiración, reverencia y sumo intensísimo amor del mismo Dios: y con la fuerza de estos movimientos y afectos soberanos, como con efecto connatural de ellos, fue su casto corazón casi prensado y comprimido con una fuerza que le hizo destilar tres gotas de su purísima sangre, y puestas en el natural lugar para la concepción del cuerpo de Cristo Señor nuestro, fue formado de ellas por la virtud del divino y santo Espíritu; de suerte que la materia de que se fabricó la humanidad del Verbo para nuestra redención, la dio y administró el corazón de María a fuerza de amor, real y verdaderamente. Y al mismo tiempo, con humildad nunca; harto encarecida, inclinando un poco la cabeza y juntas las manos, pronunció aquellas palabras que fueron el principio de nuestra reparación: *Ecce ancilla Domini, fiati mihi secundum verbum tuum.*

Sucedió esto en viernes a 25 de Marzo al romper del alba, o a los crepúsculos de la luz, a la misma hora que fue formado nuestro primer padre Adán, y en el año de la creación del mundo de 5199, como lo cuenta la Iglesia romana en el Martirologio, gobernada por el Espíritu Santo. Esta cuenta es la verdadera y cierta; y así se me ha declarado, preguntándolo por orden de la obediencia. Y conforme a esto el mundo fue criado por el mes de Marzo, que corresponde a su principio de la creación: y porque las obras del Altísimo todas son perfectas y acabadas; las plantas y los árboles salieron de la mano de Su Majestad con frutos, y siempre los tuvieran sin perderlos, si el pecado no hubiera alterado a toda la naturaleza.

CAPITULO IX

Crece en el vientre de su Madre el Niño Dios. - Los pajaritos alegran a María durante su preñado.

El divino Niño iba creciendo naturalmente en el lugar del útero con el alimento, substancia y sangre de la Madre santísima, como los demás hombres: aunque más libre y exento de las imperfecciones que los demás hijos de Adán padecen en aquel lugar y estado; porque de algunas accidentales, y no pertenecientes, a la substancia de la generación, que son efectos del pecado, estuvo libre la Emperatriz del cielo, y de las superfluidades infectas que en las mujeres son naturales y comunes, de que los demás niños se forman, sustentan y crecen: pues para dar la materia que le faltaba de la naturaleza infecta de las descendientes de Eva, sucedía que se la administraba, ejecutando actos heroicos de las virtudes, y en especial de la caridad. Y como las operaciones fervorosas del alma y los efectos amorosos naturalmente alteran los humores y sangre, encaminábala la divina Providencia al sustento del Niño divino, con que era alimentada naturalmente la humanidad de nuestro Redentor y la divinidad recreada con el beneplácito de heroicas virtudes. De manera que María Santísima administró al Espíritu Santo, para la formación del cuerpo, sangre pura, limpia, como concebida sin pecado y libre de sus pensiones. Y la que en las demás madres, para ir creciendo los hijos, es imperfecta e inmundicia, la Reina del cielo daba la más pura, substancial y delicada: porque a poder de afectos de amor y de las demás virtudes, se la comunicaba; y también la substancia de lo mismo que la divina Reina comía. Y como sabía que el ejercicio de sustentarse ella era para dar alimento al Hijo de Dios y suyo, tomábale siempre con actos tan heroicos, que admiraba a los, espíritus angélicos que en acciones humanas tan comunes pudieran haber realces tan soberanos de merecimiento y de agrado del Señor.

El tiempo que tuvo en su vientre al Verbo humanado, sentía su presencia divina por diversos modos, todos admirables y dulcísimos. Unas veces se le manifestaba por visión abstractiva. Otras le conocía y veía en el modo que estaba en su virginal templo, unido hipostáticamente a la naturaleza humana. Otras se le manifestaba la humanidad santísima, como si por un viril cristalino la mirara, sirviendo para esto el mismo vientre y cuerpo materno: y este género de visión era de especial consuelo y júbilo para la Reina. Otras veces conocía que de la Divinidad resultaba en el cuerpo del Niño Dios algún influjo de la gloria de su alma santísima, con que le comunicaba algunos efectos del bienaventurado y glorioso; especialmente la claridad y luz que del cuerpo natural del Hijo resultaba en la Madre con un lapso inefable y divino. Y este favor la transformaba toda en otro ser, inflamando su corazón y causando en ella tales efectos, que ninguna capacidad de criaturas lo puede explicar.

Extiéndase y dilátase el juicio más levantado de los supremos serafines, y quedará oprimido de esta gloria; porque toda esta divina Reina era un cielo intelectual y animado, y en ella sola estaba epilogada la grandeza y gloria, que no pueden abarcar ni ceñir los dilatados fines de los mismos cielos.

Y cuando entre esta variedad quedaba la Señora del mundo más en su natural estado (porque así lo disponía el Altísimo), padecía un deliquio, causado de la fuerza y violencia de su mismo amor; porque con verdad pudo decir lo que, por ella dijo Salomón en nombre de la esposa: Socorredme con flores, porque estoy enferma de amor; y así sucedía, que con la herida penetrante de esta dulcísima flecha llegaba al extremo de la vida.

Y tal vez para darla algún aliento sensible, por el mismo imperio del Señor venían a visitarla muchas avecillas; y como si tuvieran discurso la saludaban con sus meneos, y la daban concertadísima música a coros, y aguardaban su bendición para despedirse de ella. Señaladamente sucedió esto luego que concibió al Verbo divino, como dándole la enhorabuena de su dignidad, después que lo hicieron los santos

ángeles. Y este día les habló la Señora de las criaturas, mandando a diversos géneros de aves, que con ella estaban, reconociesen a su Criador, y en agradecimiento de ser y hermosura que les había dado, y de su conservación, le cantasen y alabasen. Y luego la obedecieron como a Señora, y de nuevo hicieron coros y cantaron con muy dulce armonía, y humillándose hasta el suelo hicieron reverencia al Criador y a su Madre, que le tenía en su vientre. Solían otras veces traerle flores en los picos, y se las ponían en las manos, aguardando que les mandase cantar o callar a su voluntad. También sucedía que con las inclemencias de los tiempos venían algunas avecillas al amparo de su divina Señora, y su alteza las admitía y sustentaba con admirable afecto de su inocencia y glorificando al Criador de todo.

CAPITULO X

La Visitación. - Cristo bendice a San Juan desde el vientre de María y San Juan salta de gozo en el de Isabel. - El cántico del Magnificat.

Por relación del embajador del cielo San Gabriel conoció María Santísima cómo su deuda Isabel (que se tenía por estéril) había concebido un hijo, y que ya estaba en el sexto mes de su preñado.

En esta misma visión y en otras conoció también la divina Reina el agrado y beneplácito del Señor en que fuese a visitar a su deuda Isabel, para que ella y su hijo que tenía en el vientre quedasen santificados con la presencia de su Reparador; porque disponía Su Majestad estrenar los efectos de su venida al mundo y sus merecimientos en su mismo Precursor, comunicándole el corriente de su divina gracia, con que fuese como fruto temporáneo y anticipado de la redención humana.

Levantándose en aquellos días (dice el texto sagrado) María Santísima, caminó con mucha diligencia a las montañas y ciudad de Judea. Este levantarse nuestra divina Reina y Señora no fue sólo disponerse exteriormente y partir de Nazareth a su jornada., porque también significa el movimiento de su espíritu, y voluntad con que por el divino impulso y mandato se levantó interiormente de aquel humilde retiro y lugar que con su mismo concepto y estimación tenía.

Dejando, pues, la casa de sus padres, y olvidando su pueblo, tomaron el camino los castos esposos María y José, y le enderezaron a casa de Zacarías, en las montañas de Judea, que distaban veintisiete leguas de Nazareth, y gran parte de él era áspero y fragoso para tan delicada y tierna doncella. Toda la comodidad para tan desigual trabajo era un humilde jumentillo, en que comenzó y prosiguió el viaje. Y aunque iba destinado sólo para su alivio y servicio, pero la más humilde y modesta de las criaturas se apeaba de él muchas veces, y rogaba a su esposo José partiesen el trabajo y comodidad, y que fuese el

santo con algún alivio, sirviéndose para esto de la bestezuela. Nunca lo admitió el esposo, y por condescender en algo con los ruegos de la divina Señora, consentía, que algunos ratos fuese con él a pie, mientras le parecía lo podía sufrir su delicadeza, sin fatigarse demasiado. Y luego con grande decoro y reverencia le pedía no rehusase el admitir aquel pequeño alivio, y la Reina celestial obedecía, prosiguiendo a caballo lo restante.

Con estas humildes competencias continuaban sus jornadas María Santísima y José; y en ellas distribuían el tiempo, sin dejar ocioso sólo un punto. Caminaban en soledad, sin compañía de criaturas humanas; pero asistíanlos en todo los mil ángeles que guardaban el lecho de Salomón.

Miraba la divina Princesa a su esposo, y discurriendo con su prudencia se le representó que naturalmente era forzoso venir a manifestarse su preñado sin poderse lo ocultar. No sabía entonces la gran Señora el modo con que Dios gobernaría este sacramento; pero aunque no había recibido orden ni mandato suyo para que le ocultase, su divina prudencia y discreción la enseñaron cuán bueno era absconderle como sacramento grande y el mayor de todos los misterios: y así le tuvo oculto y secreto sin hablar palabra de él con su esposo, ni en esta ocasión, ni antes en la anunciación del ángel, ni después en los cuidados que adelante diremos, cuando llegó el caso de conocer el santo José el preñado.

Prosiguiendo sus jornadas, llegaron María Santísima y José su esposo el cuarto día a la ciudad de Judá, que era donde vivían Isabel y Zacarías. Y este era el nombre propio y particular de aquel lugar, donde a la sazón vivían los padres de San Juan, y así lo especificó el evangelista San Lucas, llamándolo Judá; aunque los expositores del Evangelio comúnmente han creído que este nombre no era propio de la ciudad donde vivían Isabel y Zacarías, sino común de aquella provincia, que se llamaba Judá o Judea; como también por esto se llamaban montañas de Judea aquellos montes que de la parte austral de Jerusalén corren hacia el Mediodía. Pero lo que a mí se me ha mani-

festado es que la ciudad se llamaba Judá, y que el Evangelista la nombró por su propio nombre; aunque los Doctores y expositores han entendido por el nombre de Judá la provincia adonde pertenecía. Y la razón de esto ha resultado de que aquella ciudad que se llamaba Judá se arruinó por dos años después de la muerte de Cristo Señor nuestro, y como los expositores no alcanzaron la memoria de tal ciudad, entendieron que San Lucas por nombre Judá había dicho la provincia y no el lugar; y de aquí ha resultado la variedad de opiniones sobre cuál era la ciudad donde sucedió la visitación de María Santísima a Santa Isabel.

Distaba esta ciudad veintisiete leguas de Nazareth, y de Jerusalén dos leguas poco más o menos, hacia la parte donde tiene su principio el torrente Sorec en las montañas de Judea. Y después del nacimiento de San Juan, y despedidos María Santísima y José para volverse a Nazareth, tuvo Santa Isabel una revelación divina que amenazaba de próximo una gran ruina y calamidad para los niños de Belén y su comarca. Y aunque esta revelación fue con esta generalidad, sin más claridad ni especificación, movió a la madre de San Juan para que con Zacarías su marido se retirase a Hebrón, que estaba ocho leguas poco más o menos de Jerusalén, y así lo hicieron; porque eran ricos y nobles, y no sólo en Judá y en Hebrón, pero en otros lugares tenían casas y hacienda. Y cuando María Santísima y José, huyendo de Herodes, se fueron peregrinando a Egipto, algunos meses después de la Natividad del Verbo y más de la del Bautista, entonces Santa Isabel y Zacarías estaban en Hebrón; y Zacarías murió cuatro meses después que nació Cristo Señor nuestro, que serían diez después del nacimiento de su hijo San Juan. Esto me parece suficiente ahora para declarar esta duda; y que la casa de la visitación ni fue en Jerusalén, ni en Belén, ni en Hebrón, sino en la ciudad que se llamaba Judá.

A esta ciudad de Judá y casa de Zacarías llegaron María Santísima y José. Y para prevenirla se adelantó algunos pasos al santo Esposo; y llamando saludó a los moradores, diciendo: El Señor sea con vosotros y llene vuestras almas de su divina gracia. Estaba ya preveni-

da Santa Isabel; porque el mismo Señor le había revelado que María de Nazareth, su deuda, partía a visitarla; aunque sólo había conocido por esta visión cómo la divina Señora era muy agradable en los ojos del Altísimo; pero el misterio de ser Madre de Dios no se le había revelado hasta que las dos se saludaron a salas. Pero salió luego Isabel con algunos de su familia a recibir a María Santísima; la cual previno en la salutación (como más humilde y menor en años) a su prima, y la dijo: El Señor sea con vos, prima y carísima mía. El mismo Señor (respondió Isabel) os premie el haber venido a darme este consuelo. Con esta salutación subieron a la casa de Zacarías, y retirándose las dos primas a solas, sucedió lo que diré.

La Madre de la gracia saludó de nuevo a su deuda, y la dijo: Dios te salve, prima y carísima mía, y su divina luz te comunique gracia y vida. Con esta voz de María Santísima quedó Santa Isabel llena del Espíritu Santo, y tan iluminado su interior, que, en un instante conoció altísimos misterios y sacramentos. Estos efectos y los que sintió al mismo tiempo el niño Juan en el vientre de su madre, resultaron de la presencia del Verbo humanado en el tálamo de María; donde, sirviéndose de su voz como de instrumento, comenzó a usar de la potestad que le dio el Padre Eterno, para salvar y justificar las almas como su Reparador. Y como la ejecutaba como hombre, estando en el mismo vientre virginal aquel cuerpecito de ocho días concebido (cosa maravillosa), se puso en forma y postura humilde de orar y pedir al Padre; y oró y pidió la justificación de su Precursor futuro, y la alcanzó de la Santísima Trinidad.

Esto precedió a la salutación y voz de María Santísima. Y al pronunciar la divina Señora las palabras referidas, miró Dios al niño en el vientre de Santa Isabel, y le dio uso de razón perfectísimo, ilustrándole con especiales auxilios de la divina luz, para que se preparase, conociendo el bien que la hacían. Con esta disposición fue santificado del pecado original y constituido hijo adoptivo del Señor y lleno del Espíritu Santo con abundantísima gracia y plenitud de dones y virtudes; y sus potencias quedaron santificadas, sujetas y subordina-

das a la razón, con que se cumplió lo que había dicho el ángel San Gabriel a Zacarías: que su hijo sería lleno del Espíritu Santo desde el vientre de su madre. Al mismo tiempo el dichoso niño desde su lugar vio al Verbo encarnado, sirviéndole como de vidriera las paredes de la caverna uteral y de cristales purísimos el tálamo de las virgíneas entrañas de María Santísima, y adoró puesto de rodillas a su Redentor y Criador. Y éste fue el movimiento y júbilo que su madre Santa Isabel reconoció y sintió en su infante y en su vientre.

Conoció Santa Isabel al mismo tiempo el misterio de la Encarnación, la encarnación de su hijo, propio, y el fin y sacramentos de esta nueva maravilla. Conoció también la pureza virginal y dignidad de María Santísima. Y en aquella ocasión, estando la Reina toda absorta en la visión de estos misterios y de la Divinidad que los obraba, quedó toda divinizada y llena de luz y claridad de las dotes que participaba; y Santa Isabel la vio con esta majestad, y como por viril purísimo vio al Verbo humanado en el tálamo virginal, como en una litera de encendido y animado cristal. De todos estos admirables efectos fue instrumento eficaz la voz de María Santísima, que entonó el cántico del Magnificat, que refiere San Lucas, y dijo: Magnífica mi alma al Señor, y mi espíritu se alegró en Dios, que es mi salud: porque atendió a la humildad de su sierva, y por eso todas las generaciones me dirán bienaventurada. Porque, el Poderoso hizo conmigo grandes cosas, y su santo nombre y su misericordia se extenderá de generación en generaciones para los que le temen. En su brazo manifestó su potencia: destruyó a los soberbios con, el espíritu de su corazón. Derribó a los poderosos de su silla, y levantó a los humildes. A los que tenían hambre llenó de bienes, y dejó vacíos a los que estaban ricos. Recibió a su siervo Israel, y se acordó de su misericordia, como lo dijo a nuestros padres Abraham, y su generación por todos los siglos.

Como Santa Isabel fue la primera que oyó este dulce cántico de la boca de María Santísima, así también fue la primera que le entendió, y con su infusa Inteligencia le comentó.

CAPITULO XI

La Virgen en casa de su prima. - Libra a una mujer endemoniada y purifica a otra deshonesto. - Nacimiento de San Juan. - María reserva sus labios para Jesús.

Salieron María Santísima y Santa Isabel de su retiro entrada la noche, habiendo estado grande rato en él; y la Reina vio a Zacarías que estaba con su mudez, y le pidió su bendición como a sacerdote del Señor, y el Santo se la dio. Pero aunque le vio con piedad y ternura de que estaba mudo, como sabía el sacramento que había encerrado en aquel trabajo, no se movió a remediarle por entonces; pero hizo oración por él. Santa Isabel, que ya conocía la buena dicha del casto José (aunque entonces la ignoraba él), le acarició y regaló con grande reverencia y estimación. Y después de tres días que había estado en casa de Zacarías, pidió licencia a su esposa María para volverse a Nazareth, dejándola en compañía de Santa Isabel para que la asistiese en su preñado. Despidióse el Santo Esposo con acuerdo de que volvería por la Reina cuando le diese aviso; y Santa Isabel le ofreció algunos dones, que llevase a su casa; pero de todo recibió muy poco, y esto por la instancia que le hizo, porque era el varón de Dios, no sólo amador de la pobreza, pero de corazón magnánimo y generoso. Con esto caminó la vuelta de Nazareth con la bestezuela que había traído. En su casa le sirvió en ausencia de su Esposa una mujer vecina y deuda, que solía acudir a las cosas que se le ofrecían traer de fuera cuando estaba en su casa María.

Fue Santa Isabel muy favorecida del Señor desde el día que le tuvo por huésped en su casa, en el vientre de su Madre Virgen. Y con las continuas pláticas y trato familiar de esta divina Reina, como sabía y conocía los misterios de la Encarnación, fue creciendo la gran matrona en todo género de santidad, como quien la bebía en su fuente. Algunas veces merecía ver a María en oración arrebatada y levantada

del suelo, y toda tan llena de divinos resplandores y hermosura, que no podía verle el rostro ni pudiera sufrir su presencia, si no la confortara la virtud divina. En estas ocasiones y en otras (cuando a excusas de María podía mirarla) se postraba y se ponía de rodillas delante y en presencia suya, y adoraba al Verbo encarnado en el templo del, virginal vientre, de su beatísima Madre. Todos los misterios que conoció por la divina, luz y por el trato de la gran Reina los guardó Santa Isabel en su pecho, como depositaria fiel y secretaria muy prudente de lo que se le había fiado. Sólo con su hijo Juan y con Zacarías, en lo que vivió después del nacimiento del hijo, pudo Santa Isabel conferir algo de los sacramentos que todos conocieron; pero en todo fue mujer fuerte, sabia y muy santa.

Conocida condición del amor es ser oficioso y activo como el fuego, si halla materia en que obrar; y esto más tiene este fuego espiritual, que si no la tiene la busca. Este Maestro ha enseñado tantas invenciones y artes de las virtudes a los amadores de Cristo, que no los deja estar ociosos. Y como no es ciego ni insano, conoce bien la condición de su nobilísimo objeto y sólo sabe tener celos de que no le amen todos; y así le procura comunicar sin emulación y envidia. Y si en el limitado amor que en comparación de María Santísima todos tienen a Dios (aunque sea más fervoroso y santo) fue tan admirable y poderoso el celo de las almas, como sabemos de lo que por ellas hicieron, ¿qué sería lo que esta gran Reina obró en beneficio de los prójimos, pues ella era Madre del amor divino, y traía consigo al mismo fuego vivo y verdadero que venía a encender el mundo? En toda esta divina historia conocerán los mortales cuánto deben a esta Señora. Y aunque sería imposible referir los casos particulares y beneficios que hizo a muchas almas, con todo eso, para que por algunos se conozcan otros, diré en este capítulo algo de lo que sucedió en esta materia, estando la Reina en casa de su prima Santa Isabel.

Servía en aquella casa una criada de inclinaciones siniestras, inquieta, de condición iracunda y acostumbrada a jurar y maldecir. Con estos vicios y otros desórdenes que hacía, guardando el aire a sus due-

ños, estaba tan rendida al demonio, que fácilmente la movía este tirano a cualquiera miseria y desacierto. Y por espacio de catorce años la asistían y acompañaban muchos demonios, sin dejarla un punto, para asegurar la presa de su alma. Sólo cuando esta mujer estaba en presencia de la Señora del cielo, se retiraban los enemigos; porque, como otras veces he dicho, la virtud de nuestra Reina los atormentaba, y más en esta ocasión, que tenía en su virginal relicario al Señor poderoso. Y como desviándose aquellos crueles exactores no sentía la criada los malos efectos de su compañía, y por otra parte, la dulce vista y trato de la Reina iba obrando en ella nuevos beneficios, comenzó la mujer a inclinarse y aficionarse mucho a su Reparadora, y procuraba asistirle con mucho afecto, y ofrecérsele a su servicio, y granjear todo el tiempo que podía para ir adonde estaba, y la miraba con reverencia; porque entre sus torcidas inclinaciones tenía una buena, que era un linaje de natural piedad y compasión de los necesitados y humildes, y se inclinaba a ellos y a hacerles bien.

La divina Princesa, que conocía y veía las inclinaciones todas de aquella mujer, el estado de su conciencia, el peligro de su alma y la malicia de los demonios contra ella, convirtió los ojos de su misericordia y miróla con piadoso afecto de madre. Y aunque aquella asistencia y dominio de los demonios conoció Su Majestad que era justa pena de los pecados de aquella mujer, con todo eso hizo oración por ella y le alcanzó el perdón, el remedio y la salvación. Mandó luego a los demonios, con el poder que tenía, dejaran a aquella criatura libre y no volvieran más a turbarla y molestarla. Y como no podían resistir al imperio de nuestra Reina, se rindieron, y atemorizados huyeron, ignorando la causa de aquel poder de María Santísima; pero conferían entre sí mismos con indignada admiración, y decían: "¿Quién es esta mujer que Sobre nosotros tiene tan extraordinario imperio? ¿De dónde le viene tan exquisito poder, que obra todo lo que quiere?"

Concibieron por esto los enemigos nueva indignación y saña contra la que les quebrantaba la cabeza. Pero aquella feliz pecadora quedó libre de sus uñas; y María Santísima la amonestó, corrigió y

enseñó el camino de la salud, y la trocó en otra mujer. Y en esta renovación perseveró toda la vida, reconociendo que todo le había venido por mano de nuestra Reina, aunque no supo ni penetró el misterio de su dignidad; pero fue humilde, agradecida, y acabó su vida santamente.

No era de mejor condición que esta criada otra mujer vecina de casa de Zacarías, que por serlo solía entrar en ella y acudir a la conversación de los de la familia de Santa Isabel. Vivía licenciosamente en la guarda de la honestidad, y como entendió la llegada de nuestra Reina a aquella ciudad, su compostura y recato, dijo con liviandad y curiosidad: "¿Quién es esta forastera que nos ha venido por huésped y vecina, tan a lo santo y retirado?" Y con el deseo vano y curioso de inquirir novedades, que tales personas suelen tener, procuró ver a la divina Señora y reconocer el traje y la cara que tenía. Impertinente y ocioso era este fin, mas no lo fue en el efecto; porque habiéndolo conseguido, quedó esta mujer tan herida en el corazón, que con la presencia y vista de María Santísima se trocó en otra y transformó en nuevo ser. Mudó sus inclinaciones; y sin conocer la virtud de aquel eficaz instrumento, la sintió, produciendo sus ojos arroyos de lágrimas copiosísimos con íntimo dolor de sus pecados. Y sólo con haber puesto la vista con atención curiosa en la Madre de la pureza virginal, sacó esta feliz mujer en recambio la virtud de la castidad, quedando libre de los hábitos e inclinaciones sensuales. Retiróse entonces con este dolor a llorar su mala vida; y después solicitó el ver y hablar a la Madre de la gracia; y Su Alteza se lo concedió para confirmarla en ella, como quien sabía y conocía el suceso, y que tenía el origen de la gracia en su divino vientre, que hace santos y justifica; en cuya virtud obraba la Abogada de los pecadores. Admitió a esta con maternal afecto de piedad, la amonestó y catequizó en la virtud; y con esto la dejó mejorada y esforzada para la perseverancia.

Acercándose, pues, la hora del deseado parto, sintió la madre Santa Isabel que se movía en su vientre el niño, como si se pusiera en pie; y todo era efecto de la misma naturaleza y de la obediencia del

infante. Y con algunos dolores moderados, que sobrevinieron a la madre, dio aviso a María; pero no la llamó para que asistiese presente al parto: porque la reverencia debida a la excelencia de María y al fruto que tenía en su virginal vientre, la detuvo prudentemente para no pedir lo que no parecía decencia. Tampoco fue la Señora en persona adonde estaba su prima; pero envióle las mantillas y fajos que tenía prevenidos para envolver al dichoso infante. Nació luego muy perfecto y crecido, testificando en la limpieza de su cuerpo la que traía en su alma; porque no tuvo tantas impuridades como otros niños. Envolviéronle en las mantillas, que antes eran grandes reliquias dignas de veneración. Y dentro de algún conveniente espacio, estando ya Santa Isabel compuesta y aliñada, salió María Santísima de su oratorio, mandándosele el Señor, y fue a visitar al niño y a la madre, y darle la enhorabuena.

Recibió la Reina en sus brazos al recién nacido a petición de su madre, y le ofreció como oblación nueva al eterno Padre; y Su Majestad la recibió con aprobación y agrado, y como primicias de las obras del Verbo humanado y ejecución de sus divinos secretos.

Esta fue singularísima prerrogativa y excelencia del Precursor, no alcanzada de otro alguno de los santos. Y no es mucho que el ángel le predicase por grande en la presencia del Señor; pues antes de nacer le visitó y santificó, y en naciendo fue levantado y puesto en el trono de la gracia; y estrenó los brazos en que se había de reclinar el mismo Dios humanado. Regalábale la Señora; pero con tanta majestad y templanza, que jamás la besó, como suele permitir la edad, porque sus castísimos labios los guardo y reservó intactos para su Hijo.

CAPITULO XII

Lucifer convoca a las potencias del infierno contra María. -La tentación de María por los sentidos: los siete pecados capitales. - Ultima y más terrible tentación por el entendimiento: la herejía. - Triunfo de la Virgen.

Para dar la vuelta de la ciudad de Judá a la de Nazareth, salió María Santísima, vivo tabernáculo de Dios vivo, caminando por las montañas de Judea en compañía de su fidelísimo esposo José. Y aunque los Evangelistas no dicen la festinación y diligencia con que hizo esta jornada, como lo dijo San Lucas de la primera, por el misterio especial que aquella prisa encerraba, también este viaje y vuelta a Nazareth caminó la Princesa del cielo con gran presteza para los sucesos que la esperaban en casa.

Pero como iba ya preñada de tres meses, caminaba más atenta y cuidadosa; no porque le fuese grave ni pesado su preñado, que antes le era de alivio suavísimo. Mas la prudente y atenta Madre cuidaba mucho de su tesoro, porque le miraba con los aumentos y progresos naturales que cada día iba recibiendo el cuerpo santísimo de su Hijo en su virginal vientre. Y no obstante la facilidad y ligereza del preñado, algunas veces la fatigaba el trabajo del camino y el calor; porque para no padecer, no se valía de los privilegios de Reina y Señora de las criaturas, antes daba lugar a las molestias y cansancio, para ser en todo maestra de perfección y estampa única de su Hijo Santísimo.

Como su divino preñado era en la parte de la naturaleza, tan perfecto, y su persona elegantísima y delicada, y todo sin defecto alguno, naturalmente le crecía el vientre, y reconocía la esposa que sería imposible ocultarle muchos días a su esposo. Con esta consideración le miraba ya con mayor ternura y compasión, por el sobresalto que de cerca le amenazaba, de que deseara excusarle, si conociera la voluntad divina. Pero el Señor no le respondió a estos cuidados, porque dispo-

nía el suceso por los medios más oportunos para gloria suya, merecimiento de San José y de su Madre Virgen.

En el instante que se ejecutó el inefable Misterio de la Encarnación, dije que Lucifer y todo el infierno sintieron la virtud del brazo poderoso del Altísimo, que los derribó a lo más profundo de las cavernas infernales.

Estuvieron allí oprimidos algunos días, hasta que el mismo Señor con su admirable providencia dio permiso para que saliesen de aquella opresión, cuya causa ignoraban. Levantóse, pues, el dragón grande, y salió al mundo para rodear la tierra, reconociendo en toda ella si había alguna novedad a que atribuir la que él y todos sus ministros habían sentido en sí mismos. Esta diligencia no la quiso fiar el soberbio príncipe de las tinieblas de solos sus compañeros; pero salió él mismo con ellos, y discurriendo por todo el orbe con suma astucia y malignidad, anduvo inquiriendo y acechando por varios modos para investigar lo que deseaba. Gastó en esta diligencia tres meses, y al fin de ellos volvió al infierno tan ignorante de la verdad como de él había salido; porque no eran tan divinos misterios para que él los entendiese por entonces, siendo tan tenebrosa su malignidad, que ni había de gozar de sus admirables efectos, ni por ellos había de glorificar ni bendecir a su Hacedor como nosotros, para quienes fue la redención. Hallábase más confuso y congojado el enemigo de Dios, sin saber a qué atribuir su nueva desdicha; y para consultar el caso convocó a todas las cuadrillas infernales, sin reservar demonio alguno.

"Yo he salido - les dijo - y rodeado todo el orbe, reconocido a todos sus moradores con gran cuidado, y no he topado cosa notable. A las mujeres virtuosas y perfectas del género de aquella nuestra enemiga que conocimos en el cielo, a todas he observado y perseguido, por encontrarla entre ellas; mas no hallo indicios de que haya nacido: porque ninguna hallo con las condiciones que me parece ha de tener la que ha de ser Madre del Mesías. Una doncella, que yo temía por sus grandes virtudes, y la perseguí en el templo, ya está casada; y así no puede ser ella la que buscamos, porque Isaías dijo que había de ser

virgen. Con todo eso, la temo y aborrezco, porque será posible que siendo tan virtuosa nazca de ella la Madre del Mesías o algún gran profeta: y hasta ahora no la he podido sujetar en cosa alguna; y de su vida alcanzo menos que de las otras.

"Esto es muy digno de reparo, y sólo por lo que se ha mostrado en estas ocasiones, merece mi indignación. Determino perseguirla y rendirla, y que vosotros me ayudéis en esta empresa con todas vuestras fuerzas y malicia; que quien se señalare en esta victoria, recibirá grandes premios de mi poder."

Para dar principio a la batalla, traía consigo Lucifer las siete legiones de sus principales cabezas, que señaló en su caída del cielo, para que tentasen a los hombres en los siete pecados capitales. Y a cada uno de estos siete escuadrones encargó la demanda contra la Princesa inculpable, para que en ella y contra ella estrenasen sus mayores bríos. Estaba la invencible Señora en oración, y permitiéndolo entonces el Señor, entró la primera legión, para tentarla de soberbia, que era el especial ministerio de estos enemigos. Para disponer las pasiones o inclinaciones naturales, alterando los humores del cuerpo (que es el modo común de tentar a otras almas), procuraron acercarse a la divina Señora, juzgando que era como las demás criaturas de pasiones desordenadas por la culpa; pero no pudieron acercarse a ella tanto como deseaban, porque sentían una invencible virtud y fragancia de su santidad, que los atormentaba más que el mismo fuego que padecían. Y con ser esto así, y que el semblante sólo de María Santísima les penetraba con sumo dolor, con todo eso era tan furiosa y desmedida la rabia que concebían, que posponían este tormento, porfiando y forcejando para llegarse más, deseando ofenderla y alterarla.

Tomaron estos demonios figuras corpóreas terribles y espantosas; y añadiendo crueles aullidos y tremendas voces y bramidos, fingían grandes ruidos, amenazas y movimientos de la tierra y de la casa, que amenazaba ruina, y otros desatinos semejantes, para turbar, espantar o mover a la Princesa del mundo; que sólo con esto, o retraerla de la oración, se tuvieran por victoriosos. Pero el invencible y dilatado co-

razón de María Santísima, ni se turbó, ni alteró, ni hizo mudanza alguna.

Mudaron estos lobos hambrientos su piel y tomaron la de oveja, dejando las figuras espantosas y transformándose en ángeles de luz muy resplandecientes y hermosos. Y llegándose a la divina Señora, la dijeron: "Venciste, venciste, fuerte eres, y venimos a asistirte y premiar tu invencible valor; y con estas lisonjas fabulosas la rodearon, ofreciéndola su favor. Pero la prudente Señora recogió todos sus sentidos, y levantándose sobre sí, por medio de las virtudes infusas, adoró al Señor en espíritu y en verdad.

Desmayados y vencidos estos enemigos de la primera legión, llegaron los de la segunda, para tentar de avaricia a la más pobre del mundo.

Ofrecieronla grandes riquezas, plata, oro y joyas muy preciosas. Y porque no pareciesen promesas en el aire, le pusieron delante muchas cosas de todo esto (aunque aparentes), pareciéndoles que el sentido tiene gran fuerza para incitar a la voluntad a lo presente deleitable. Añadieron a este engaño otros muchos de razones dolosas, y la dijeron que Dios la enviaba todo aquello para que lo distribuyese a los pobres. Y como nada de esto admitiese, mudaron el ingenio, y la dijeron que era injusta cosa estar ella tan pobre, pues era tan santa, y que más razones había para que fuese Señora de aquellas riquezas, que otros pecadores y malos; que lo contrario fuera injusticia y desorden de la providencia del Señor tener pobres a los justos, y ricos y prósperos a los malos y enemigos.

En vano se arroja la red (dice el Sabio) ante los ojos de las ligeras aves. En todas las tentaciones contra nuestra soberana Princesa era esto verdad; pero en esta de la avaricia era más desatinada la malicia de la serpiente, pues tendía la red en cosas tan terrenas y viles contra el fénix de la pobreza, que tan lejos de la tierra había levantado su vuelo sobre los mismos serafines.

Llegó la tercera legión con el inmundo príncipe que tienta en la flaqueza de la carne; y en ésta forcejaron más, porque hallaron más

imposibilidad para ejecutar cosa alguna de las que deseaban; y así consiguieron menos, si menos puede haber en unas que en otras. Intentaron introducirle algunas sugerencias y representaciones feas, y fabricar otras monstruosidades indecibles. Pero todo se quedó en el aire, porque la purísima Virgen, cuando reconoció la condición de este vicio, se recogió toda al interior y dejó suspendido todo el uso de sus sentidos sin operación alguna, y así no pudo tocar en ella sugestión de cosa alguna, ni entrar especie a su pensamiento, porque nada llegó a sus potencias. Y con la voluntad fervorosa renovó muchas veces el voto de castidad en la presencia interior del Señor; y mereció más en esta ocasión que todas las vírgenes que han sido y serán en el mundo. Y el Todopoderoso le dio en esta materia tal virtud, que no despidió el fuego encerrado en el bronce la munición que está delante con tal fuerza y presteza como eran arrojados los enemigos cuando intentaban tocar a la pureza de María Santísima con alguna tentación.

La cuarta legión y tentación fue contra la mansedumbre y paciencia, procurando mover la ira de la mansísima paloma. Y esta tentación fue más molesta, porque los enemigos trasegaron toda la casa, rompieron y destrozaron todo cuanto había en ella, en ocasiones y con tal modo que más pudiesen irritar a la mansísima Señora; y todo este daño repararon luego sus santos ángeles. Vencidos en esto los demonios, tomaron figuras de algunas mujeres conocidas de la Princesa; y fueron a ella con mayor indignación y furor que si lo fueran verdaderas, y la dijeron exorbitantes contumelias atreviéndose a amenazarla y quitarla de su casa algunas cosas de las más necesarias.

Pero todas estas maquinaciones eran frívolas para quien las conocía como María Santísima; pues no hicieron ademán ni acción alguna que no la penetrase, aunque se abstraía totalmente de ellas, sin moverse ni alterarse, sino con majestad de Reina lo despreciaba todo. Temieron los malignos espíritus que eran conocidos, y por esto despreciados. Tomaron otro instrumento de una mujer verdadera y de condición acomodada para su intento. A ésta la movieron contra la Princesa del cielo con una arte diabólica; porque tomó un demonio la

forma de otra su amiga, y le dijo que María la de José la había deshonrado en su ausencia, hablando de ella muchos desaciertos que fingió el demonio nuestro enemigo.

Esta engañada mujer, que por otra parte tenía muy ligera la ira, se fue toda muy enfurecida a nuestra mansísima cordera, y le dijo en su rostro execrables injurias y vituperios. Pero dejándola poco a poco derramar el enojo concebido, la habló Su Alteza con palabras tan humildes y dulces, que la trocó toda y la puso blando el corazón. Y cuando estuvo más en sí, la consoló y sosegó, amonestándola se guardase del demonio; y dándole alguna limosna, porque era pobre, la despidió en paz, con que se desvaneció este enredo, como otros muchos que fabricó el padre de la mentira, Lucifer, no sólo para irritar a la mansa paloma, sino también para de camino desacreditarla. Pero el Altísimo previno la defensa de la, honra de su Madre por medio de su misma perfección, humildad y prudencia, de tal suerte, que jamás pudo el demonio desacreditarla en cosa alguna; porque ella obraba y procedía con todos tan sabiamente, que la multitud de máquinas que fraguaba el dragón se destruían sin tener efecto. La igualdad y mansedumbre que en este género de tentaciones tuvo la soberana Señora fue de admiración para los ángeles; y aun los mismos demonios se admiraban de ver tal modo de obrar en una criatura humana y mujer, porque jamás habían conocido otra semejante.

Entró la quinta legión con la tentación de la gula, y aunque la antigua serpiente no le dijo a nuestra Reina que hiciese de las piedras pan, como después a su Hijo, porque no le había visto hacer milagros tan grandes por habersele ocultado; pero tentóla, como a la primera mujer, con golosina. Pusieronle delante grandes regalos, que con la apariencia convidasen y despertasen el apetito, y procuraron alterarle los humores naturales para que sintiese alguna hambre bastarda, y con otras sugerencias se cansaron en incitarla para que atendiese a lo que la ofrecían. Pero todas estas diligencias fueron vanas y sin efecto alguno, porque de todos estos objetos tan materiales y terrenos estaba el corazón alto de nuestra Princesa y Señora tan lejos como el cielo de la

tierra. Y tampoco empleó sus sentidos en atender a la golosina, ni casi la percibió, porque en todo iba deshaciendo lo que había hecho nuestra madre Eva, que, incauta y sin atención al peligro, puso la vista en la hermosura del árbol de la ciencia y en su dulce fruto, y luego alargó la mano y comió, dando principio a nuestro daño. No lo hizo así María Santísima, que cerró y abstraigo sus sentidos, aunque no tenía el peligro que Eva; pero ella quedó vencida para nuestra perdición, y la gran Reina victoriosa para nuestro rescate y remedio.

Muy desmayada llegó la sexta tentación de la envidia, viendo el despecho de los antecedentes enemigos; porque si bien ellos no conocían toda la perfección con que obraba la Madre de la santidad, pero sentían su invencible fuerza, y la conocían tan inmóvil, que se desahuciaban de poderla reducir a alguno de sus depravados intentos. Con todo esto el implacable odio del dragón y su nunca reconocida soberbia no se rendían; antes añadieron nuevos ingenios para provocar a la amada del Señor a que envidiase en otros lo que ella misma poseía y lo que aborrecía como inútil y peligroso. Hiciéronle una relación muy larga de muchos bienes de gracias naturales que otras tenían; y le decían que a ella no se las había dado Dios. Y por si los dones sobrenaturales le fueran más eficaz motivo de la emulación, le referían grandes favores y beneficios que la diestra del Todopoderoso había comunicado a otros y a ella no. Pero estas mentirosas fabulaciones, ¿cómo podían embarazar a la misma que era Madre de todas las gracias y dones del cielo?

Perseveró con todo en su porfía hasta llegar con la séptima tentación de pereza, pretendiendo introducirla en María Santísima, con despertarle algunos achaques corporales, y lasitud o cansancio y tristeza, que es un arte poco conocida con que este pecado de la pereza hace grandes suertes en muchas almas y las impide su aprovechamiento en la virtud. Añadieron a esto más sugerencias, de que estando cansada dilatase algunos ejercicios para cuando estuviese más bien dispuesta; que no es menor astucia cuando nos engaña a los demás, y no la percibimos ni conocemos lo que es menester. Sobre toda esta

malicia procuraron impedir a la Señora en algunos ejercicios por medio de criaturas humanas, solicitando quien la fuese a estorbar en tiempos intempestivos, para retardarla en alguna de sus acciones y ocupaciones santas que a sus horas y tiempos tenía destinadas. Pero todas estas maquinaciones conocía la diligente Princesa; las desvanecía con su sabiduría y solicitud, sin que jamás el enemigo consiguiese el impedirla en cosa alguna, para que en todo no obrase con plenitud de perfección. Quedaron estos enemigos como desesperados y debilitados, y Lucifer furioso contra ellos y contra sí mismo. Pero renovando su rabiosa soberbia, determinaron acometer juntos, como diré.

Si pudiera el príncipe de las tinieblas retroceder en su maldad, con las victorias que la Reina del cielo había alcanzado quedara deshecha y humillada aquella exorbitante soberbia. Pero como se levanta siempre contra Dios y nunca se sacia de su malicia, quedó vencido, mas no de voluntad rendido. Ardíase en llamas de su inextinto furor hallándose vencido, y tan vencido de una humilde y tierna mujer, cuando él y sus ministros infernales habían rendido a tantos hombres y mujeres magnánimos. Llegó a conocer este enemigo que María Santísima estaba preñada, ordenándolo así Dios, aunque sólo conoció era niño verdadero, porque la divinidad y otros misterios siempre les eran ocultos a estos enemigos; con que se persuadieron no era el Mesías prometido, pues era niño como los demás hombres. Este engaño los disuadió también que María Santísima no era Madre del Verbo, de quien ellos temían les había de quebrantar la cabeza. Con todo eso, juzgaron que de mujer tan fuerte y victoriosa nacería algún varón insigne en santidad. Previendo esto el dragón grande, concibió contra el fruto de María Santísima aquel furor que San Juan dijo en el capítulo XII del Apocalipsis, esperando a que pariese para devorarlo.

Sintió Lucifer una oculta virtud que le oprimía, mirando hacia aquel Niño encerrado en el vientre de su Madre. Y aunque solo, conoció que en su presencia se hallaba f laco de fuerzas y como atado; esto le enfurecía para intentar cuantos medios pudiese en destrucción de aquel Hijo, para él tan sospechoso, y de la Madre, que reconocía tan

superior en la batalla. Manifestósele a la divina Señora por varios modos, y tomando figuras espantosas visibles, como ferocísimo toro y como dragón formidable, y en otras formas, quería llegarse a ella y no podía. Acometía, y hallábase impedido sin saber de quién ni cómo. Forcejaba como una fiera atada, y daba tan espantosos bramidos, que si Dios no los ocultara atemorizaran al mundo y muchos murieran de espanto. Arrojava por la boca fuego y humo de azufre con espumajos venenosos; y todo esto veía y oía la divina princesa María, sin inmudarse ni moverse más que si viera, un mosquito. Hizo otras alteraciones en los vientos, en la tierra y en la casa, trasegándolo y alterándolo todo; pero tampoco perdió por esto María la serenidad y sosiego interior y exterior; que siempre estuvo invicta y superior a todo.

Hallándose Lucifer tan vencido, abrió su inmundísima boca, y movió su lengua mentirosa y coinquinada, y soltó la represa de su malignidad, proponiendo y pronunciando en presencia de la divina Emperatriz todas cuantas herejías y sectas infernales había fraguado con ayuda de sus depravados ministros. Porque después que fueron todos arrojados del cielo y conocieron que el Verbo divino había de tomar carne humana para ser cabeza de un pueblo a quien regalaría con favores y doctrina celestial, determinó el dragón fabricar errores, sectas y herejías contra todas las verdades que iba conociendo en orden a la noticia, amor y culto del Altísimo. En esto se ocuparon los demonios muchos años que pasaron hasta la venida de Cristo Nuestro Señor al mundo, y todo este veneno tenía represado Lucifer en su pecho, como serpiente antigua. Derramóle todo contra la Madre de la verdad y pureza, y deseando inficionarla, dijo todos los errores que contra Dios y su verdad había fraguado hasta aquel día.

No conviene referirlos aquí menos que las tentaciones del capítulo antecedente; porque no sólo es peligroso para los flacos, pero los muy fuertes deben temer este aliento pestífero de Lucifer; y todo lo arrojó y derramó en esta ocasión. Y por lo, que he conocido, creo sin duda no quedó error, idolatría ni herejía de cuantas se han conocido hasta hoy en el mundo, que no se la representase este dragón a la so-

berana María, para que de ella pudiese cantar la Iglesia santa, gratificándole sus victorias con toda verdad, que degolló y ahogó todas las herejías ella sola en el mundo universo. Así lo hizo nuestra victoriosa Sulamitis, donde nada se hallaba que no fuese coro de virtudes ordenadas en forma de escuadrones para oprimir, degollar y confundir los ejércitos infernales. A todas sus falsedades, y a cada una de ellas singularmente, las fue contradiciendo, detestando y anatematizando con una invicta fe y confesión altísima, protestando las verdades contrarias, y magnificando por ellas al Señor como verdadero, justo y santo, y formando cánticos de alabanza en que se encerraban las virtudes y doctrina verdadera, santa, pura y loable. Pidió con fervorosa oración al Señor que humillase la altiva soberbia de los demonios en esto, y los enfrenase para que no derramasen tanta y tan venenosa doctrina en el mundo, y que no prevaleciese la que había derramado y la que adelante intentaría sembrar entre los hombres.

Por esta gran victoria de nuestra divina Reina, y por la oración que hizo, entendí que el Altísimo con justicia impidió al demonio para que no sembrase tanta cizaña de errores en el mundo como deseaba y los pecados de los hombres merecían. Y aunque por ellos han sido tantas las herejías y sectas como hasta hoy se han visto; pero fueran muchas más si María Santísima no hubiera quebrantado la cabeza al dragón con tan insignes victorias.

CAPITULO XIII

Inquietudes de San José al notar el preñado de María. - Pasión de los celos y cómo obra. - Quiere José apartarse de su esposa. - Un sueño celestial le devuelve la paz.

Del divino preñado de la Princesa del ciclo corría ya el quinto mes, cuando el castísimo José, esposo suyo, había comenzado a tener algún reparo en la disposición y crecimiento de su vientre virginal; porque en la perfección natural y elegancia de la divina esposa se podía ocultar menos y descubrirse más cualquiera señal y desigualdad que tuviera. Un día, saliendo María Santísima de su oratorio, la miró con este cuidado San José, y conoció con mayor certeza la novedad, sin que pudiese el discurso desmentir a los ojos lo que les era notorio. Quedó el varón de Dios herido en el corazón con una, flecha de dolor que le penetró hasta lo más íntimo, sin hallar resistencia a la fuerza de sus causas que a un mismo tiempo se juntaron en su alma. La primera el amor castísimo, pero muy intenso y verdadero que tenía a su fidelísima esposa, donde desde el principio estaba su corazón más que en depósito; y con el agradable trato y santidad sin semejante de la gran Señora, se había confirmado más este vínculo del alma de San José en obsequio suyo. Y como ella era tan perfecta y cabal en la modestia y humilde severidad, entre el respeto cuidadoso de servirla, tenía el Santo José un deseo, como natural a su amor, de la correspondencia del de su Esposa.

Juntóse a esta causa la certeza de, que no tenía parte en el preñado que conocía por sus ojos, y que la deshonor era por esto inevitable, cuando se llegase a saber. Y este cuidado era de tanto peso para San José, cuanto él era de corazón más generoso y honrado, y con su gran prudencia sabía ponderar el trabajo de la infamia propia y de su esposa, si llegaban a padecerla. La tercera causa, que daba mayor torcedor al santo esposo era el riesgo de entregar a su esposa para que confor-

me a la ley fuese apedreada (que era el castigo de las adúlteras), si fuese convencida de este crimen. Entre estas consideraciones, como entre puntas de acero, se halló el corazón de San José herido de una pena o de muchas juntas, sin hallar de improviso otro sagrado con que aliviarse más de la asentada satisfacción que tenía de su esposa. Pero como todas las señales testificaban la impensada novedad, no se le ofrecía al santo varón alguna salida contra ellas, ni tampoco se atrevía a comunicar su dolorosa aflicción con persona alguna; hallábase rodeado de los dolores de la muerte, y sentía con experiencia que la emulación es dura como el infierno.

Quería discurrir a solas, y el dolor le suspendía las potencias. Si el pensamiento quería seguir al sentido en las sospechas, todas se desvanecían como el hielo, a la fuerza del sol, y como el humo en el viento, acordándose de la experimentada santidad de su recatada y advertida esposa: si quería suspender el afecto de su castísimo amor, no podía; porque siempre la hallaba digno objeto de ser amado, y la verdad (aunque oculta) tenía más fuerzas para atraer, que el engaño aparente de la infidelidad para desviarle. No se podía romper aquel vínculo asegurado con fiadores tan abonados de verdad, de razón y de justicia. Para declararse con su divina esposa, no hallaba conveniencia, ni tampoco se lo permitía aquella igualdad severa y divinamente humilde que en ella conocía. Y aunque veía la mudanza en el vientre, no correspondía el proceder tan puro y santo a tal descuido como se pudiera presumir; porque aquella culpa no se compadecía con tanta pureza, igualdad, santidad, discreción, y con todas las gracias juntas en que era manifiesto el aumento cada día en María Santísima.

Todo lo que pasaba por el corazón de San José en secreto era manifiesto a la Princesa del cielo, que lo estaba mirando con ciencia divina y luz que tenía. Y aunque su santísimo corazón estaba lleno de ternura y compasión de lo que padecía su esposo, no le hablaba palabra en ello; pero servíale con sumo rendimiento y cuidado. Y el varón de Dios al descuido la miraba con mayor cuidado que otro hombre jamás ha tenido; y como sirviéndole a la mesa y en otras ocupaciones

domésticas la gran Señora (aunque el preñado no era grave ni penoso) hacía algunas acciones y movimientos con que era forzoso descubrir más, atendía a todo San José, y certificábase más de la verdad con mayor aflicción de su alma. Y no obstante que era santo y recto, pero después que se desposó con María Santísima se dejaba respetar y servir de ella, guardando en todo la autoridad de cabeza y varón, aunque lo templaba con rara humildad y prudencia. Pero mientras ignoró el misterio de su esposa, juzgó que debía mostrarse siempre superior con la templanza conveniente, a imitación de los Padres antiguos y Patriarcas, de quienes no debía degenerar, para que las mujeres fuesen obedientes y rendidas a sus maridos. Y tenía razón en este modo de gobernarse, si María Santísima, Señora nuestra, fuera como las demás mujeres., Mas aunque era tan diferente, ninguna hubo ni habrá jamás tan obediente, humilde y sujeta a su marido como lo estuvo la Reina eminentísima a su esposo. Servíale con incomparable respeto y prontitud; y aunque conocía sus cuidados y atención a su preñado, no por eso se excusó de hacer todas las acciones que le tocaban, ni cuidó de disimular y excusar la novedad de su divino vientre; porque este rodeo, artificio o duplicidad no se compadecía con la verdad y candidez angélica que tenía, ni con la generosidad y grandeza de su nobilísimo corazón.

Bien pudiera la gran señora alegar en su abono la verdad de su inocencia inculpable y la testificación de su prima Santa Isabel y Zacarías, porque en aquel tiempo era cuando San José (si sospechara culpa en ella) se la podía mejor atribuir; y por este modo o por otros, aunque no le manifestara el misterio, se podía disculpar y sacar de cuidados a San José. Nada de esto hizo la maestra de la prudencia y humildad; porque no se compadecía con estas virtudes volver por sí, y fiar la satisfacción de tan misteriosa verdad de su propio testimonio. Todo lo remitió con gran sabiduría a la disposición divina. Y aunque la compasión de su esposo y el amor que le tenía la inclinaba a consolarle y despenarle, no lo hizo disculpándose ni ocultando su preñado, sino sirviéndole con mayores demostraciones y procurando

regalarle, y preguntándole lo que deseaba y quería que ella hiciese, y otras demostraciones de rendimiento y amor. Muchas veces le servía de rodillas; y aunque algo consolaba esto a San José, por otra parte le daba mayores motivos de afligirse, considerando las muchas causas que tenía para amar y estimar a quien no sabía si le había ofendido.

No podía San José ocultar del todo su acerbísima pena, y así estaba muchas veces pensativo, triste, suspenso, y llevado de este dolor hablaba a su divina esposa con alguna severidad más que antes; porque este era como efecto inseparable de su afligido corazón, y no por indignación ni venganza: que ésta nunca llegó a su pensamiento. Pero la prudentísima Señora no mudó su semblante ni hizo demostración alguna de sentimiento, antes por esto cuidaba más del alivio de su esposo. Servíale a la mesa, dábale el asiento, traíale la comida, administrábale la bebida; y después de esto, que hacía con incomparable gracia, le mandaba San José que se asentase, y cada hora se iba asegu-
rando más en la certeza del preñado.

En la tormenta de cuidados que combatían al corazón de San José procuraba tal vez con su prudencia buscar alguna calma y cobrar aliento en su afligido ahogo, discurriendo a solas y procurando reducir a duda el preñado de su Esposa. Pero de este engaño le sacaba cada día el aumento del vientre virginal, que con el tiempo se iba manifestando con mayores evidencias. En sus aumentos estaba más agradable y sin sospechas de otros achaques la divina Princesa, que de todas maneras se iba perfeccionando en hermosura, salud, agilidad y belleza; motivos, mayores de la sospecha y lazos, sin poder apartar todos estos afectos a un tiempo con varias olas que le atormentaban y de manera le rindieron, que llegó a persuadirse del todo en la evidencia. Y aunque siempre se conformaba su espíritu con la voluntad de Dios; pero la carne enferma sintió lo sumo del dolor del alma, con que llegó a su punto, donde no halló salida alguna en la causa de su tristeza. Sintió quebranto o deliquio en las fuerzas del cuerpo, que aunque no llegó a ser enfermedad determinada, con todo eso se le debilitaron las fuerzas y puso algo macilento; y se le conocía en el rostro la profunda

tristeza y melancolía que le afligía. Y como la padecía tan a solas sin buscar el alivio de comunicarla (como lo hacen ordinariamente los otros hombres), con esto venía a ser más grave y menos reparable naturalmente la tribulación.

No era menos dolor el que a María Santísima penetraba; pero aunque era grandísimo, era también mayor el espacio de su generoso ánimo, y con él disimulaba sus penas, pero no el cuidado que le daban las de San José su esposo; con que determinó asistirle más, y cuidar de su salud y regalo. Pero como en la prudente Reina era inviolable ley el obrar todas las acciones en plenitud de sabiduría y perfección, callaba siempre la verdad del misterio que no tenía orden de manifestar, y aunque sola ella era la que pudiera aliviar a su esposo José por este camino, no lo hizo, por respetar y guardar el sacramento del Rey celestial. Por sí mismo hacía cuanto podía; hablábale en su salud, y preguntábale qué deseaba hiciese ella para su servicio y alivio del achaque que tanto le desfallecía.

Con esto se sosegaba un poco el turbado espíritu de San José; pero como el objeto de su tristeza no se mejoraba, luego volvía a ella sin hallar salida de cosa fija y cierta en que asegurarse, y volvió a los intentos de ausentarse y dejar a su Esposa. Conociendo esto la divina Señora, juzgó que ya era necesario prevenir este peligro y pedir al Señor con más instancia el remedio.

Dio lugar Su Majestad para que entrambos, María Santísima y San José, llegasen al aprieto del extremo de dolor interior; para que, a más de los méritos que con este dilatado martirio acumulaban, fuese más admirable y estimable el beneficio de la consolación divina.

El dolor de los celos es tan vigilante despertador a quien los tiene, que repetidas veces, en lugar de despertarle, le desvela Y le quita el reposo y sueño. Nadie padeció esta dolencia como San José, aunque en la verdad ninguno tuvo menos causa para ellos, si entonces la conociera.

Pero junto con esto hubo una gran diferencia entre los celos o re-celos de este fiel siervo, y los demás que suelen padecer este trabajo.

Porque los celos añaden al vehemente y ferviente amor un gran cuidado de no perder y conservar lo que se ama, y a este afecto, por natural necesidad, se sigue el dolor de perderlo, e imaginar que alguno se puede quitar; y este dolor o dolencia es la que comúnmente llaman celos, y en los sujetos que tienen las pasiones desordenadas, por falta de prudencia y de otras virtudes, suele causar la pena y dolor efectos desiguales de ira, furor, envidia contra la misma persona amada, o contra el consorte que impide el retorno del amor, ahora sea mal o bien ordenado; y se levantan las tempestades de imaginaciones y sospechas adelantadas, que las mismas pasiones engendran; de que se originan las veleidades de querer y aborrecer, de amar y arrepentirse; y la irascible y concupiscible andan en continua lucha, sin haber razón ni prudencia que las sujete e impere; porque este linaje de dolencia obscurece el entendimiento, pervierte la razón y arroja de sí a la prudencia.

Pero en San José no hubo estos desórdenes viciosos, ni pudo tenerlos, no sólo por su insigne santidad, sino por la de su Esposa; porque en ella no conocía culpa que le indignase, ni hizo concepto el santo que tenía empleado su amor en otro alguno, contra quien o de quien tuviese envidia para repelerle con ira. Sólo consistieron los celos de San José en la grandeza de su amor, en una duda o sospecha condicionada de que si su castísima Esposa le había correspondido era el amor; porque no hallaba cómo vencer esta duda con la razón determinada como lo eran los indicios del recelo. Y no fue menester más certeza de su cuidado para que el dolor fuese tan vehemente; porque en prenda tan propia como la Esposa, justo es no admitir consorte; y para que las experiencias obrasen tal dolencia, bastaba que el amor vehemente y casto del Santo poseyera todo el corazón a vista del menor indicio de infidelidad, y de perder el más perfecto, hermoso y agradable objeto de su entendimiento y voluntad. Que cuando el amor tiene tan justos motivos, grandes y eficaces son los lazos y coyundas que le detienen, fortísimas las prisiones; y más no habiendo contrarios de imperfecciones que las rompan. Nuestra Reina en lo divino, ni natu-

ral, no tenía cosa que moderase y templase el amor de su santo esposo, sino que le fomentase por repetidos títulos y causas.

Con este dolor, que llevo; a tristeza, se quedó un poco dormido San José después de la oración que arriba dije, seguro que se despertaría, a su tiempo para salir de su casa a media noche, sin que, a su parecer, fuese sentido de su Esposa. Estaba la Señora aguardando el remedio y solicitando con sus humildes peticiones el reparo; porque conocía que, llegando la tribulación de su turbado esposo a tal punto y a lo sumo del dolor, se acercaba el tiempo de la misericordia y del alivio. Envió el Altísimo al arcángel Gabriel, para que estando José durmiendo, le manifestase por divina revelación el misterio del preñado de su Esposa. Y el Arcángel, cumpliendo esta legacía, fue a San José y le habló en sueños, y le declaró todo el misterio de la Encarnación y Redención en las palabras que el Evangelista refiere. Alguna admiración puede hacer, y a mí me la ha motivado, porque el santo Arcángel habló a San José en sueños y no en vela; pues el misterio era tan alto, y no fácil de entender, y más en la disposición del santo tan turbada y afligida; y a otros se les manifestó el mismo sacramento, no durmiendo, sino estando despiertos.

Despertó San José capaz del misterio revelado, y de que su esposa era madre verdadera del mismo Dios. Y entre el mismo gozo de su dicha y no pensad-a suerte, y el nuevo dolor de lo que había hecho, se postró en tierra, y con otra humilde turbación, temeroso y alegre hizo actos heroicos de humildad y reconocimiento. Dio gracias al Señor por el misterio que le había revelado y por haberle hecho Su Majestad esposo de la que escogió por Madre, no mereciendo ser esclavo suyo. Con este conocimiento y acciones de las virtudes, quedó sereno el espíritu de San José.

CAPITULO XIV

Cómo era la casa de María y de José. - Traje de la Virgen. -Pobreza de su vida. - La canastilla del Niño Dios.

La humilde, pero dichosa casa de José estaba distribuída en tres aposentos, en que casi toda ella se resolvía, para la ordinaria habitación de los dos esposos; porque no tuvieron criado ni criada alguna. En un aposento dormía San José; en otro trabajaba y tenía los instrumentos de su oficio de carpintero; en el tercero asistía de ordinario y dormía la Reina de los cielos, y en él tenía para esto una tarima hecha por mano de San José; y este orden guardaron desde el principio que se desposaron y vinieron a su casa. Antes de saber el santo esposo la dignidad de su soberana esposa y señora, iba muy raras veces a verla; porque mientras no salía de su retiro, acudía él a sus labores, si no era en algún negocio que era muy necesario consultarla. Pero después que fue informado de la causa de su felicidad, estaba el santo varón más cuidadoso, y por renovar su consuelo acudía muy de ordinario al retrete de la soberana Señora, para visitarla y saber qué le mandaba. Pero llegaba siempre con extremada humildad y reverencial temor, y antes de hablarla reconocía con silencio la ocupación que tenía la divina Reina; y muchas veces la veía con éxtasis elevada de la tierra y llena de refulgentísima luz; otras acompañada de sus santos ángeles en divinos coloquios con ellos; otras la hallaba postrada en tierra en forma de cruz y hablando con el Señor.

Cuando la gran Señora estaba en esta disposición y ocupaciones, no se atrevía más que a mirarla con profunda reverencia; y merecía tal vez oír suavísima armonía, de la música celestial que los ángeles daban a su Reina, y una fragancia admirable que le confortaba.

Vivían solos en su casa los dos santos esposos, porque no tenía criado alguno, como he dicho, no sólo por su profunda humildad, mas también fue conveniente porque no hubiese testigos de tan visibles

maravillas como sucedían entre ellos, de que no debían participar los de fuera. Tampoco la Princesa del cielo salía de su casa, si no es con urgentísima causa del servicio de Dios y beneficio de los prójimos; porque si otra cosa era necesaria, acudía a traerla aquella dichosa mujer su, vecina, que sirvió a San José mientras María Santísima estuvo en casa de Zacarías; y de estos servicios recibió tan buen retorno, que no sólo ella fue santa y perfecta, pero toda su casa y familia fue bien afortunada con el amparo de la Reina y Señora del mundo, que cuidó mucho de esta mujer; y por estar vecina acudió a curarla en algunas enfermedades.

Nunca San José vio dormir a la divina esposa, ni supo con experiencia si dormía, aunque se lo suplicaba el santo, para que tomase algún alivio, y más en el tiempo de su sagrado preñado. El descanso de la Princesa era la tarima que dije arriba, hecha por mano del mismo San José; y en ella tenla dos mantas, entre las cuales se recogía para tomar algún breve sueño. Su vestido interior era una túnica o camisa de tela como algodón, más suave que el paño común y ordinario. Esta túnica jamás se la mudó después que salió del templo, ni se envejeció, ni manchó, ni la vio persona alguna, ni San José supo si la traía; porque sólo vio el vestido exterior que a todos los demás era manifiesto. Este vestido era de color de ceniza, como he dicho, y sólo éste y las tocas mudaba alguna vez la Señora del cielo; no porque estuviese manchado, antes porque siendo visible a todos, excusase la advertencia de verle siempre en un estado. Porque cosa alguna de las que llevaba en su purísimo y virginal cuerpo se manchó ni sucio; porque ni sudaba, ni tenía las pensiones que en esto padecen los cuerpos sujetos a pecado de los hijos de Adán. Era en todo purísima, y las labores de sus manos eran con sumo aliño y limpieza; y con el mismo administraba la ropa y lo demás necesario a San José. La comida era parva y limitada; pero cada día y con el mismo santo; y nunca comió carne, aunque él la comiese y ella la aderezase. Su sustento era fruta, pescado, y lo ordinario pan y hierbas cocidas; pero de todo tomaba, en medida y peso, sólo aquello que pedía precisamente el alimento de la

naturaleza y el calor natural, sin que sobrase cosa alguna que pasase a exceso y corrupción dañosa, y lo mismo era de la bebida: aunque de los actos. fervorosos le redundaba algún ardor preternatural. Este orden de la comida en la cantidad siempre le guardó respectivamente; aunque en la calidad, con los varios sucesos de su vida santísima, se mudó y varió.

En todo fue María Purísima de consumada perfección, sin que le faltase gracia alguna, y todas con el lleno de consumada perfección en lo natural y sobrenatural. Sólo a mis palabras les falta para explicarlo: porque jamás me satisfacen, viendo cuán atrás quedan de lo que conozco, cuanto más de lo que en sí mismo contiene tan soberano objeto.

Sucedía no pocas veces que la divina Señora y su esposo se hallaban destituidos del socorro necesario para la vida; porque con los pobres eran liberalísimos de lo que tenían, y nunca eran solícitos, como los hijos de este siglo, en prevenir la comida y el vestido con diligencias anticipadas de la desconfiada codicia; y el Señor disponía que la fe y la paciencia de su Madre Santísima y de San José no estuviesen ociosas, y porque estas necesidades eran para la divina Señora de incomparable consuelo, no sólo por el amor de la pobreza, sino también por su humildad, con que se juzgaba por indigna del sustento necesario para vivir, y le parecía justísimo que sólo a ella le faltase, como a quien no lo merecía: y con esta confesión bendecía al Señor en su pobreza, y sólo. para San José, que le reputaba por digno, como santo y justo, pedía al Altísimo le diese en la necesidad el socorro que de su mano esperaba. No se olvidaba el Todopoderoso de sus pobres hasta el fin; porque dando lugar al merecimiento y ejercicio, daba también el alimento en el tiempo más oportuno. Y esto disponía su providencia divina por varios modos. Algunas veces movía el corazón de sus vecinos y conocidos de María Santísima y el glorioso San José, para que les acudiesen con alguna dádiva graciosa o debida. Otras, y más de ordinario, les socorría Santa Isabel, desde su casa; porque después que estuvo en ella la Reina del cielo, quedó la matrona con este cuidado de acudirles a tiempo con algunos beneficios y dones, a que la correspon-

día siempre la humilde Princesa con alguna obra o labor de sus manos. Y en ocasiones oportunas se valía también de la potestad que como Señora de las criaturas tenía sobre ellas; y mandaba a las aves del aire que le trajesen peces del mar, o frutas del campo, y lo ejecutaban al punto: y tal vez le traían algún pan en los picos, de donde el Señor lo disponía.

Por ministerio de los santos ángeles eran socorridos también en algunas ocasiones: y para referir uno de los muchos milagros que con ellos sucedieron a María Santísima y José, se ha de suponer que la grandeza del ánimo y la fe y liberalidad del santo eran tan grandes, que nunca pudo entrar en su afecto, ni ademán de codicia, ni solicitud alguna. Y aunque trabajaba de sus manos, y también la divina esposa, jamás pedían precio por la obra, ni decían esto vale ni me habéis de dar; porque hacían las obras, no por interés, sino por obediencia y caridad de quien las pedía, y dejaba en su mano que les diese algún retorno, recibéndolo no tanto por precio y paga, como por limosna graciosa. Y por este orden tal vez, porque no les recompensaban su trabajo, venían a estar necesitados y faltarles la comida y sustento a su tiempo, hasta que el Señor la proveía. Un día sucedió que, pasada la hora ordinaria, se hallaron sin tener cosa alguna que comer; y para dar gracias al Señor por este trabajo, y esperar que abriese su poderosa mano, se estuvieron en oración hasta muy tarde, y en el ínterin los santos ángeles les previnieron la comida y les pusieron la mesa, y en ella algunas frutas, y pan blanquísimo y peces, y sobre todo un género de guisado o conserva de admirable suavidad y virtud. Y luego fueron algunos de los ángeles a llamar a su Reina, y otros a San José su esposo. Salieron de sus retiros, y reconociendo el beneficio del cielo, con lágrimas y fervor dieron gracias y comieron.

Estaba ya muy adelante el divino preñado de la Madre del eterno Verbo, y para obrar en todo con plenitud de prudencia, aunque sabía que era preciso prevenir mantillas y lo demás necesario para el parto, nada quiso disponer sin la voluntad y orden del Señor y de su esposo, para cumplir en todo con las leyes de sierva y fidelísima.

Determinaron los esposos que en la esfera y estado de su pobreza era razón hacer en obsequio del Niño Dios cuanto fuese posible, para que el sacramento del Rey estuviese oculto en el velo de la humilde pobreza, y el encendido amor que tenían no quedase frustrado en lo que podían ejecutarle. Luego San José, en recambio de algunas obras de sus manos, buscó dos telas de lana, como la divina esposa había dicho: una blanca y otra de color más morado que pardo, entrambas las mejores que pudo hallar; y de ellas cortó la Reina las primeras mantillas para su Hijo, y de la tela que ella había hilado y tejido cortó las camisillas y sabanillas en que empañarle. Era esta tela muy delicada, como de tales manos, y la comenzó desde el día que entró en su casa con San José, con intento de llevarla a ofrecer al templo. Y aunque este deseo se conmutó tan mejorado, con todo eso, da la que sobró, hechas las alhajitas del Niño Dios, cumplió la ofrenda en el templo santo de Jerusalén. Todos estos aliños y ropa necesaria para el divino parto los hizo la gran Señora por sus manos, y los cosió y aderezó estando siempre de rodillas y con lágrimas de incomparable devoción. Previno San José flores y hierbas, las que pudo hallar, y otras cosas aromáticas de que la diligente Madre hizo agua olorosa más que de ángeles, y rociando los fajos consagrados para la hostia y sacrificio que esperaba, los dobló y aliñó, y puso en una caja, en que después los llevó consigo a Belén.

Todas estas obras de la Princesa del cielo, María Santísima, se han de entender y pesar, no desnudas y sin alma, como yo las refiero, sino vestidas de hermosura, llenas de santidad y magnificencia, y en mayor colmo y plenitud de perfección que el humano juicio puede investigar.

CAPITULO XV

Ordena César Augusto el empadronamiento general. - Salen José y María a cumplir el edicto. - No encuentran hospitalidad, en Belén. - Se acogen a la gruta.

Determinado estaba por el Altísimo que el Unigénito del Padre naciera en la ciudad de Belén; y en virtud de este divino decreto lo profetizaron mucho antes de cumplirse los santos y Profetas antiguos. La ejecución de este decreto dispuso el Señor por medio de un edicto que publicó el emperador César Augusto en el imperio romano, para que, como refiere San Lucas, se escribiese o numerase todo el orbe. Extendíase entonces el imperio romano a la mayor parte de lo que se conocía del orbe, y por eso se llamaban señores de todo el mundo, no haciendo cuenta de lo demás. Y esta descripción era confesarse todos vasallos del emperador, y tributarle cierto censo, como a señor natural en lo temporal. Llegó este edicto a Nazareth y a noticia de San José, y volviendo, a su casa (habíalo oído fuera de ella) afligido y contristado, refirió a su divina esposa lo que pasaba con la novedad del edicto. Estaba María capaz de todos los misterios de su Hijo, y sabía ya las profecías y el cumplimiento de ellas, y que el Unigénito del Padre y suyo había de nacer en Belén como peregrino y pobre.

Determinaron luego el día de su partida, y el santo esposo con diligencia salió por Nazareth a buscar alguna bestezuela en que llevar a la Señora del mundo; y no fácilmente pudo hallarla, por la mucha gente que salía a diferentes ciudades a cumplir con el mismo edicto del emperador. Pero después de muchas diligencias halló José un jumentillo humilde, que si pudiéramos llamarle dichoso, lo habría sido entre todos los animales irracionales; pues no sólo llevó a la Reina de todo lo criado, y en ella al Rey y Señor de los reyes y señores, pero después se halló en el nacimiento del Niño, y dio a su Criador el obsequio que los hombres le negaron. Previnieron lo necesario para el

viaje, que fue jornada de cinco días; sólo llevaban pan, fruta y algunos peces, que era el ordinario manjar y regalo de que usaban. Y como la prudentísima Virgen tenía luz de que tardaría mucho tiempo en volver a su casa, no sólo llevó consigo las mantillas y fajos de su divino parto, pero dispuso las cosas con disimulación, de manera que todas estuviesen al intento de los sucesos que esperaban; y dejaron encargada su casa a quien cuidase de ella mientras volvían. Con esta preparación y en medio del invierno, que hacía el viaje más penoso, partieron de Nazareth para Belén María y José a los ojos del mundo, tan solos, como pobres y humildes peregrinos. Pero ¡oh sacramentos del Altísimo, ocultos a los soberbios e inescrutables para la prudencia carnal! No caminaban solos, pobres ni despreciados, sino prósperos, abundantes y magníficos. Llevaban consigo el tesoro del cielo. Acompañaron los diez mil ángeles señalados por el mismo Dios para que sirviesen a Su Majestad y a su Madre en toda esta jornada. Estos escuadrones celestiales iban en forma humana visible para la divina Señora, más refulgentes cada uno que otros tantos soles, haciéndola escolta. Y ella iba en medio de todos más guarnecida y defendida que el lecho de Salomón con los sesenta valentísimos de Israel que ceñidas las espadas le rodeaban.

Hacían nuevos cánticos al Señor, contemplándole sumo Rey de gloria descansando en su reclinatorio de oro, y a la divina Madre, ya como carroza incorruptible y viva; ya como espiga fértil de la tierra prometida, que encerraba el grano vivo; ya como nave rica del mercader, que le llevaba a que naciera en la casa del pan, para que muriendo en la tierra fuese multiplicado en el cielo. Duróles cinco días la jornada; pues el esposo de la Madre Virgen ordenó llevarla muy despacio. Y nunca la Soberana Reina conoció noche en este viaje; porque cuando caminaban parte de ella, despedían los ángeles tan grande resplandor, como todas, las luminarlas del cielo juntas cuando al mediodía tienen su mayor fuerza en la más clara serenidad.

Con estos favores y regalos mezclaba el Señor algunas penalidades y molestias que se ofrecían a su Madre en el viaje. Porque el con-

curso de la gente en las posadas, por los muchos que caminaban con la ocasión del imperial edicto, era muy penoso e incómodo para el recato y modestia de la purísima Madre y Virgen y para su esposo: porque como pobres eran menos admitidos que otros, y les alcanzaba más descomodidad que a los muy ricos; que el mundo, gobernado por lo sensible, de ordinario distribuye sus favores al revés y con acepción de personas. Oían nuestros santos peregrinos repetidas palabras ásperas en las posadas adonde llegaban fatigados, y en algunas los despedían como a gente despreciable; y muchas veces admitían a la Señora del cielo y tierra en un rincón de un portal; y otras aún no le alcanzaba, y se retiraban ella y su esposo a otros lugares más humildes y menos decentes en la estimación del mundo.

Y fatigada muchas veces con estas penas, sentía la Virgen algún desfallecimiento en el cuerpo; y los santos ángeles, llenos de refulgente luz y hermosura, la reclinaban en sus brazos, para que en ellos descansase.

Y para mayor confusión de la ingratitud humana, sucedió alguna vez que como era invierno y llegaban a las posadas con grandes fríos de las nieves y lluvias, era necesario retirarse a los mismos lugares viles donde estaban los animales; porque no les daban otro mejor los hombres: y la cortesía y humanidad que les faltaba a ellos, tenían las bestias, retirándose y respetando a su Hacedor y a su Madre, que le tenía en su virginal vientre. Bien pudiera la Señora de las criaturas mandar a los vientos, a la escarcha y a la nieve que no, la ofendieran; pero no lo hacía, por no privarse de la imitación de su Hijo Santísimo en padecer, aun antes de que él saliese de virgíneo vientre. Pero el cuidadoso y fiel esposo San José atendía mucho a abrirla; y más lo hacían los espíritus angélicos, en especial el príncipe San Miguel, que siempre asistió al lado diestro de su Reina, sin desampararla un punto en este viaje; y repetidas veces la servía, llevándola del brazo cuando se hallaba algo cansada.

Con la variedad alternada de estas maravillas llegaron nuestros peregrinos, María Santísima y José, a la ciudad de Belén el quinto día

de su jornada, a las cuatro de la tarde, sábado, que en aquel tiempo del solsticio hiemal ya a la hora dicha se despide el sol y se acerca la noche. Entraron en la ciudad buscando alguna casa de posada; y discurrendo muchas calles, no sólo por posadas y mesones, pero por las casas de los, conocidos y de su familia más cercanos, de ninguno fueron admitidos, y de muchos despedidos con desgracia y con desprecios. Seguía la honesta Reina a su esposo (llamando él de casa en casa y de puerta en puerta) entre el tumulto de la mucha gente. Y aunque no ignoraba que los corazones y las casas de los hombres estarían cerrados para ellos, con todo eso, por obedecer a José, quiso padecer aquel trabajo y pudor o vergüenza que para su recato, estado y edad en que se hallaba, fue de mayor pena que, faltarles la posada. Discurriendo por la ciudad llegaron a la casa donde estaba el registro y padrón público; y por no volver a ella se escribieron, y pagaron el fisco y la moneda del tributo real, con que salieron de este cuidado. Prosiguieron su diligencia, y fueron a otras posadas; y habiéndolas buscado en más de cincuenta casas, de todas fueron arrojados y despedidos.

Eran las nueve de la noche cuando el fidelísimo José, lleno de amargura e íntimo dolor, se volvió a su esposa prudentísima y la dijo: Mi corazón desfallece de dolor en esta ocasión viendo que no puedo acomodaros con ningún abrigo ni descanso, que raras veces se le niega al más pobre y despreciado del mundo. Acuérdomme que fuera de los muros de la ciudad está una cueva que suele servir de albergue a los pastores y a su ganado, Lleguémonos allá, que si por dicha está desocupada, allí tendréis del cielo algún amparo cuando nos falta de la tierra. Encaminaron para allá los ángeles a los divinos esposos, y llegando al portal o cueva, la hallaron desocupada y sola.

CAPITULO XVI

La gruta. - El divino parto. - Éxtasis y adoración de José. -El jumentillo y el buey calientan al Niño.

El palacio que tenla prevenido el Rey de los reyes y Señor de los señores para hospedar en el mundo a su eterno Hijo era la más pobre y humilde choza o cueva, adonde María y José se retiraron despedidos de los hospicios y piedad natural de los mismos hombres. Era este lugar tan despreciado y contentible, que, con estar la ciudad de Belén tan llena de forasteros, que faltaban posadas en que habitar, con todo eso nadie se dignó de ocuparla ni bajar a él.

Entraron María Santísima y José en este prevenido hospicio, y con el resplandor que despedían los diez mil ángeles que los acompañaban pudieron fácilmente reconocerle pobre y solo, como lo deseaban, con gran consuelo y lágrimas de alegría. La divina princesa María, santificando con sus plantas aquella cuevecita sintió una plenitud de júbilo interior que la elevó y vivificó toda. Y pidió al Señor pagase con liberal mano a todos los vecinos de la ciudad, que despidiéndola de sus casas le habían ocasionado tanto bien como en aquella humildísima choza le esperaba. Era toda de unos peñascos naturales y toscos, sin género de curiosidad ni artificio, y tal, que los hombres la juzgaron conveniente para solo albergue de animales; pero el Eterno Padre la tenía destinada para abrigo y habitación de su mismo Hijo.

El santo esposo José, atento a la majestad de su divina Esposa, comenzó a limpiar el suelo y rincones de la cueva. Y estando los santos ángeles en forma humana visible, luego con emulación santa ayudaron a este ejercicio, o, por mejor decir, en brevísimo espacio limpiaron y despejaron aquella caverna, dejándola toda aliñada y llena de fragancia. San José encendió fuego con el aderezo que para ello traía. Y porque el frío era grande, se llegaron a él para recibir algún

alivio; y del pobre sustento que llevaban comieron o cenaron con incomparable alegría de sus almas; aunque la Reina del cielo y tierra con la vecina hora de su parto estaba absorta y abstraída en el misterio, que nada comiera, si no mediara la obediencia de su esposo.

La Virgen reconocía se llegaba el parto felicísimo. Rogó a su esposo José se recogiese a descansar y dormir un poco, porque ya la noche corría muy adelante. Obedeció el varón divino a su Esposa, y la pidió que también ella hiciese lo mismo, y para esto aliñó y previno con las ropas que traían un pesebre algo ancho que estaba en el suelo de la cueva para servicio de los animales que en ella recogían. Y dejando a María Santísima acomodada en este tálamo, se retiró el santo José, a un rincón del portal, donde se puso en oración. Fue luego visitado del Espíritu divino, y sintió una fuerza suavísima y extraordinaria con que fue arrebatado y elevado en un éxtasis, donde se le mostró todo lo que sucedió aquella noche en la cueva dichosa; porque no volvió a sus sentidos hasta que le llamó la divina Esposa. Y este fue el sueño que allí recibió José, más alto y más feliz que el de Adán en el Paraíso.

En el lugar que estaba la Reina de las criaturas fue al mismo tiempo movida de un fuerte llamamiento del Altísimo, con eficaz y dulce transformación que la levantó sobre todo lo criado, y sintió nuevos efectos del poder divino; porque fue este éxtasis de los más raros y admirables de su vida.

Estuvo María Santísima en este raptó y visión beatífica más de una hora inmediata a su divino parto. Y al mismo tiempo que salía de ella y volvía en sus sentidos, reconoció y vio que el cuerpo del Niño Dios se movía en su virginal vientre, soltándose y despidiéndose del natural lugar donde había estado nueve meses, y se encaminaba a salir de aquel sagrado tálamo. Este movimiento del Niño no sólo no causó en la Virgen Madre dolor y pena, como sucede a las demás hijas de Adán y Eva en sus partos; pero antes la renovó toda en júbilo y alegría incomparable, causando en su alma y cuerpo virgíneo efectos tan divinos y levantados, que sobreexceden a todo pensamiento criado. Quedó

en el cuerpo tan espiritualizada, tan hermosa y refulgente, que no parecía criatura humana y terrena. El rostro despedía rayos de luz, como un sol entre color encarnado bellísimo. El semblante gravísimo, con admirable majestad, y el afecto inflamado y fervoroso. Estaba puesta de rodillas en el pesebre, los ojos levantados al cielo, las manos juntas y llegadas al pecho, el espíritu elevado en la Divinidad, y toda ella deificada. Y con esta disposición, en el término de aquel divino raptó, dio al mundo al Unigénito del Padre y suyo, y nuestro Salvador Jesús, Dios y hombre verdadero, a la hora de media noche, día de domingo, y el año de la creación del mundo, que la Iglesia romana enseña, de cinco mil ciento noventa y nueve; que esta cuenta se me ha declarado, es la cierta y verdadera.

Nació el Sol de justicia, limpio, hermosísimo, refulgente y puro, dejando a María en su virginal entereza y pureza más divinizada y consagrada; porque no dividió, sino que penetró el virginal claustro, como los rayos del sol, que, sin herir la vidriera cristalina, la penetran y dejan más hermosa y refulgente. Y antes de explicar el modo milagroso cómo esto se ejecutó, digo que nació el Niño Dios solo y puro, sin aquella túnica, que llaman *secundina*, en que nacen comúnmente enredados los otros niños, y están envueltos en ella en los vientres de sus madres. Y no me detengo a declarar la causa de donde pudo nacer y originarse el error que se ha introducido de lo contrario. Basta saber y suponer que en la generación del Verbo humanado y en su nacimiento, el brazo poderoso del Altísimo tomó y eligió de la naturaleza todo aquello que pertenecía a la verdad y substancia de la generación humana, para que el Verbo hecho hombre verdadero, verdaderamente se llamase concebido y engendrado, y nacido como hijo de la substancia de su Madre siempre virgen. Pero en las demás condiciones que no son de esencia, sino accidentales a la generación y natividad, no sólo se han de apartar de Cristo Señor nuestro y de su Madre Santísima las que tienen relación y dependencia de la culpa original o actual, pero otras muchas que no derogán a la substancia de la generación o nacimiento, y en los mismos términos de la naturaleza contienen alguna

impuridad o superfluidad no necesaria para que la Reina del cielo se llame Madre verdadera, y Cristo Señor nuestro hijo suyo.

El Verbo humanado no era justo que pasase por las leyes comunes de los hijos de Adán; antes era consiguiente al milagroso modo de nacer, que fuese privilegiado y libre de todo lo que pudiera ser materia de corrupción o menos limpieza; y aquella túnica *secundina* no se había de corromper fuera del virginal vientre, por haber estado tan contigua o continua con su cuerpo santísimo, y ser parte de la sangre y substancia materna; ni tampoco era conveniente guardarla y conservarla, ni que le tocasen a ella las condiciones Y privilegios que se le comunican al divino cuerpo, para salir penetrando el de su Madre Santísima, como diré luego. Y el milagro con que se había de disponer de esta piel sagrada, si saliera del vientre, se pudo obrar mejor quedándose en él, sin salir fuera.

Nació, pues, el Niño Dios del tálamo virginal solo, y sin otra cosa material o corporal que le acompañase. Pero salió glorioso y transfigurado; porque la Divinidad y sabiduría infinita dispuso y ordenó que la gloria del alma santísima redundase y se comunicase al cuerpo del Niño Dios al tiempo de nacer, participando de los dotes de la gloria.

El evangelista San Lucas dice que la Madre Virgen, habiendo parido a su Hijo primogénito, le envolvió en paños, y le reclinó en un pesebre. Y no declara quién le llevó a sus manos desde, su virginal vientre; porque esto no pertenecía a su intento. Pero fueron ministros de esta acción los dos príncipes soberanos San Miguel y San Gabriel, que como asistían en forma humana, corpórea, al misterio, al punto que el Verbo humanado, penetrándose con su virtud por el tálamo virginal, salió a luz, en debida distancia le recibieron en sus manos con incomparable reverencia. Y al modo que el sacerdote propone al pueblo la sagrada hostia para que la adore, así estos dos celestiales ministros presentaron a los ojos de la divina Madre a su Hijo glorioso y refulgente. Todo esto sucedió en breve espacio. Y al punto que los santos ángeles presentaron al Niño Dios a su Madre, recíprocamente

se miraron Hijo y Madre Santísimos, hiriendo ella el corazón del dulce Niño, y quedando juntamente llevada y transformada en él.

Ya era hora que la advertida Señora llamase a su fidelísimo esposo San José, que estaba en divino éxtasis, donde conoció por revelación todos los misterios del sagrado parto que en aquella noche se celebraron. Pero convenía también que con los sentidos corporales viese y tratase, adorase y reverenciase al Verbo humanado, antes que otro alguno de los mortales; pues él solo era entre todos escogido para dispensero fiel de tan alto sacramento. Volvió del éxtasis mediante la voluntad de su divina esposa; y restituído en sus sentidos, lo primero que vio fue al Niño Dios en los brazos de su Madre Virgen, arrimado a su sagrado rostro y pecho. Allí le adoró con profundísima humildad y lágrimas. Besó los pies con nuevo júbilo y admiración, que le arrebatara y disolviera la vida, si no le conservara la virtud divina; y perdiera los sentidos, si no fuera necesario usar de ellos en aquella ocasión. Luego que el Santo José adoró al Niño, la Madre pidió licencia a su mismo Hijo para asentarse (que hasta entonces había estado de rodillas), y administrándole San José los fajos y pañales que traía, le envolvió en ellos con incomparable reverencia, devoción y aliño; y así empañado y fajado, con sabiduría divina le reclinó la misma Madre en el pesebre, aplicando algunas pajas y heno a una piedra, para acomodarle en el primer lecho que tuvo Dios hombre en la tierra, fuera de los brazos de su madre. Vino luego (por voluntad divina) de aquellos campos un buey con suma presteza, y entrando en la cueva se juntó al jumentillo que la misma Reina había llevado. Y ella les mandó adorasen y reconociesen a su Criador. Obedecieron los humildes animales al mandato de su Señora, y se postraron ante el Niño, y con su aliento le calentaron y sirvieron con el obsequio que le negaron los hombres.

CAPITULO XVII

Adoración de los pastores. - La Circuncisión de Jesús.

Aunque no todos los justos de la tierra conocieron entonces este sacramento; pero en todos hubo algunos efectos divinos en la hora que nació el Salvador. Y no sólo hubo mutaciones en los ángeles y en los justos, sino en otras criaturas insensibles; porque todas las influencias de los planetas se renovaron y mejoraron. El sol apresuró mucho su curso; las estrellas dieron mayor resplandor; y para los Reyes Magos se formó aquella noche la milagrosa estrella que los encaminó a Belén. Muchos árboles dieron flor, y otros frutos. Algunos templos de ídolos se arruinaron; y otros ídolos cayeron, y salieron de ellos demonios.

Entre todos fueron muy dichosos los pastores de aquella región, que desvelados guardaban sus rebaños a la misma hora del nacimiento. Y no sólo porque velaban con aquel honesto cuidado, mas también porque eran pobres, humildes y despreciados del mundo, justos y sencillos de corazón, eran de los que en el pueblo de Israel esperaban con fervor y deseaban la venida del Mesías, y de ella hablaban y conferían repetidas veces. Tenían mayor semejanza con el autor de la vida, tanto cuanto eran más disímiles de fausto, vanidad y ostentación mundana, y lejos de su diabólica astucia. Por estar en tan conveniente disposición, merecieron ser citados y convidados como primicias de los Santos por el mismo Señor, para que entre los mortales fuesen ellos los primeros a quien se manifestase y comunicase el Verbo. Para esto fue enviado el mismo arcángel San Gabriel; y hallándolos en su vigilia, se les apareció en forma humana, visible con gran resplandor de candidísima luz.

Halláronse los pastores repentinamente rodeados y bañados de celestial resplandor, y con la vista del ángel, como poco ejercitados en tales revelaciones, temieron con gran pavor. Y el santo príncipe los

animó y les dijo: Hombres sinceros, no queráis temer que os evangelizo un grande gozo, y es, que para vosotros ha nacido hoy el Salvador Cristo en la ciudad de David. Y os doy por señal de esta verdad que hallaréis al Infante envuelto entre paños y puesto en un pesebre.

Las señas que les dio el santo ángel no parecían muy a propósito ni proporcionadas con los ojos de la carne para la grandeza del recién nacido; porque estar en un pesebre envuelto en humildes y pobres paños, no fueran indicios eficaces para conocer la majestad del Rey, si no la penetraran con divina luz, de que fueron ilustrados y enseñados.

Postráronse todos en tierra, y adoraron al Verbo humanado; y no ya como hombres rústicos e ignorantes, sino como sabios y prudentes le alabaron, confesaron y engrandecieron por verdadero Dios y hombre, reparador y redentor del linaje humano. La divina Señora y Madre del infante Dios estaba atenta a todo lo que decían y obraban los pastores exterior e interiormente; porque penetraba lo íntimo de sus corazones.

En los días que estuvieron en el portal María Santísima, el Niño y José, volvieron algunas veces a visitarlos estos santos pastores, y les trajeron algunos regalos de lo que su pobreza alcanzaba. Y no todos los que los oyeron les dieron crédito, juzgándolos algunos por gente rústica e ignorante; pero ellos fueron santos y llenos de ciencia divina hasta la muerte. Entre los que les dieron crédito, fue Herodes, aunque no por fe ni piedad santa, sino por temor mundano y -pésimo de perder el reino. Y entre los niños que quitó la vida, fueron algunos hijos de estos santos hombres, que también merecieron esta grande dicha, y sus padres los ofrecieron con alegría al martirio.

Luego que la Virgen se halló Madre con la encarnación del Verbo divino en sus entrañas, comenzó a conferir consigo misma los trabajos y penalidades que su Hijo dulcísimo venía a padecer. Este dolor previsto fue un prolongado martirio de la Madre del Cordero que había de ser sacrificado. Pero en cuanto al misterio de la Circuncisión, que había de ser tras del nacimiento, no tenía la divina Señora conocimiento de la voluntad del eterno Padre. Por otra parte, el maternal

amor y compasión le inclinaban a excusar a su dulcísimo Niño de padecer esta penalidad, si fuera posible; y también porque la Circuncisión era sacramento para limpiar del pecado original, de que el infante Dios estaba tan libre, sin haberlo contraído en Adán.

Llegándose ya el tiempo señalado por la ley para la circuncisión del divino Infante, parecía forzoso cumplir con ella. El santísimo esposo, con suma veneración y grande sabiduría, dijo que en todo se conformaba con la divina voluntad manifestada con la ley común; y que el Verbo humanado, aunque en cuanto Dios no estaba sujeto a la ley, pero que vestido de la humanidad, siendo en todo perfectísimo Maestro y Redentor, gustaría de conformarse con los demás hombres en su cumplimiento. Y preguntó a su divina esposa cómo se había de ejecutar la circuncisión.

Respondió María, que cumpliendo la ley en substancia, en el modo le parecía que fuese como en los demás niños que se circuncidaban; pero que ella no debía dejarle ni entregarle a otra persona alguna; que le llevaría y tendría en sus brazos. Y porque la complexión y delicadeza natural del Niño será causa para sentir más. el dolor que los circuncidados, es razón prevenir la medicina que a la herida se suele aplicar a otros niños. A más de esto pidió a San José buscarse luego un pomito de cristal o vidrio en que recibir la sagrada reliquia de la circuncisión del Niño Dios, para guardarla consigo. Y en el ínterin la advertida Madre previno paños en que cayese la sangre que se había de comenzar a verter en precio de nuestro rescate, para que ni una gota se perdiese ni cayese por entonces en la tierra. Preparado todo esto, dispuso la Señora que San José avivase y pidiese al sacerdote que viniese a la cueva, porque el Niño no saliese de allí, y por su mano se hiciese la circuncisión, como ministro más decente y digno de tan oculto y grande misterio.

Estando la gran Señora del cielo y San José en esta conferencia, descendieron de las alturas innumerables ángeles en forma humana con vestiduras blancas y refulgentes, descubriendo unos resaltos de encarnado, todos de admirable hermosura. Traían palmas en las ma-

nos y coronas en las cabezas, que cada una despedía de sí mayor claridad que muchos soles; y en comparación de la belleza de estos santos príncipes, todo lo visible y hermoso de la naturaleza parece fealdad. Pero lo que más sobresalía en su hermosura era una divisa o venera en el pecho, como grabada o embutida en él, debajo un viril en que cada uno tenía escrito el nombre dulcísimo de JESUS. Y la luz y refulgencia que despedía cada uno de los nombres excedía a la de todos los ángeles juntos, con que venía a ser la variedad en tanta multitud tan rara y peregrina, que ni con palabras se puede explicar, ni con nuestra imaginación percibir. Partieronse estos santos ángeles en dos coros en la cueva, mirando todos a su Rey y Señor en los virginales brazos de la Madre. Venían como por cabezas de este ejército los dos grandes príncipes San Miguel y San Gabriel, con mayor resplandor que los otros ángeles: y a más de todos éstos, traían los dos en las manos el nombre santísimo de JESUS, escrito con mayores letras en unas como tarjetas de incomparable resplandor y hermosura.

Vino el sacerdote al portal o cueva del nacimiento, donde le esperaba el Verbo humanado y su Madre Virgen, que le tenía en sus brazos: y con el sacerdote vinieron otros dos ministros que solían ayudar en el ministerio de la circuncisión. El horror del lugar humilde admiró y desazonó un poco al sacerdote. Pero la Reina le habló y recibió con tal modestia y agrado, que eficazmente le compelió a mudar el rigor en devoción y admiración de la compostura y majestad honesta de la Madre, que sin conocer la causa le movió a reverencia y respeto de tan rara criatura.

Para hacer la circuncisión con la reverencia exterior que en aquélla era posible, encendió San José dos velas de cera; y el sacerdote dijo a la Virgen Madre que se apartase un poco, y entregase el Niño a los ministros, porque la vista del sacrificio no la afligiese. Este mandato causó alguna duda en la gran Señora; que su humildad y rendimiento la inclinaba a obedecer al sacerdote, y por otra parte la llevaba el amor y reverencia de su Unigénito. Y para no faltar a estas dos virtudes, pidió licencia al sacerdote con humilde sumisión, y le dijo tuviese

gusto, si era posible, que ella asistiese al sacramento de la circuncisión, por lo que le veneraba; y que también se hallaba con ánimo de tener en sus brazos a su Hijo, pues allí había poca disposición para dejarle y alejarse; y sólo le suplicaba que con la piedad posible se hiciese la circuncisión, por la delicadeza del Niño. El sacerdote ofreció hacerlo, y permitió que la misma madre tuviese al Niño en sus manos para el misterio. Y ella fue el altar sagrado en que se comenzaron a cumplir las verdades figuradas de los antiguos sacrificios, ofreciendo este nuevo y matutino en sus brazos, para que en todas las condiciones fuese acepto al eterno Padre.

Desenvolvió la divina Madre a su Hijo santísimo de los paños en que estaba, y sacó del pecho una toalla o lienzo que tenía prevenido al calor natural, por el rigor del frío que entonces hacía; y con este lienzo tomó en sus manos al Niño, de manera que la reliquia y sangre de la circuncisión se recibiesen en él. Y el sacerdote hizo su oficio, y circuncidó al Niño Dios y hombre verdadero.

Lloró también el Niño Dios como verdadero hombre. Y aunque el dolor de la herida fue gravísimo, así por su sensible complexión como por la crueldad del cuchillo de pedernal, no fueron tanta causa de sus lágrimas el natural dolor y sentimiento, como la sobrenatural ciencia con que miraba la dureza de los mortales, más invencible y fuerte que la piedra, para resistir a su dulcísimo amor.

Lloró también la tierna y amorosa Madre, como candidísima oveja que levanta el balido con su inocente cordero. Y con recíproco amor y compasión, él se retrajo para la Madre, y ella dulcemente le arrimó con caricia a su virginal pecho; y recogió la sagrada reliquia y sangre derramada, y la entregó entonces a San José para cuidar ella del Niño Dios, y envolverle en sus paños. El sacerdote extrañó algo las lágrimas de la Madre; y aunque ignoraba el misterio, le pareció que la belleza del Niño podía con razón causar tanto dolor, amargura y amor en la que le había parido.

CAPITULO XVIII

Cómo vivían María y el Niño en la gruta. - Reliquia de la Circuncisión. - Los Santos Reyes Mayos y su estrella misteriosa.

El gobierno y modo que guardaba la gran Reina del cielo en alimentar a su Niño Jesús era dándole su virginal leche tres veces al día. Y muchos tiempos, cuando le tenía en sus brazos, estaba de rodillas adorándole, y si era necesario asentarse, le pedía siempre licencia. Con la misma reverencia se le daba a San José. Muchas veces le besaba los pies, y cuando había de hacer lo mismo en el rostro, le pedía interiormente su benevolencia y consentimiento. Correspondíale a estas caricias de Madre su Hijo, no sólo con el semblante agradable que las recibía, sin dejar la majestad; pero con otras acciones que hacía al modo de los otros niños, aunque con diferente serenidad y peso, Lo más ordinario era reclinarse amorosamente en el pecho de la Madre, y otras en el hombro, cogiéndole con sus bracitos divinos el cuello. Y en estas caricias era tan atenta y advertida la emperatriz María, que ni con parvuleces, como otras madres, le solicitaba, ni con temor le retiraba. En todo era perfecta, sin defecto ni exceso reprehensible; y el mayor amor del Hijo santísimo y la manifestación de él la pegaba más con el polvo, y la dejaba, con profunda reverencia; la cual medía sus afectos y les daba mayores reales.

No comió el Niño Dios cosa alguna mientras recibió el pecho virginal de su Madre Santísima; porque sólo con la leche se alimentó. Y ésta era tan suave, dulce y substancial, como engendrada en cuerpo tan puro, perfecto y de complexión acendradísima, y medida con calidades sin desorden ni desigualdad. Ningún otro cuerpo y salud fue semejante a él: y la sagrada leche, aunque se guardara mucho tiempo, se preservara de corrupción por sus mismas calidades; y por especial privilegio, nunca se alterara, ni se corrompiera, siendo así que la leche

de otras mujeres luego se tuerce e inmuta, como la experiencia lo enseña.

El feliz esposo José no sólo gozaba de los favores y caricias del Niño Dios, como testigo de vista; pero también fue digno de recibirlos del mismo Jesús inmediatamente; porque muchas veces se le ponía la divina esposa en sus brazos, cuando era necesario hacer ella alguna obra en que no le pudiese tener consigo, como aderezar la comida, aliñar los fajos del Niño y barrer la casa. En estas ocasiones le tenía San José, y siempre sentía efectos divinos en su alma. Y exteriormente el mismo Niño Jesús le mostraba agradable semblante, y se reclinaba en el pecho del santo, y con el peso y majestad del Rey le hacía algunas caricias en demostración de afecto, como suelen los infantes con los demás padres; aunque con San José no era esto tan ordinario, ni con tanta caricia como con la verdadera Madre y Virgen. Y cuando ella lo dejaba, tenía la reliquia de la circuncisión, la cual traía consigo de ordinario el glorioso San José, para que le sirviese de consuelo. Estaban siempre los dos divinos esposos enriquecidos, ella con el Hijo santísimo, y él con su sagrada sangre y carne deificada. Teníanla en un pomito de cristal, que buscó San José y le compró con el dinero que les envió Santa Isabel; y en él cerró la gran Señora el prepucio y la sangre que se vertió en la circuncisión, cortándola del lienzo que sirvió en este ministerio. Y para más asegurarlo todo, estando el pomito guarnecido con plata por la boca, le cerró la poderosa reina con sólo su imperio; con el cual se juntaron y soldaron los labios del brocal de plata, mejor que si los ajustara el artífice que los hizo. En esta forma guardó toda la vida la prudente Madre estas reliquias; y después entregó tan precioso tesoro a los Apóstoles, y se le dejó como vinculado en la Santa Iglesia.

Los tres Reyes Magos que vinieron en busca del Niño Dios recién nacido eran naturales de la Persia, Arabia y Sabbá, partes orientales de la Palestina.

Eran estos tres Reyes muy sabios en las ciencias naturales, y leídos en las Escrituras del pueblo de Dios; y por su mucha ciencia fue-

ron llamados Magos. Y por las noticias de las Escrituras, y conferencias con algunos de los hebreos, llegaron a tener alguna creencia de la venida del Mesías que aquel pueblo esperaba. Eran a más de esto hombres rectos, verdaderos y de gran justicia en el gobierno de sus Estados, que, como no eran tan dilatados como los reinos de estos tiempos, los gobernaban con felicidad por sí mismos, y administraban justicia como reyes sabios Y prudentes; porque este es el oficio legítimo del rey, y para eso dice el Espíritu Santo que tiene Dios su corazón en las manos, para encaminarle como las divisiones de las aguas a lo que fuere su santa voluntad. Tenían también corazones grandes y magnánimos, sin la avaricia ni codicia, que tanto los oprime, envilece y apoca las ánimos de los príncipes. Y por estar vecinos en los Estados estos Magos y no lejos unos de otros, se conocían y comunicaban en las virtudes morales que tenían y en las ciencias que profesaban, y se noticiaban de cosas mayores y superiores que alcanzaban. En todo eran amigos y correspondientes fidelísimos. Y la misma noche que nació el Verbo humanado fueron avisados de su natividad temporal por ministerio de los santos ángeles.

Después de esta revelación del cielo, que tuvieron los tres Reyes Magos en sueño, salieron de él; y luego se postraron a una misma hora en tierra, y adoraron en espíritu al ser de Dios. Luego todos tres, gobernados singularmente con un mismo espíritu, determinaron partir sin dilación a Judea en busca del Niño Dios, para adorarle. Previnieron los tres dones que llevarle: oro, incienso y mirra en igual cantidad, porque en todo eran guiados con misterio; y sin haberse comunicado, fueron uniformes en las disposiciones y determinaciones. Y para partir con presteza a la ligera, prepararon el mismo día lo necesario de camellos, recámara y criados para el viaje. Y sin atender a la novedad que causaría en el pueblo, ni que iban a reino extraño y con poca autoridad y aparato, sin llevar noticia cierta del lugar, ni señas para conocer al Niño, determinaron con fervoroso celo y ardiente amor partir luego a buscarle.

Al mismo tiempo el Santo Angel, que fue desde Belén a los Reyes, formó de la materia del aire una estrella refulgentísima, aunque no de tanta magnitud como las del firmamento; porque ésta no subió más alta que pedía el fin de su formación; y quedó en la región aérea para encaminar y guiar a los Santos Reyes hasta el portal donde estaba el Niño Dios. Pero era de claridad nueva y diferente que la del sol y de las otras estrellas; y con su luz alumbraba de noche, como antorcha, y de día se manifestaba entre el resplandor del sol con extraordinaria actividad. Al salir de su casa cada uno de estos Reyes, aunque de lugares diferentes, vieron la nueva estrella, siendo ella una sola; porque fue colocada en tal distancia y altura, que a todos tres pudo ser patente a un mismo tiempo. Y encaminándose todos tres hacia donde los convidaba la milagrosa estrella, se juntaron brevemente; y luego se le acercó mucho más, bajando y descendiendo multitud de grados en la región del aire, con que gozaban más inmediatamente de su refulgencia. Confirieron juntos las revelaciones que habían tenido, y los intentos que cada uno llevaba, que era uno mismo. Y en esta conferencia se encendieron más en la devoción y deseos de adorar al Niño Dios recién nacido.

Prosiguieron los Magos sus jornadas, encaminados de la estrella, sin perderla de vista hasta que llegaron a Jerusalén. Y así por esto, como porque aquella gran ciudad era la cabeza y metrópoli de los judíos, sospecharon que ella sería la patria donde había nacido su legítimo y verdadero Rey. Entraron por la ciudad, preguntando públicamente por él, y diciendo: "¿Adónde está el Rey de los judíos que ha nacido? Porque en el Oriente hemos visto su estrella que manifiesta su nacimiento, y venimos a verle y adorarle." Llegó esta novedad a los oídos de Herodes, que a la sazón, aunque injustamente, reinaba en Judea y vivía en Jerusalén; sobresaltado el inicuo Rey con oír que había nacido otro más legítimo, se turbó y escandalizó mucho; y con él toda la ciudad se alteró: unos por lisonjearle, y otros por el temor de la novedad. Y luego, como mandó Herodes hacer junta de los príncipes, de los sacerdotes y escribas, y les preguntó dónde había de

nacer Cristo, a quien ellos, según sus profecías y Escrituras esperaban, respondieron que, según el vaticinio de un profeta, que es Miqueas, había de nacer en Belén; porque dejó escrito que de allá saldría el gobernador que había de regir el pueblo de Israel.

Informado Herodes del lugar del nacimiento del nuevo Rey de Israel, y meditando desde luego dolosamente destruirle, despidió a los sacerdotes, y llamó secretamente a los Reyes Magos para informarse del tiempo que habían visto la estrella pregonera de su nacimiento. Y como ellos con sinceridad se lo manifestasen, los remitió a Belén y les dijo con disimulada malicia: Id, y preguntad por el Infante, y en hallándole daréisme luego aviso, para que yo también venga a reconocerle y adorarle. Partieron los Magos, quedando el hipócrita Rey mal seguro, y congojado con señales tan infalibles de haber nacido en el mundo el, Señor legítimo de los judíos.

En saliendo los Magos de Jerusalén, hallaron la estrella que a la entrada habían perdido. Y con su luz llegaron a Belén, y al portal del nacimiento, sobre el cual detuvo su curso, y se inclinó entrando por la puerta; y menguando su forma corporal, hasta ponerse sobre la cabeza del infante Jesús, no paró, y le bañó todo con su luz; y luego se deshizo y resolvió la materia de que se formó primero. Estaba ya nuestra Reina prevenida por el Señor de la llegada de los Reyes; y cuando entendió que se acercaban al portal, dio noticia de ello al santo esposo, no para que se apartase, sino para que asistiese a su lado, como lo hizo. Y no era necesario cautelar esto, porque los Magos venían ya ilustrados de que la Madre del recién nacido era Virgen, y Él Dios verdadero, y no hijo de San José. Ni Dios trajera a los Reyes para que le adorasen, y por no estar catequizados faltasen en cosa tan esencial como juzgarle por hijo de José y madre no virgen.

Aguardaba la divina Madre con el infante Dios en sus brazos a los devotos Reyes; y estaba con incomparable modestia y hermosura, descubriendo entre la humilde pobreza indicios de majestad más que humana, con algo de resplandor en el rostro. El Niño le tenía mucho mayor, y derramaba grande refulgencia de luz, con que estaba toda

aquella caverna hecha cielo. Entraron en ella los tres Reyes orientales, y a la vista primera del Hijo y de la Madre quedaron por gran rato admirados y suspensos. Postráronse en tierra, y en esta postura reverenciaron y adoraron al Infante, reconociéndole por verdadero Dios Y hombre, y reparador del linaje humano.

El día siguiente en amaneciendo volvieron a la cueva del nacimiento, para ofrecer al Rey celestial los dones que traían prevenidos. Llegaron, y postrados en tierra, le adoraron con nueva y profundísima humildad; y abriendo sus tesoros, como dice el Evangelio, le ofrecieron oro, incienso y mirra.

A la divina princesa ofrecieron algunas joyas, al uso de su patria, de gran valor; pero esto que no era de misterio ni pertenecía a Él, se lo volvió Su Alteza a los Reyes, y sólo reservó los tres dones de oro, incienso y mirra.

Y al partir de Belén fueron guiados por otro camino, apareciéndoles la misma u otra estrella para este intento, y los llevó hasta el lugar donde, se habían juntado, y de allí cada uno volvió a su patria.

CAPITULO XIX

*La Presentación. - La huída a Egipto. - Vida en Heliópolis.
- Degollación de los inocentes.*

Desampararon María Santísima, San José y el Niño sagrado el portal, porque ya era forzoso, aunque con gran cariño y ternura.

Retirada María purísima con su Hijo y Dios a la posada que halló cerca del portal, perseveró en ella hasta el tiempo que, conforme a la ley, se había de presentar purificada al templo con su Primogénito.

En los días que la Reina santísima se detuvo en Belén hasta la Purificación, concurrió alguna gente a visitarla y hablarla; aunque casi todos eran de los más pobres. Unos por la limosna que de su mano recibían, otros por haber sabido que los Magos habían estado en el portal. Y todos hablaban de esta novedad y de la venida del Mesías; porque en aquellos días (no sin disposición divina) estaba muy público entre los judíos que se llegaba el tiempo en que había de nacer en el mundo, y se hablaba comúnmente de esto.

Cumplianse ya los cuarenta días que conforme a la ley se juzgaba por inmunda la mujer que parla un hijo, y perseveraba en la purificación del parto hasta que después iba al templo. Para cumplir la Madre de la misma pureza con esta ley, y de camino con la otra del Éxodo, en que mandaba Dios le santificasen y ofreciesen todos los primogénitos, determinó pasar a Jerusalén, donde se había de presentar en el templo con el Unigénito del Eterno Padre y suyo, y purificarse conforme a las demás mujeres madres. En el cumplimiento de estas dos leyes, para la que a ella le tocaba, no tuvo duda ni reparo alguno en obedecer como las demás madres. No porque ignorase su inocencia y pureza propia, que desde la encarnación del Verbo la sabía, y que no había contraído el común pecado original. Tampoco ignoraba que había concebido por obra del Espíritu Santo y parido sin dolor, quedando siempre virgen más pura que el sol. Pero en cuanto a rendirse a

la ley, común, no dudaba su prudencia, y también lo solicitaba el ardiente afecto de humillarse y pegarse con el polvo, que siempre estaba en su corazón.

Partieron del portal, pidiendo la bendición los dos al Niño Dios, y Su Majestad se la dio visiblemente. Y San José acomodó en el jumentillo la caja de los fajos del divino Infante, y con ellos la parte de los dones de los Reyes, que reservaron para ofrecer al templo.

En el tiempo que continuaba la jornada nuestra divina Señora con el Niño Dios, sucedió en Jerusalén que Simeón, sumo sacerdote, fue ilustrado del Espíritu Santo cómo el Verbo humanado venía a presentarse al templo en los brazos de su Madre.

Era Simeón, como dice San Lucas, justo y temeroso, y esperaba la consolación de Israel; y el Espíritu Santo, que estaba en él, le había revelado que no pasaría la muerte sin ver primero al Cristo del Señor. Y movido del Espíritu vino al templo.

Llegada la mañana, para que en los brazos de la purísima alba saliese el, Sol del cielo a vista del mundo, la divina Señora, prevenidas las tortolillas y dos velas, aliñó al infante Jesús en sus paños, y con el santo esposo José salieron de la posada para el templo.

El sumo sacerdote Simeón, encaminándose al lugar donde estaba la Reina con su infante Jesús en los brazos, vio a Hijo y Madre llenos de resplandor y de gloria respectivamente. Era este sacerdote lleno de años y en todo venerable. Y también lo era la profetisa Ana, que, como dice el Evangelio, vino allí a la misma hora y vio a la Madre con el Hijo con admirable y divina luz.

Al mismo tiempo que el sacerdote Simeón pronunciaba las palabras proféticas de la pasión y muerte del Señor, cifradas en el nombre de cuchillo y señal de contradicción, el mismo Niño bajó la cabeza. Y con esta, acción y muchos actos de obediencia interior aceptó la profecía del sacerdote, como sentencia del Eterno Padre declarada por su ministro.

Cuando María Santísima y el gloriosísimo San José volvieron de presentar en el templo a su infante Jesús, determinaron perseverar en

Jerusalén nueve días, y en ellos visitar al templo nueve veces, repitiendo cada día la ofrenda de la sagrada hostia de su Hijo.

Y como llegase el quinto día después de la presentación y purificación, estando la divina Señora en el templo, con su infante Dios en los brazos, se le manifestó la Divinidad, y fue toda elevada y llena del Espíritu Santo. Y hablándola Y confortándola, la dijo: Tus intentos y deseos son gratos a mis ojos, pero no Puedes proseguir los nueve días de tu devoción que has comenzado, porque quiero que para criar a tu Hijo y salvarle su vida salgas de tu casa y patria, y te ausentes con él y con José tu esposo, pasando a Egipto: Porque Herodes ha de intentar la muerte del Infante.

Salieron de Jerusalén a su destierro nuestros peregrinos divinos, encubiertos con el silencio y obscuridad de la noche, pero llenos del cuidado que se debía a la prenda del cielo que consigo llevaban a tierra extraña y para ellos no conocida. Sabía la Reina del cielo el intento de Herodes para degollar los niños, aunque no le manifestó entonces.

En la ciudad de Gaza descansaron dos días, por haberse fatigado algo San José y el jumentillo en que iba la Reina. El día tercero, después que nuestros peregrinos llegaron a Gaza, partieron de aquella ciudad para Egipto. Y dejando luego los poblados de Palestina, se metieron en los desiertos arenosos que se llaman de Betsabé, encaminándose por espacio de sesenta leguas y más de despoblados, para llegar a tomar asiento en la ciudad de Heliópolis que ahora se llama el Cairo de Egipto. En este desierto peregrinaron algunos días; porque las jornadas eran cortas, así por la descomodidad del camino tan arenoso, como por el trabajo que padecieron con la falta de abrigo y de sustento.

Era forzoso en aquel desierto pasar las noches al sereno y sin abrigo en todas las sesenta leguas de despoblado; y esto en tiempo de invierno, porque la jornada sucedió en el mes de Febrero, comenzándola seis días después de la Purificación. La primera noche que se hallaron solos en aquellos campos, se arrimaron a la falda de un montecillo, que fue sólo el recurso que tuvieron. Y la Reina del cielo

con su Niño en los brazos se asentó en la tierra, y allí tomaron algún aliento, y cenaron de lo que llevaban desde Gaza. La emperatriz del cielo dio el pecho a su infante Jesús, y Su Majestad con semblante apacible consoló a la Madre y a su esposo; cuya diligencia con su propia capa y unos palos formó un tabernáculo o pabellón para que el Verbo divino y María Santísima se defendiesen algo del sereno, abrigándolos con aquella tienda de campo tan estrecha y humilde, Prosiguieron el día siguiente su camino, y luego les faltó en el viaje la prevención de pan y algunas frutas que llevaban; con que la Señora del cielo y tierra y su santo esposo llegaron a padecer grande y extrema necesidad y a sentir el hambre. Y aunque la padeció mayor San José, pero entrambos la sintieron con harta aflicción. Un día sucedió, a las primeras jornadas, que pasaron hasta las nueve de la noche sin haber tomado cosa alguna de sustento, aun de aquel pobre y grosero mantenimiento que comían después del trabajo y molestia del camino, cuando necesitaba más la naturaleza de ser refrigerada.

Faltábales la comida y afligíales la necesidad, que con humana industria era irreparable. Y dejándolos el Señor llegar a este punto, e inclinado a las peticiones justas de su esposa, los proveyó por mano de los mismos ángeles; porque luego les trajeron pan suavísimo, frutas muy hermosas y sazoadas, y a más de esto un licor dulcísimo; y los mismos ángeles se lo administraron y sirvieron.

No sólo cuidaba el Altísimo Padre de alimentar a nuestros peregrinos; pero también de recrearlos visiblemente para alivio de la molestia del camino y prolija soledad. Y sucedía algunas veces, que llegando la divina Madre a descansar y sentarse en el suelo con su infante Dios, venían de las montañas a ella mucho número de aves; y con suavidad de gorjeos y variedad de sus plumas la entretenían y recreaban, y se le ponían en los hombros y en las manos para regalar-se con ella. Y la Reina las admitía y convidaba, mandándolas que reconociesen a su Criador, y le hiciesen cánticos y reverencia en agradecimiento de que las había tan hermosas y vestidas de plumas

para gozar del aire y de la tierra, y con sus frutos les daba cada día su vida y conservación con el alimento necesario.

Prosiguiendo su peregrinación, Jesús, María y José en la forma que hemos declarado, llegaron con sus jornadas a la tierra y poblados de Egipto. Y para llegar a tomar asiento en Heliópolis, fueron guiados por los ángeles.

Eran los egipcios muy dados a la idolatría y supersticiones que de ordinario la acompañan; y hasta los pequeños lugares de aquella provincia estaban llenos de ídolos. De muchos había templos, y en ellos estaban varios demonios, adonde acudían los infelices moradores a adorarlos con sacrificios y ceremonias ordenadas por los mismos demonios y les daban respuestas y oráculos a sus preguntas de que la gente estulta y supersticiosa se dejaba llevar ciegamente. Con estos engaños vivían tan dementados y asidos a la adoración del demonio que era menester el brazo fuerte del Señor para rescatar aquel pueblo desamparado y sacarle de la opresión en que le tenía Lucifer.

Para alcanzar este vencimiento y que el pueblo viese la luz grande que dijo Isaías determinó el Altísimo que Cristo a pocos días de su nacimiento apareciese en Egipto en los brazos de su Madre, y que fuese girando y rodeando la tierra, para ilustrarla toda con la virtud de su divina luz.

Llegó, pues, el infante Jesús con su Madre y San José a la tierra poblada de Egipto. Y al entrar en los lugares el Niño Dios en los brazos de su Madre, levantando los ojos al cielo y puestas sus manos oraba al Padre, y pedía por la salud de aquellos moradores cautivos del demonio. Y luego, sobre los que allí estaban en los ídolos, usaba de la potestad, y los lanzaba y arrojaba al profundo; y como rayos despedidos de la nube salían, y bajaban hasta lo más remoto de las cavernas infernales y tenebrosas. Al mismo punto caían con grande estrépito los ídolos, se hundían los templos y se arruinaban los altares de la idolatría.

Admirábanse los pueblos de los gitanos de tan impensada novedad; aunque entre los más sabios había alguna luz o tradición recibida

de los antiguos, desde el tiempo que Jeremías estuvo en Egipto, de que un rey de los judíos vendría a aquel reino, y serían destruidos los templos de los ídolos de Egipto.

Llegaron a la ciudad de Hermópolis, que está hacia la Tebaida, y algunos la llaman ciudad de Mercurio. Había en ella muchos ídolos y demonios muy poderosos, y en particular asistía uno en un árbol que estaba a la entrada de la ciudad; que de haberle venerado los vecinos por su grandeza y hermosura, tomó ocasión el demonio para usurpar aquella adoración, colocando su silla en aquel árbol. Y cuando llegó el Verbo humanado a su vista, no sólo dejó el demonio aquel asiento derribado al profundo, sino que el árbol se inclinó hasta el suelo, como agradecido de su suerte; porque aun las criaturas insensibles testificasen cuán tirano dominio es el de este enemigo. El milagro de inclinarse los árboles sucedió otras veces en el camino por donde pasaba su Criador, aunque no quedó memoria de todos. Pero esta maravilla de Hermópolis perseveró muchos siglos; porque después las hojas y fruto de aquel árbol curaban de varias enfermedades. De este milagro escribieron algunos autores, como también de otros que sucedieron en las ciudades por donde pasaban, con la venida y habitación del Verbo encarnado y de su Madre Santísima en aquella tierra: como de una fuente que está cerca del Cairo, donde la divina Señora cogió agua, y bebió ella y el Niño, y lavó las mantillas; que todo esto fue verdad y hasta ahora ha durado la tradición y veneración de aquellas maravillas. Pero no es necesario hacer ahora aquí relación de ellas, porque su principal asistencia, mientras estuvieron en Egipto, fue en la ciudad de Heliópolis, que no sin misterio se llama Ciudad del Sol, y ahora le dicen el Gran Cairo.

Llegaron a Heliópolis, y allí tomaron su asiento; porque los santos ángeles que los guiaban dijeron a la divina Reina y a San José que en aquella ciudad habían de parar.

Con este aviso tomaron allí posada común; y luego salió San José a buscarla, ofreciendo el pago que fuese justo; y el Señor dispuso que

hallase una casa humilde y pobre, pero capaz para su habitación, y retirada un poco de la ciudad.

Los tres días primeros que llegaron a Heliópolis (como tampoco en otros lugares de Egipto) no tuvo la Reina del cielo para sí y su Unigénito más alimentos de los que pidió de limosna su padre putativo José, hasta que con su trabajo comenzó a ganar algún socorro. Y con él hizo una tarima desnuda en que se reclinaba la Madre, y una cuna para el Hijo; porque el santo esposo no tenía otra cama más que la tierra pura, y la casa sin alhajas, hasta que con su propio sudor pudo adquirir algunas de las inexcusables para vivir todos tres.

Con los calores destemplados de Egipto, y muchos desórdenes de aquella miserable gente, eran graves y ordinarias las enfermedades de aquella tierra. Y algunos años de los que allí estuvieron el infante Jesús y su Santísima Madre, y encendió peste en Heliópolis y otros lugares. Con estas causas y la fama de las maravillas que obraban, concurría mucha gente a ellos de toda la tierra, y volvían sanos en el cuerpo y las almas. Y para que la gracia del Señor se derramase en ellos con mayor abundancia, y la Madre piadosísima tuviese coadjutor en las misericordias que obraba como instrumento vivo de su Unigénito, determinó Su Majestad que San José también acudiese al ministerio de las enseñanzas y a curar los enfermos; y para esto le alcanzó nueva luz interior y gracia de sanidad.

Dejemos ahora en Egipto al infante Jesús con su Madre Santísima y San José santificando aquel reino con su presencia y beneficios que mereció Judea; y volvamos a saber en qué paró la diabólica astucia e hipocresía de Herodes. Aguardó el inicuo rey la vuelta de los Magos, y la relación que le harían de haber adorado al nuevo Rey de los judíos recién nacido, para quitarle la vida. Hallóse burlado, sabiendo que los Magos hablan estado en Belén con María y José; y que tomando otro camino estarían ya fuera de Palestina, porque engañándose con su misma astucia, aguardó algunos días, hasta que ya le pareció que los Reyes orientales tardaban; y el cuidado de su ambición le obligó a preguntar por ellos. Consultó de nuevo algunos letrados de la

ley; y como concordaban en lo que decían de Belén, conforme a las Escrituras, y lo que allí habla sucedido, mandó con gran pesquisa buscasen a nuestra Reina con su Niño y a San José. Pero el Señor, que le mandó salir de noche de Jerusalén, consiguientemente ocultó su viaje, para que nadie hallase rastro alguno de su fuga. Y sin poderlos descubrir los ministros de Herodes, le respondieron que no parecía tal hombre, mujer ni niño en toda la tierra.

Encendióse con, esto la, indignación de Herodes.

El demonio, que le conoció dispuesto para toda maldad, le arrojó en el pensamiento grandes sugestiones para consolarle, proponiéndole que usase de su real poder y que degollase todos los niños de aquella comarca que no pasasen de dos años; porque entre ellos sería inexcusable topar con el Rey de los judíos que había nacido en aquel tiempo. Alegróse el tirano Rey con este pensamiento que jamás cayó en otro bárbaro; y le abrazó sin el temor y horror que pudiera causar tan cruenta acción en cualquier hombre racional. Y pensando y discutiendo cómo ejecutarlo a satisfacción y gusto de su ira, hizo juntar algunas tropas de milicia, y con los ministros de mayor confianza que las gobernasen, les mandó por graves penas que degollasen todos los niños que no tuviesen más de dos años, en Belén y su comarca. Como lo mandó Herodes se fue ejecutando, y llenándose toda la tierra de confusión, de llantos y de lágrimas de los padres, madres y deudos de los inocentes condenados a muerte, sin que nadie lo pudiese resistir ni remediar.

CAPITULO XX

La túnica inconsútil. - De Egipto a Nazareth. - El Niño perdido y hallado en el templo. - Cumple María los treinta y tres años, edad perfecta.

Todo aquel año primero del Niño Dios le había traído su Madre envuelto en los fajos y mantillas que suelen estar los otros niños.

Juzgando la madre que ya era tiempo de, sacarle de los fajos y ponerle en pie, o calzarle (como acá dicen), puesta de rodillas delante, del Niño Dios que estaba en la cuna, le dijo: Hijo mío, lumbré de mis ojos, habéis estado mucho tiempo oprimido en las ligaduras de las fajas, y en esto habéis hecho gran fineza le amor por los hombres; tiempo es ya que mudéis traje.

Madre mía - dijo el infante Jesús, - mi vestido ha de ser sólo uno este mundo. Vestiréisme de una túnica talar, de color humilde y común. Esta sola llevaré, y crecerá conmigo. Y ha de ser sobre la que en mi muerte se han de echar suertes.

Y María, buscando lana natural y sin teñir, la hiló por sus manos muy delgada, y de ella tejió una tunicela de una vez y sin costura, al modo de lo que se hace de aguja, y más propiamente parecía a lo que llaman terliz; porque hacía un cordoncillo, y no era como el paño liso. Tejióla en un telarcillo, como las labores que llaman punto, sacándola toda de una pieza inconsútil misteriosamente. Y tuvo dos cosas milagrosas: la una, que salió toda igual y sin ruga; la otra, que se le mejoró y mudó el color natural a la lana, a petición y voluntad de la divina Señora, en el color entre morado y plateado perfectísimo, quedando en un medio que no se podía determinar algún color; porque ni parecía del todo morada, ni plateada, ni parda, y de todo tenía. Hizo también unas sandalias ,como alpargatas, de un hilo fuerte, con que, calzó al Niño Dios. Al más de esto hizo una media tunicela de lienzo, para que le sirviese de paños de honestidad.

Para vestir al Niño Dios la tunicela tejida, con los paños y sandalias que la Madre misma habla trabajado con sus manos, se puso la Señora arrodillada en presencia de su Hijo. Admitió el infante Jesús el servicio y obsequio de su purísima Madre, y luego ella le vistió, le calzó y le puso en pie. La tunicela le vino a su medida, hasta cubrirle el pie sin arrastrarle, y las mangas le cubrían hasta la mitad de las manos, y de nada tomó antes medida. El cuello de la túnica era redondo, sin estar abierto por delante, y algo levantado, y ajustado casi a la garganta; y con ser así se la vistió su divina Madre por la cabeza del Niño sin abrirle; porque la obedecía el vestido, para acomodarle graciosamente a su voluntad. Y jamás se le quitó, hasta que los sayones le desnudaron para azotarle, y después para crucificarle; porque siempre fue creciendo con el sagrado cuerpo todo lo que era necesario. Lo mismo sucedió de las sandalias y los paños interiores que le puso la advertida Madre. Y nada se gastó ni envejeció en treinta y dos años: ni la túnica perdió el color y lustre con que la sacó de sus manos la gran Señora; y mucho menos se manchó, ni sucio, porque siempre estuvo en un mismo ser. Las vestiduras que depuso el Redentor del mundo para lavar los pies a sus apóstoles era un manto o capa que llevaba sobre los hombros: y éste le hizo también la misma Virgen después que volvieron a Nazareth; y fue creciendo como la túnica, y del mismo color, algo más obscuro, tejido de aquel modo.

Quedó en pie el Infante, que desde su nacimiento había estado envuelto en pañales. Pareció hermosísimo sobre los hijos de los hombres. Y los ángeles se admiraron de la elección que hizo de tan humilde y pobre traje el que viste a los cielos de luz y a los campos de hermosura. Anduvo luego por sus pies perfectamente en presencia de sus padres. Fue incomparable el júbilo de la divina Señora y del santo esposo viendo a su Infante andar en pie y de tan rara hermosura. Recibió el pecho de su Madre purísima hasta cumplir año y medio, y le dejó. Y en lo restante, comió siempre poco en la cantidad y en la calidad. Su comida era al principio unas sopillas de aceite y frutas o pescado. Y hasta que fue creciendo le daba la Virgen Madre tres veces de

comer, como antes la leche; a la mañana, tarde y a la noche. Jamás el Niño Dios lo pidió; pero la amorosa Madre cuidaba de darle a sus tiempos la comida, hasta que ya crecido, comía a las mismas horas que los divinos esposos, y no más. Así perseveró hasta la edad perfecta.

Cumplidos en Egipto los misterios que la divina voluntad tenía determinados, y dejando aquel reinó lleno de milagros, y maravillas, salieron nuestros divinos peregrinos de la tierra poblada, y entraron en los desiertos por donde habían venido. Pasaron a Nazareth, su patria, porque el Niño se había de llamar Nazareno.

Para que el infante Jesús durmiese y descansase, le tenía su Madre prevenida por manos del patriarca San José una tarima, y sobre ella una, sola manta; porque desde que salió de la cuna, cuando estaban en Egipto, no quiso admitir otra cama ni más abrigo. Y aun en aquella tarima no se echaba, ni se servía siempre de ella; pero algunas veces, estando asentado en el áspero lecho, se reclinaba en él sobre una almohada pobre y de lana, que la misma Señora había hecho. Y cuando Su Alteza le quiso prevenir mejor cama, respondió el Hijo que la suya, donde se había de extender, sería sólo el tálamo de la cruz.

Algunos días después que nuestra Reina y Señora con su Hijo santísimo y su esposo San José estaba de asiento en Nazareth, llegó el tiempo en que obligaba el precepto de la ley de Moisés a los israelitas, que se presentasen en Jerusalén delante del Señor. Este mandato obligaba tres veces en el año, como parece en el Éxodo y Deuteronomio.

Estas solemnidades, en que iban los israelitas al templo, eran: una la de los Tabernáculos; otra, de las Hebdómadas, que es por Pentecostés, y la otra, de los Azimos, era la Pascua de Parásceve. Y a esta subían Jesús, María y San José juntos. Duraba siete días.

El primer año que hicieron esta jornada tuvieron cuidado la divina Madre y su esposo de aliviar algo al Niño Dios recibéndole alguna vez en los brazos; pero este descanso era muy breve, y en adelante fue siempre por sus pies. No le impedía este trabajo la Madre, porque conocía su voluntad de padecer; pero llevábale de ordinario de la mano,

y otras el santo patriarca José. Y como el Infante se cansaba y encendía, la Madre amorosa, con la natural compasión, se enternecía y lloraba muchas veces. Preguntábale de su molestia y cansancio y limpiábale el divino rostro, más hermoso que los cielos y sus lumbreras.

El Niño caminaba muchas veces, esparciéndole el viento sus cabellos, que le fueron creciendo no más de lo necesario, y ninguno le faltó hasta los que le arrancaron los sayones. Llegando el Niño Dios a los doce años de su edad, cuando convenía ya que amaneciesen los resplandores de su inaccesible y divina luz, subieron al mismo tiempo a Jerusalén, como lo acostumbraban. Pasado el día séptimo de la solemnidad se volvieron para Nazareth. Y al salir de la ciudad de Jerusalén, dejó el Niño Dios a sus padres, sin que ellos lo pudiesen advertir, y se quedó oculto, prosiguiendo ellos su jornada ignorantes del suceso. Para ejecutar esto se valió el Señor de la costumbre y concurso de la gente, que como era tan grande en aquellas solemnidades, solían dividirse las tropas de los forasteros, apartándose las mujeres de los hombres, por la decencia y recato conveniente.

Halláronse María Santísima y, su esposo en el lugar donde habían de pasar y concurrir juntos la, primera noche, después que salieron de Jerusalén. Y viendo la gran Señora que el Niño Dios no venía con San José, como lo había pensado, y que tampoco el Patriarca le hallaba con su Madre, quedaron los dos casi enmudecidos con el susto y admiración, sin poderse hablar por mucho rato. Discurría consigo misma la Madre de la sabiduría, formando en su corazón diversos pensamientos. Y lo primero se le ofrecía si Arquelao, imitando la crueldad de su padre Herodes, había tenido noticia del infante Jesús y le había preso. Y aunque sabía por las divinas Escrituras y revelaciones, y por la doctrina de su Hijo Santísimo y Maestro divino, que no era llegado el tiempo de la muerte y pasión de su Redentor y nuestro, ni entonces le quitarían la vida; pero llegó a recelarse y temer que le hubiesen cogido y puesto en prisiones, y le maltratasen. Sospechaba también con humildad si por ventura le había ella disgustado con su

servicio y asistencia, y se había retirado al desierto con su futuro precursor San Juan.

Con suma diligencia le buscó tres días continuos, preguntando a diferentes personas, y discurriendo y dando señas de su amado a las hijas de Jerusalén, rodeando la ciudad por las calles y plazas; cumpliéndose en esta ocasión lo que de esta gran Señora dejó dicho Salomón en los Cantares. Preguntábanle algunas mujeres qué señas eran las de su único y perdido Niño; y ella respondía con las que dio la esposa en nombre suyo: AK querido es blanco y colorado, escogido entre millares. Oyóla una mujer, entre otras, que la dijo: Ese Niño, con las mismas señas, llegó ayer a mi puerta a pedir limosna y se la di; y su agrado y hermosura robó mi corazón. Y cuando le di limosna, sentí en mi interior una dulce fuerza y compasión de ver pobre y sin amparo un niño tan gracioso.

Sucedió esto muy cerca de las puertas de la ciudad, adonde se volvió luego el Niño Dios discurriendo por las calles; y mirando con la vista de su divina ciencia todo lo que en ellas le había de suceder, lo ofreció a su Eterno Padre por la salud de las almas. Pidió limosna aquellos tres días para calificar 'desde entonces a la humilde mendicación como primogénita de la santa pobreza.

Habiéndose ocupado en estas y otras obras de la voluntad del Eterno Padre, fue al templo. Y el día que dice el evangelista San Lucas, se juntaron los rabinos, que eran los doctos y maestros de la ley, en un lugar donde se conferían algunas dudas y puntos de las Escrituras. En aquella ocasión se disputaba de la venida del Mesías; porque de las novedades y maravillas que se habían conocido en aquellos años desde el nacimiento del Bautista y venida de los Reyes orientales, había crecido el rumor entre los judíos de que ya era cumplido el tiempo, y, estaba en el mundo, aunque no era conocido. Llegóse el infante Jesús a la junta de aquellos magnates; y el que era la misma Sabiduría infinita, se presentó delante de los maestros del mundo como discípulo humilde, manifestando que se acercaba para oír lo que se disputaba y hacerse capaz de la materia que en ella se confería; que era sobre si el

Mesías prometido era venido, o llegado el tiempo de que viniese al mundo.

Las opiniones de los letrados variaban mucho sobre este artículo, afirmando unos y negando otros. Y los de la parte negativa alegaban algunos testimonios de las Escrituras y profecías entendidas con la grosería que dijo el Apóstol: "Mata la letra entendida sin espíritu." Porque estos sabios consigo mismos afirmaban que el Mesías había de venir con majestad y grandeza de rey para dar libertad a su pueblo con la fuerza de, su gran poder, rescatándole temporalmente de toda servidumbre de los gentiles; y de esta potencia y libertad no había indicios en el estado que tenían los hebreos, imposibilitados para sacudir de su cuello el yugo de los romanos y de su imperio. Este parecer hizo gran fuerza en aquel, pueblo carnal y ciego; porque la majestad y grandeza del Mesías prometido, y la redención que con su poder divino venía a conceder a su pueblo, la entendían ellos para sí solos, y que había de ser temporal y terrena, como todavía lo esperan hoy los judíos obcecados con el velo que obscurece sus corazones. Hoy no acaban de conocer que la gloria, la majestad y poder de nuestro Redentor, y la libertad que vino a dar al mundo, no es terrena, temporal y perecedera, sino celestial, espiritual y eterna; y no sólo para los judíos (aunque a ellos se les ofreció primero), sino a todo el linaje humano de Adán, sin diferencia.

Y como Su Majestad divina había venido al mundo para dar testimonio de la verdad, que era El mismo, no quiso consentir en esta ocasión, donde tanto importaba manifestarla, que con la autoridad de los sabios quedase establecido el engaño y error contrario. No sufrió su caridad inmensa ver, aquella ignorancia de sus obras y fines altísimos en los maestros, que debían ser idóneos ministros de la doctrina verdadera para enseñar al pueblo el camino de la vida.

Y los escribas y letrados que le oyeron enmudecieron todos; y convencidos se miraban unos a otros, y con admiración grande se preguntaban: "¿Qué maravilla es ésta? ¡Y qué muchacho tan prodigioso! ¿De dónde ha venido, o cuyo es este Niño?" Pero quedándose en esta

admiración, no conocieron ni sospecharon quién era el que así los enseñaba y alumbraba de tan importante verdad. En esta ocasión, antes que el Niño Dios acabara su razonamiento, llegaron su Madre Santísima y el castísimo esposo San José a tiempo de oírle las últimas razones. Y concluyendo el argumento se levantaron con estupor y admirados todos los maestros de la ley.

Corrió el tiempo, y habiendo cumplido nuestro Salvador los diez y ocho años de su adolescencia, llegó su Madre a cumplir treinta y tres años de su edad perfecta y juvenil; y llámole así, porque, según las partes en que la edad de los hombres comúnmente se divide (ahora sean seis o siete), la de treinta y tres años es la de su perfección y aumento natural, y pertenece al fin de la juventud, como unos dicen, o al principio de ella, como otros cuentan; pero en cualquiera división de las edades, es el término de la perfección natural comúnmente treinta y tres años, y en él permanece muy poco; porque luego comienza a declinar, la naturaleza corruptible, que nunca permanece en un estado, como la luna en llegando al punto de su lleno. En esta declinación de la edad media adelante, no sólo no crece el cuerpo en la longitud, pero aunque reciba algún aumento en la profundidad y grueso, no es aumento de perfección, antes suele ser vicio de la naturaleza. Por esta razón murió Cristo Nuestro Señor cumplida la edad de los treinta y tres años; porque su amor ardentísimo quiso esperar que su cuerpo sagrado llegase al término de su natural perfección y vigor, y en todo proporcionado para ofrecer por nosotros su humanidad santísima con todos los dones de naturaleza y gracia, no porque ésta creciese en él, sino para que le correspondiese la naturaleza y nada le faltase que dar y sacrificar por el linaje humano. Por esta misma razón dicen que crió el Altísimo a nuestros primeros padres Adán y Eva en la perfección que tuvieron de treinta y tres años.

Llegó la Emperatriz del cielo a los treinta y tres años, y en el cumplimiento de ellos se halló su virginal cuerpo en la perfección natural, tan proporcionada y hermosa, que era admiración, no sólo de la naturaleza humana, sino de los mismos espíritus angélicos. Había

crecido en la altura y en la forma de grosura proporcionadamente en todos los miembros, hasta el término de la perfección suma de una humana criatura., y quedó semejante a la humanidad santísima de su Hijo, cuando estaba en aquella edad, y en el rostro y color se parecían en extremo, guardando la diferencia de que Cristo era perfectísimo varón, y su Madre, con proporción, perfectísima mujer. Aunque en los demás mortales regularmente comienza desde esta edad la declinación y caída de la natural perfección, porque desfallece algo el húmido radical y el calor innato; se desigualan los humores y abundan los más terrestres; se suele comenzar a encanecer el pelo, arrugar el rostro, a enfriar la sangre, debilitar algo de las fuerzas; y todo el compuesto humano, sin que la industria pueda detenerle del todo, comienza a declinar a la senectud y corrupción. Pero en María Santísima no fue así, porque su admirable composición y vigor se conservaban en aquella perfección y estado que adquirió en los treinta y tres años, sin retroceder ni desfallecer en ella; y cuando llegó a los setenta años que vivió, estaba en la misma entereza que de treinta y tres, y con las mismas fuerzas y disposición del virginal cuerpo.

Conoció la gran Señora este beneficio y privilegio que le concedía el Altísimo, y dióle gracias por él. Entendió también que era para que siempre se conservase en ella la semejanza de la humanidad de su Hijo Santísimo, aun en esta perfección de la naturaleza, si bien sería con diferencia en la vida; porque el Señor la daría en aquella edad, y la divina Señora la tendría más larga, pero siempre en esta correspondencia. El Santo José, aunque no era muy viejo, pero cuando la Señora del mundo llegó a los treinta y tres años, estaba ya muy quebrantado en las fuerzas del cuerpo, porque los cuidados y peregrinaciones, y el continuo trabajo que había tenido para sustentar a su Esposa y al Señor del mundo, le habían debilitado más que la edad. Y el mismo Señor, que le quería adelantar en el ejercicio de la paciencia y otras virtudes, dio lugar a que padeciese algunas enfermedades y dolores que le impedían mucho para el trabajo corporal.

Tomó por su cuenta la Señora del mundo sustentar desde entonces con su trabajo a su Hijo Santísimo y a su Esposo.

CAPITULO XXI

*San José enfermo y achacoso. - María trabaja para sostenerle. -
Tránsito de San José. - María reúne las dos vidas activa y contem-
plativa. - Edad, viril de Cristo.*

No le faltaran al Señor medios para sustentar la vida humana, la de su Madre Santísima y San José, pues no sólo con el pan se sustenta y vive el hombre; pero con su palabra podía hacerlo. También podía milagrosamente traer cada día la comida; pero faltárale al mundo este ejemplar de ver a su Madre Santísima, Señora de todo lo criado, trabajar para adquirir la comida, y a la misma Virgen le faltara este premio, si no hubiera tenido aquellos merecimientos.

El Hijo Santísimo y la divina Madre no comían carne; su sustento era sólo pescados, frutas o hierbas, y esto con admirable templanza y abstinencia. Para San José aderezaba comida de carne; y aunque en todo resplandecía la necesidad y pobreza, suplía uno y otro el aliño y sazón que le daba nuestra divina Princesa, y su fervorosa voluntad y agrado con que lo administraba. Dormía poco la diligente Señora, y mucha parte de la noche gastaba en el trabajo, y lo permitía el Señor más que cuando estaba en Egipto.

Por este camino real llevó al Esposo de su Madre Santísima, San José, a quien amaba Su Majestad sobre todos los hijos de los hombres; y para acrecentar los merecimientos y corona, antes que se le acabase el término de merecerla, le dio en los últimos años de su vida algunas enfermedades de calenturas y dolores vehementes de cabeza y coyunturas del cuerpo muy sensibles, y que le afligieron y extenuaron mucho; y sobre estas enfermedades tuvo otro modo de padecer más dulce, pero muy doloroso, que le resultaba de la fuerza del amor ardentísimo que tenía; porque era tan vehemente, que muchas veces tenía tinos vuelos y éxtasis tan impetuosos y fuertes, que su espíritu purísimo

rompiera las cadenas del cuerpo, si el mismo Señor, que se^l los daba, no le asistiera dando virtud y fuerzas para no desfallecer con el dolor.

Nuestra gran Reina era testigo de todos estos misterios; conocía el interior de San José; miraba y penetraba la candidez y pureza de aquella alma, sus inflamados afectos, sus altos y divinos pensamientos; la paciencia y mansedumbre columbina de su corazón en las enfermedades y dolores. Pero como la prudentísima Esposa lo atendía todo Y le daba el peso y estimación digna, vino a tener en tanta veneración a San José, que con ninguna ponderación se puede explicar. Trabajaba con increíble gozo para sustentarle y regalarle; aunque el mayor de los regalos era guisarle y administrarle la comida sazónadamente con sus virginales manos; y porque todo le parecía poco a la divina Señora respecto de la necesidad de su Esposo, y menos en comparación de lo que le amaba, solía usar de la potestad de Reina y Señora de todo lo criado; y con ella algunas veces mandaba a los manjares que aderezaba para su santo enfermo que le diesen esencial virtud, fuerzas y sabor al gusto.

Servíale la comida la Emperatriz del cielo puesta de rodillas; y cuando estaba más impedido y trabajado, le descalzaba en la misma postura, y en su flaqueza le ayudaba llevándole del brazo. Y aunque el humilde Santo procuraba animarse mucho y excusar a su Esposa algunos de estos trabajos, no era posible impedirselo, por la noticia que ella tenía, conociendo todos sus dolores y flaqueza del dichosísimo Varón, y las horas, tiempos y ocasiones de socorrerle en ellos, con que acudía luego la divina enfermera, y asistía a lo que su enfermo tenía necesidad. Y en los últimos tres años de la vida del Santo, cuando se agravaron sus enfermedades, le asistía la Reina de día y de noche. Jamás hubo otro enfermo ni le habrá tan bien servido regalado y asistido. Tanta fue la dicha y méritos del Varón de Dios José; porque él solo mereció tener por esposa a la misma que fue Esposa del Espíritu Santo.

Corrían ya ocho años que las enfermedades y dolencias del más que dichoso San José le ejercitaban purificando cada día más su gene-

roso espíritu en el crisol de la paciencia y del amor divino; y creciendo también los años con los accidentes, se iban debilitando sus flacas fuerzas, desfalleciendo el cuerpo y acercándose al término inexcusable de la vida, en que se paga el común estipendio de la muerte que debemos todos los hijos de Adán.

Un día antes que muriese sucedió que, inflamado todo en el divino amor, tuvo un éxtasis altísimo que le duró veinticuatro horas; y en este grandioso raptó vio claramente la divina esencia, y en ella se le manifestó sin velo ni rebozo lo que por la fe había creído, así de la Divinidad incomprendible, como del misterio de la Encarnación y Redención humana. Volvió San José de este raptó lleno su rostro de admirable resplandor y hermosura, y su mente toda deificada de la vista del ser de Dios. Expiró el Santo y felicísimo José, y María le cerró los ojos.

Llegó todo el curso de la vida de San José a sesenta años y algunos días más, porque de treinta y tres se desposó con María Santísima, y en su compañía vivió veintisiete, poco más; y cuando murió, el Santo Esposo, quedó la gran Señora en edad de cuarenta y un año, y entrada casi medio año en cuarenta y dos; porque a los catorce fue desposada con San José, y los veintisiete que vivieron juntos hacen cuarenta y uno, y más lo que corrió del 8 de Septiembre hasta la dichosa muerte del Santísimo Esposo. En esta edad se halló la Reina del cielo con la misma disposición y perfección natural que consiguió a los treinta y tres años, porque ni retrocedió, ni se envejeció, ni desfalleció de aquel perfectísimo estado. Tuvo natural sentimiento y dolor de la muerte de San José, porque le amaba como a esposo, como a Santo y como amparo y bienhechor suyo.

La perfección de la vida cristiana se reduce toda a las dos que conoce la Iglesia, vida activa y vida contemplativa. Estas son las dos hermanas Marta y María, una quieta y regalada, otra solícita y turbada-, y también las otras dos hermanas Y esposas Lía y Raquel, una fecunda, pero fea y de malos ojos, otra hermosa y agraciada, pero al principio estéril.

El juntar estas dos vidas es el colmo de la perfección cristiana; pero tan dificultoso como se vio en Marta y María, en Lía y Raquel, que no fueron sola una, sino dos diferentes, cada una para representar la vida que significaba; porque ninguna de las dos pudo comprender entrambas en su representación, con la dificultad que hay de juntarlas en un sujeto en grado perfecto a un mismo tiempo.

Sola María Santísima juntó estas dos vidas en grado supremo, sin embarazarse en ella la contemplación altísima y ardentísima por las acciones exteriores de la vida activa. En ella estuvo la solicitud de Marta sin turbación, y el reposo y sosiego de María, sin descansar en el ocio corporal; tuvo la hermosura de Raquel y la fecundidad de Lía; y sola nuestra gran Reina comprendió en la verdad lo que significaron estas diferentes hermanas. Y aunque sirvió a su esposo enfermo Y le sustentó con su trabajo, y junto con esto a su Hijo, no por eso en:1 estas acciones y ocupaciones interrumpía, ni cesaba, ni se embarazaba su divínísima contemplación, ni se hallaba necesitada de buscar tiempos de soledad y retiro, para serenar su pacífico corazón y levantarse sobre los más supremos serafines. Pero con todo eso, cuando se halló sola y desocupada de la compañía de su esposo, ordenó su vida y ejercicios a ocuparse en sólo el ministerio del amor interior.

Manifestóla también el mismo Señor, que para el moderado alimento que habían de usar bastaba trabajar algún rato del día; porque de allí adelante no habían de comer más de una sola vez por la tarde, pues hasta entonces habían guardado otra orden, por el amor que tenían a San José, y acompañarle por su consuelo en las horas y tiempos de la comida. Desde entonces no comieron el Hijo y su Madre más de sola una vez a la hora de las seis de la tarde; y muchos días la comida era sólo pan, otras añadía la divina Señora frutas y hierbas o pescado; y éste era el mayor regalo. Y aunque siempre fue suma la templanza y admirable la abstinencia; pero cuando quedaron solos fue mayor, y no dispensaron sino en la calidad del manjar y en la hora de comer. Cuando eran convidados comían en cantidad poca, sin excusarse, co-

menzando a ejecutar el consejo que después había de dar a sus discípulos cuando fuesen a predicar.

No había sido impedimento la presencia del Santo José para que la Madre tratase a su Hijo con toda reverencia, sin perder punto ni acción de las que debía y convenían entonces; pero después que murió el Santo, ejercitó la gran Señora con más frecuencia las postraciones y genuflexiones que acostumbraba; porque siempre era mayor la libertad para esto en presencia de los ángeles solos, que en la de su mismo esposo, que era hombre. Muchas veces estaba postrada en tierra hasta que el mismo Señor la mandaba levantar, y muy frecuentemente le besaba los pies, otras veces la mano, y de ordinario con lágrimas de profundísima humildad y reverencia; Y siempre estaba en presencia de Su Majestad con acciones o señales de adoración y ardentísimo amor, pendiente de su divino beneplácito, atenta a su interior para imitarle. Y aunque no tenía culpas, ni una mínima negligencia o imperfección en el servicio y amor de su Hijo altísimo, con todo esto estaba siempre como están los ojos del siervo y de la esclava cuidadosos en manos de su dueño, para alcanzar de ellos la gracia que desea.

Con los mismos ángeles santos tuvo la Reina del cielo en este tiempo contiendas y emulaciones sobre las acciones ordinarias y humildes que eran necesarias para el servicio del Verbo humanado y de su humilde casa; porque no había en ella quien las pudiera hacer, fuera de la misma Emperatriz y divina Señora, y estos fieles vasallos y ministros, que asistían para esto en forma humana, prontos y cuidadosos para acudir a todo. La gran Reina quería hacer por sí misma todas las cosas humildes con sus manos, de barrer y aliñar las pobres alhajicas, limpiar los platos y vasos, y disponer todo lo necesario; pero los cortesanos del Altísimo, como verdaderamente cortesés y más prestos en las operaciones (aunque no más humildes), solían adelantarse en prevenir estas acciones, antes que su Reina llegase a ellas; y tal vez (y muchas a tiempos) los encontraba Su Alteza ejecutando lo que ella deseaba hacer.

Estaba ya el Salvador del mundo en edad de veintiséis años; y como su santísima humanidad procedía en la natural perfección y se llegaba al término, guardaba admirable correspondencia en la demostración de sus mayores obras, como más vecinas a la de nuestra redención. Había llegado ya Su Majestad a la edad de perfecta adolescencia, y tocando en los veintisiete años, parece que, a nuestro modo de entender, ya no se podía resistir tanto, ni detener en el ímpetu de su amor y el deseo de adelantarse en la obediencia de su Eterno Padre en santificar a los hombres. Afligíase mucho, oraba, ayunaba, y salía más a los pueblos y a comunicar con los mortales; y muchas veces pasaba las noches en los montes en oración, y solía detenerse dos y tres días fuera de su casa sin volver a su Madre.

CAPITULO XXII

*El Precursor en el desierto. - Bautismo de Cristo. - La tentación. -
Ayuno de cuarenta días. - Primeros discípulos.
- Primer milagro en las bodas de Caná.*

Llegó el tiempo destinado y aceptable de la eterna y suprema Sabiduría, en que la voz del Verbo humanado, que era Juan, se oyese clamar en el desierto.

Salió de la soledad el nuevo predicador Juan, vestido de unas pieles de camellos, ceñido con una cinta o correa también de pieles; descalzo el pie por tierra; el rostro macilento y extenuado, el semblante gravísimo y admirable, y con incomparable modestia y humildad severa; el ánimo invencible y grande; el, corazón inflamado en la caridad de Dios y de los hombres; sus palabras eran vivas, graves y abrasantes, como centellas de un rayo despedido del brazo poderoso de Dios y de su ser inmutable y divino; apacible para los mansos, amable para los humildes, terrible para los soberbios, admirable espectáculo para los ángeles y hombres, formidable para los pecadores, horrible para los demonios; y tal predicador, como instrumento del Verbo humanado y como le había menester aquel pueblo hebreo, duro, ingrato y pertinaz; con gobernadores idólatras, con sacerdotes avarientos y soberbios, sin luz, sin profetas, sin piedad, sin temor de Dios, después de tantos castigos y calamidades adonde sus pecados le habían traído; y para que en tan miserable estado se le abriesen los ojos y el corazón para conocer y recibir a su Reparador y Maestro.

Había hecho el santo anacoreta Juan muchos años antes una grande cruz que tenía en su cabecera; y en ella hacía algunos ejercicios penales, y puesto en ella oraba de ordinario en postura de crucificado. No quiso dejar este tesoro en aquel yermo, y antes de salir de él se la envió a la Reina del cielo y tierra con los mismos ángeles, que en su nombre le visitaban, y la dijese cómo aquella cruz había sido la

compañía más amable y de mayor recreo que en su larga soledad había tenido; y que se la enviaba como rica joya, por lo que en ella se había de obrar. Los artífices de esta cruz que tenía San Juan fueron los ángeles, que, a petición suya, la formaron de un árbol de aquel desierto. María la recibió con dulce dolor y amarga dulzura en lo íntimo de su corazón, confiriendo los misterios que muy en breve se obrarían en aquel madero.

No ignoraba la prudente Madre que corría el tiempo; porque ya su Hijo había entrado en los treinta años de edad, y que se acercaba el término y plazo de la paga -en que había de satisfacer por la deuda y los hombres.

En la ocasión que salió nuestro Redentor a ser bautizado por San Juan, había entrado ya en treinta años de su edad, y recibió el bautismo a los trece días después de cumplidos -los veintinueve años. No puedo yo ponderar el dolor de María en esta despedida, ni tampoco la compasión del Salvador; porque todo encarecimiento y razones son muy cortas y desiguales para manifestar lo que pasó por el corazón de Hijo y Madre.

Dejando nuestro Redentor a su Madre en Nazareth y en su pobre morada, prosiguió las jornadas hacia el Jordán, donde su precursor Juan estaba predicando y bautizando cerca de Betania, la que estaba de la otra parte del río y por otro nombre se llamaba Betabara.

Iba el Señor de las criaturas solo, sin aparato, sin ostentación ni compañía; y el supremo Rey de los reyes, desconocido y no estimado de sus mismos vasallos, y tan suyos, que por sola su voluntad tenían el ser y conservación. Su real cámara era la extrema y suma pobreza y desabrigo.

Prosiguió nuestro Salvador el camino para el Jordán, derramando en diversas partes sus antiguas misericordias, con admirables beneficios que hizo en cuerpos y almas de muchos necesitados, pero siempre con modo oculto; porque hasta el Bautismo no se dio testimonio público de su poder divino y grande excelencia.

Llegó, pues, entre los demás, y pidió a San Juan le bautizase como a uno de los otros, y el Bautista le conoció, y postrado a sus pies deteniéndole le dijo: Yo he de ser bautizado, ¿y Vos, Señor, venís a pedirme el Bautismo? Respondió el Salvador: Déjame ahora hacer lo que deseo, que así conviene cumplir toda justicia. En esta resistencia que intentó el Bautista de bautizar a Cristo nuestro Señor y pedirle el Bautismo, dio a entender que le conoció por verdadero Mesías.

Acabando de bautizar San Juan a Cristo nuestro Señor, se abrió el cielo, y descendió el Espíritu Santo en forma visible de paloma sobre su cabeza, y se oyó la voz del Padre, que dijo: Este es mi Hijo amado, en quien tengo yo, mi agrado y complacencia.

Prosiguió Cristo nuestro Señor desde el Jordán su camino al desierto, sin detenerse en él, después que se despidió del Bautista, y sólo le asistieron y acompañaron los ángeles.

Llegó al puesto que en su voluntad llevaba prevenido, que era un despoblado, entre algunos riscos y peñas secas, y entre ellas estaba una caverna o cueva muy oculta donde hizo alto, y la eligió por su posada para los días de santo ayuno. Postróse en tierra con profundísima humildad y pegóse con ella.

Continuó la oración puesto en forma de cruz, y ésta fue la más repetida ocupación que en el desierto tuvo, pidiendo al eterno Padre por la salud humana, y algunas veces en estas peticiones sudaba sangre, por la razón que diré cuando llegue a la oración del huerto.

Muchos animales silvestres de aquel desierto vinieron adonde estaba su Criador, que algunas veces salía por aquellos campos, y allí con admirable instinto le reconocían, y como en testimonio de esto daban bramidos y hacían otros movimientos; pero muchas más demostraciones hicieron las aves del cielo, que vino gran multitud de ellas a la presencia del Señor, y con diversos y dulces cánticos le manifestaban gozo, y le festejaban a su modo, e insinuaban agradecimiento de verse favorecidas con tenerle por vecino del yermo y que le dejase santificado con su presencia real y divina. Comenzó Su Majestad el ayuno, sin comer cosa alguna por los cuarenta días que perse-

veró en él, y le ofreció al eterno Padre para recompensa de los desórdenes y vicios que los hombres habían de cometer con el de la gula, aunque tan vil y abatido; pero muy admitido y aun honrado en el mundo a cara descubierta, y al modo que Cristo nuestro Señor venció este vicio, venció todos los demás.

Salió Lucifer de las cavernas infernales a buscar a nuestro divino Maestro para tentarle. Llegó al desierto, y viendo solo al que buscaba, se alborozó mucho, porque estaba sin su Madre; y como no habían entrado en batalla con nuestro Salvador, presumía la soberbia del dragón que, ausente la Madre, tenía el triunfo del Hijo seguro. Pero llegando a reconocer de cerca al combatiente, sintieron todos gran temor y cobardía; no porque le reconociesen por Dios verdadero, que de esto no tenían sospechas, viéndole tan despreciado; ni tampoco por haber probado con él sus fuerzas, que sólo con la divina Señora las habían estrenado; pero el verle tan sosegado, con semblante tan lleno de majestad y con obras tan cabales y heroicas, les puso gran temor y quebranto.

Cuando comenzó la tentación era el día treinta y cinco del ayuno y soledad de nuestro Salvador, y duró hasta que se cumplieron los cuarenta que dice el Evangelio. Manifestóse Lucifer, representándose en forma humana, como si antes no le hubiera visto y conocido; y la forma que tomó para su intento fue transformándose en apariencia muy refulgente como ángel de luz; y reconociendo y pensando que el Señor con tan largo ayuno estaba hambriento, le dijo: Si eres Hijo de Dios, conviérte estas piedras en pan con tu palabra. Propúsole si era Hijo de Dios; porque esto era lo que más cuidado le podía dar, y deseaba algún indicio para reconocerlo. Pero el Salvador del mundo le respondió sólo con las palabras: No vive el hombre con sólo pan, sino también con la palabra que procede de la boca de Dios.

Hallóse atajado Lucifer con la fuerza de esta respuesta y con la virtud que llevaba oculta; pero no quiso mostrar flaqueza ni desistir de la pelea. Y el Señor con su permiso dio lugar a que prosiguiese en ella Y le llevase a Jerusalén, donde le puso sobre el pináculo del templo, y

se descubría gran número de gente, sin ser visto el Señor de alguno. Propúsole a la imaginación, que si le viesen caer de tan alto sin recibir lesión, le aclamaran por grande, milagroso y santo; y valiéndose también de la Escritura, le dijo: Si eres Hijo de Dios, arrójate de aquí abajo, que está escrito. Los ángeles te llevarán en palmas, como se lo ha mandado Dios, y no recibirás daño alguno. - También está escrito: No tentarás a tu Dios y Señor. En esta respuesta estaba el Redentor del mundo con incomparable mansedumbre, profundísima humildad, y tan superior al demonio en la majestad y entereza, que con esta grandeza y no verle en nada turbado, se turbó más aquella indomestica soberbia de Lucifer, y le fue de nuevo tormento y opresión.

Intentó otro nuevo ingenio de acometer al Señor del mundo por ambición, ofreciéndole alguna parte de su dominio; y para esto le llevó a un alto monte, donde se descubrían muchas tierras, y alevosa y atrevidamente le dijo: Todas estas cosas que están a tu vista te daré, si postrado en tierra me adorares. Respondió Su Majestad con imperioso poder: Vete de aquí, Satanás, que escrito está: A tu Dios y Señor adorarás, y a él solo servirás. En aquella palabra, vete, Satanás, que dijo Cristo nuestro Redentor, quitó al demonio el permiso que le había dado para tentarle, y con imperio poderoso dio con Lucifer y todas sus cuadrillas de maldad en lo más profundo del infierno, y allí estuvieron pegados y amarrados en las más hondas cavernas por espacio de tres días sin moverse, porque no podían. Y después que se les permitió levantarse, hallándose tan quebrantados y sin fuerzas, comenzaron a sospechar que quien los habla aterrado y vencido, daba indicios de ser el Hijo de Dios humanado. En estos recelos perseveraron con variedad, sin atinar del todo con la verdad, hasta la muerte del Salvador. Pero despechábase Lucifer por lo mal que se había entendido en esta demanda, y en su propio furor se deshacía.

No dicen los Evangelistas dónde, estuvo nuestro Salvador en este tiempo después del ayuno, ni qué obras hizo, ni el tiempo que se ocupó en ellas. Pero lo que se me ha declarado es que estuvo Su Majestad casi diez meses en Judea, sin volver a Nazareth a ver a su Madre, ni

entrar en Galilea, hasta que, llegando en otra ocasión a verse con el Bautista, le dijo segunda vez: Ecce Agnus Dei, y le siguieron San Andrés y los primeros discípulos que oyeron al Bautista estas palabras; y luego llamó a San Felipe. Estos diez meses gastó el Señor en ilustrar las almas y prevenirlas con auxilios, doctrina y admirables beneficios, para que despertasen del olvido en que estaban; y después, cuando comenzase a predicar y hacer milagros, estuviesen más prontos para recibir la fe del Redentor y le siguiesen, como sucedió a muchos de los que dejaba ilustrados y catequizados. Verdad es que en este tiempo no habló con los fariseos y letrados de la ley; porque éstos no estaban tan dispuestos para dar crédito a la verdad de que el Mesías había venido; pues aun después no la admitieron, confirmada con la predicación, milagros y testimonios tan manifiestos de Cristo nuestro Señor. Mas a los humildes y pobres, que por esto merecieron ser primero evangelizados e ilustrados, habló el Salvador en aquellos diez meses; y con ellos hizo liberales misericordias en el reino de Judea, no sólo con particular enseñanza y ocultos favores, sino con algunos milagros disimulados, con que le admitían por gran profeta y varón santo.

A los diez meses después del ayuno que nuestro Salvador andaba en los pueblos de Judea, obrando como en secreto grandes maravillas, determinó manifestarse en el mundo. Para esto volvió Su Majestad a la presencia de su precursor y Bautista Juan; porque mediante su testimonio se comenzase a manifestar la luz en las tinieblas; y estando prevenido San Juan con esta ilustración, vio al Salvador que venía para él, y exclamando con admirable júbilo de su espíritu en presencia de sus discípulos, dijo: Ecce Agnus Dei: Mirad al Cordero de Dios, éste es.

Oyeron a San Juan dos de los primeros discípulos que con él estaban, y en virtud de su testimonio, le fueron siguiendo. Y convirtiéndose a ellos Su Majestad amorosamente, les preguntó qué buscaban. Y respondieron ellos, que saber dónde tenía su morada; y con esto los llevó consigo, y estuvieron con él aquel día. El uno de estos dos dice era San Andrés, hermano de San Pedro.

Con los cinco discípulos, que fueron los primeros fundamentos para la fábrica de la nueva iglesia, entró Cristo predicando y bautizando públicamente por la provincia de Galilea. Esta fue la primera vocación de estos Apóstoles, en cuyos corazones, desde que llegaron a su verdadero Maestro, encendió nueva luz y fuego del, divino amor, y los previno con bendiciones de dulzura.

Pidieron estos cinco primeros discípulos al Señor que les diese consuelo de ver a su Madre y reverenciarla; y concediéndoles esta petición, caminó vía recta a Nazareth, después que entró en Galilea, aunque siempre fue predicando y enseñando en público, declarándose por Maestro de la verdad y vida eterna. Muchos comenzaron a oírle y acompañarle, llevados de la fuerza de su doctrina, de la luz y gracia que derramaba en los corazones que le admitían; aunque no llamó por entonces a su séquito más de los cinco discípulos que llevaba.

Prosiguió su camino nuestro Salvador a Nazareth, informando a sus nuevos hijos y discípulos, no sólo en los misterios de la fe, sino en todas las virtudes, con doctrina y con ejemplo, como lo hizo en todo el tiempo de su predicación evangélica. Para esto visitaba a los pobres y afligidos, consolaba a los tristes y enfermos en los hospitales y en las cárceles, y con todos hacía obras admirables de misericordia en los cuerpos y en las almas; aunque no se declaró por autor de algún milagro hasta las bodas de Caná. Al mismo tiempo que hacía este viaje nuestro Salvador, estaba su Madre previniéndose para recibirle con los discípulos que llevaba; porque de todo tuvo noticia la gran Señora, y para todos hizo hospicio, alió su pobre morada, y previno solicitar la comida necesaria.

El evangelista San Juan, que al fin del capítulo primero refiere la vocación de Nathanael (que fue quinto discípulo de Cristo), comienza el capítulo segundo de la Historia evangélica diciendo: Y el día tercero se hicieron unas bodas en Caná de Galilea; y estaba allí la Madre de Jesús. Y también fue llamado Jesús y sus discípulos a las bodas.

Estando la Reina del mundo en Caná, fue convidado su Hijo santísimo con los discípulos que tenía a las bodas; y su dignación, que

lo ordenaba todo, aceptó, el convite. Fue luego a él para santificar el matrimonio y acreditarle, y dar principio a la confirmación de su doctrina con el milagro que sucedió, declarándose por autor de él.

Por esta razón, aunque su divina Majestad había hecho otras maravillas ocultamente; pero no se habla declarado ni señalado por autor de ellas en público, como hasta aquella ocasión; que por eso llamó el Evangelista a este milagro: Principio de las señales que hizo Jesús en Cana de Galilea. Y el mismo Señor dijo a su Madre Santísima que hasta entonces no habla llegado su hora. Sucedió esta maravilla el mismo día que se cumplió un año del bautismo de Cristo nuestro Salvador, y correspondía a la adoración de los Reyes.

Entró el Maestro de la vida en la casa de las bodas, y saludó a los moradores, diciendo: “La paz del Señor y la luz, sea con vosotros”, como verdaderamente estaba asistiendo Su Majestad con ellos. Hizo luego una exhortación de vida eterna al novio, enseñándoles las condiciones de su estado, para ser perfecto y santo en él. Lo mismo hizo la Reina del cielo con la esposa, a quien con razones dulcísimas y eficaces la amonestó de sus obligaciones.

La prudente Señora hablaba muy pocas palabras, y sólo cuando era preguntada o muy forzoso; porque siempre oía y atendía a las del Señor Y a sus obras, para guardarlas y conferirles en su castísimo corazón. Raro ejemplo de prudencia, de recato y modestia fueron las obras, palabras y todo el proceder de esta gran Reina en el discurso de su vida; y en esta ocasión no sólo para las religiosas, pero en especial a, las mujeres del siglo, si pudieran tenerle presente en tales actos como el de las bodas, para que en él aprendieran a callar, a moderarse y componer el interior y medir las acciones exteriores sin liviandad y soltura: pues nunca es tan necesaria la templanza como cuando es mayor el peligro; y siempre en las mujeres es mayor gala, hermosura y bizarría el silencio, detenimiento y encogimiento con que se cierra la entrada a muchos vicios, y se coronan las virtudes de la mujer casta y honesta.

En la mesa comieron el Señor y su Madre de algunos regalos de los que servían, pero con suma templanza y disimulación de su abstinencia. Sucedió que faltó vino en la mesa, por dispensación divina, para dar ocasión al milagro, y la piadosa Reina dijo al Salvador: Señor, el vino ha faltado en este convite. Respondióle Su Majestad: Mujer, ¿qué me toca a mi y a ti? Aún no es llegada mi hora. Esta respuesta de Cristo no fue de reprensión, sino de misterio.

Es también de advertir que su divina Majestad no pronunció estas palabras con semblante de reprender, sino con magnificencia y serenidad apacible. Conoció la gran Señora todo este Sacramento, y dijo a los criados que servían a la mesa: Haced lo que mi Hijo ordenare.

Mandó el Redentor del mundo a los ministros de las mesas que llenasen de agua sus hidrias o tinajillas, que según las ceremonias de los hebreos tenían para estos misterios. Y habiéndolas llenado todas, mandó el mismo Señor que sacasen de ellas el vino en que las convirtió y lo llevasen al architriclino, que era el principal en la mesa y hacía cabecera en ella, y era uno de los sacerdotes de la ley. Y como gustase del milagroso vino, admirado llamó al novio, y le dijo: "Cualquier hombre cuerdo pone primero el mejor vino para los convidados, y cuando están ya satisfechos pone lo peor; pero tú lo has hecho al revés, que guardaste lo más generoso para lo último de la comida".

No sabía el architriclino entonces el milagro, cuando gustó el vino; porque estaba en la cabecera de la mesa, y Cristo nuestro Maestro con su Madre y discípulos en los lugares inferiores y de abajo, enseñando con la obra lo que después había de enseñar con la doctrina; que en los convites no echemos el ojo al mejor lugar, sino que por nuestra voluntad elijamos el ínfimo. Luego se publicó la maravilla de haber convertido nuestro Salvador el agua en vino, y se manifestó su gloria, y creyeron en él sus discípulos, como dice el Evangelista; porque de nuevo creyeron y se confirmaron más en la fe. Y no sólo creyeron ellos, sino otros muchos de los que estuvieron presentes creyeron que era el verdadero Mesías y le siguieron, acompañándoles hasta la

ciudad de Cafarnau, adonde con su madre y discípulos dice el Evangelista que fue Su Majestad desde Caná; y allí dice San Mateo que comenzó a predicar, declarándose ya por maestro de los hombres.

CAPITULO XXIII

*Vocación de las mujeres. - Herodías. - Degollación del Bautista. -
San Juan Evangelista. - La Magdalena. - Judas.*

Desde Caná de Galilea tomó Cristo Redentor nuestro el camino para Cafarnau, ciudad grande Y poblada cerca del mar de Tiberías.

Acompañóle desde entonces su Madre Santísima, despedida de su casa de Nazareth, para seguirle en su predicación, como lo hizo siempre hasta la cruz: salvo en algunas ocasiones (que pocos días se apartaban), como cuando el Señor se fue al Tabor, o para acudir a otras conversiones particulares, como a la Samaritana. Pero luego volvía a la compañía de su Hijo y Maestro.

En estas peregrinaciones caminaba a pie la Reina del cielo. Y si el mismo Señor se fatigó en los caminos (como consta del Evangelista), ¿qué trabajo sería el de la purísima Señora?

Algunas veces llegó a sentir tantos dolores y quebrantos (disponiéndolo así el Señor), que era necesario aliviarla milagrosamente, como lo hacía Su Majestad. Otras la mandaba descansar en algún lugar Por algunos días. Otras veces la aligeraba el cuerpo de manera que pudiera moverse sin dificultad, tanto como si volara.

Seguían también a Cristo nuestro Redentor en su predicación algunas mujeres desde Galilea, que le acompañaban y servían, porque el Maestro de la vida a ningún sexo excluyó de su escuela, imitación y doctrina; y así le fueron asistiendo y sirviendo algunas mujeres desde el principio de la predicación.

De estas mujeres santas y piadosas tenía cuidado especial nuestra Reina, y las congregaba, enseñaba y catequizaba, llevándolas a los sermones de su Hijo. Fueron innumerables las mujeres que trajo al conocimiento de Cristo y al camino de la salud eterna y perfección del Evangelio; aunque en ellos no se habla de esto más que suponiendo seguían algunas a Cristo nuestro Señor; porque no era necesario para

el intento de los Evangelistas escribir estas particularidades. Hizo la poderosa Señora entre estas mujeres admirables obras, y no sólo las informaba en la fe y virtudes por palabra, sino que con ejemplo las enseñaba a usar y ejercitar la piedad visitando enfermos, pobres, hospitales, encarcelados y afligidos; curando por sus manos propias a los llagados, consolando a los tristes, socorriendo a los necesitados.

Prosiguiendo el Redentor del mundo en su predicación y maravillas, salió de Jerusalén por la tierra de Judea, donde se detuvo algún tiempo bautizando, y al mismo tiempo estaba su precursor Juan bautizando también en Enón, ribera del Jordán, cerca de la ciudad de Salim.

Cuando la disposición divina dio lugar a que se levantasen Lucifer y sus ministros de la ruina que padecían con el triunfo de Cristo nuestro Redentor en el desierto, volvió este dragón a reconocer las obras de la humanidad santísima, También conoció en su modo lo mismo en la predicación de San Juan y de su bautismo. Con esta novedad se halló turbado y confuso Lucifer, porque se reconocía con flacas fuerzas para resistir al poder del cielo, que sentía contra sí por medio de aquellos nuevos hombres y doctrina. Comenzaron estos recelos en el demonio desde que vio a, San Juan en el desierto con tan prodigioso y nuevo orden de vida desde su niñez, y le pareció era aquella virtud más que de puro hombre. Y por otra parte, conoció también algunas obras y virtudes de la vida de Cristo nuestro Señor no menos admirables, y las confería el dragón unas con otras. Pero como el Señor vivía con el modo más ordinario entre los hombres, siempre Lucifer investigaba cuanto podía quién sería San Juan. Y con este deseo incitó a los judíos y fariseos de Jerusalén para que enviasen por embajadores a los sacerdotes y levitas, que preguntasen al Bautista quién era, si era Cristo, como ellos pensaban, con sugestión del enemigo. Y déjase entender fue muy vehemente, pues pudieron entender que el Bautista, siendo de la tribu de Leví, notoriamente no podía ser Mesías; pues conforme a las Escrituras había de ser de la tribu de Judá, y ellos eran sabios en la ley y no ignoraban estas verdades.

Con aquel engaño se enfureció más contra el Bautista. Pero acordándose cuán mal había salido de las batallas que con el Señor tuvo a solas, y que tampoco a San Juan había derribado en culpa de alguna gravedad, determinó hacerle guerra por otro camino.

Hallóle muy oportuno, porque el Bautista santo reprendía a Herodes por el torpísimo adulterio que públicamente cometía con Herodías, mujer de Filipo, su mismo hermano, a quien se la había quitado. Conocía Herodes la santidad y razón de San Juan, y le tenía respeto y temor, y le oía de buena gana. Pero esto, que obraba en el mal rey la fuerza de la razón y luz, pervertía la execrable y desmedida ira de aquella torpísima Herodías y su hija, parecida y semejante en costumbres a su madre. Estaba la adúltera arrebatada de su pasión y sensualidad, y con esto bien dispuesta para ser instrumento del demonio en cualquiera maldad. Incitó al rey para que degollase al Bautista, instigándola primero a ella el mismo enemigo para que lo negociase por diferentes medios. Y habiendo echado preso al que era voz del mismo Dios y el mayor entre los nacidos, llegó el día que celebraba Herodes el cumplimiento de sus infelices años con un convite y sarao que hizo a los magistrados y caballeros de Galilea, donde era rey. Y como en la fiesta introdujese la deshonesta Herodías a su hija para que bailase delante de los convidados, hízolo a satisfacción del ciego rey y adúltero, con que se obligó, y le ofreció a la saltatriz que pidiese cuanto deseaba, que todo se lo daría, aunque pidiese la mitad de su reino. Ella, gobernada por su madre y entrambas por la astucia de la serpiente, pidió más que el reino y que muchos reinos, que fue la cabeza del Bautista, y que luego se la diesen en un plato; y así lo mandó el rey por habérselo jurado y haberse sujetado a una deshonesto y vil mujer que le gobernase en sus acciones. Por ignominia afrentosa juzgan los hombres que les llamen mujer, porque les priva este nombre de la superioridad y nobleza que tiene el ser varones: pero mayor mengua es ser menos que mujeres, dejándose mandar y gobernar de sus antojos; porque menos es Y más inferior el que obedece, y mayor es quien le manda. Y con todo eso hay muchos que cometen esta vileza sin repu-

tarla por mengua, siendo tanto mayor y más indigna, cuanto es más vil y execrable una mujer deshonesta; porque perdida esta virtud de la honestidad, nada le queda que no sea muy despreciable y aborrecible en los ojos de Dios y de los hombres.

Estando preso el Bautista a instancia de Herodías, fue muy favorecido de nuestro Salvador y de su divina Madre por medio de los santos ángeles, con quien la gran Señora le envió a visitar muchas veces, y algunas le envió de comer, mandándoles se lo preparasen y llevasen; y el Señor de la gracia le hizo grandes beneficios interiores. Pero el demonio, que quería acabar con San Juan, no dejaba sosegar el corazón de Herodías hasta verle muerto, y aprovechábase de la ocasión del sarao. Puso en el ánimo del rey Herodes aquella estulta promesa y juramento que hizo a la hija de Herodías; de modo que le cegó más para que impiamente juzgase, por mengua y descrédito, no cumplir el inicuo juramento con que había confirmado la promesa; y así mandó quitar la cabeza al precursor San Juan. Al mismo tiempo, la Princesa del mundo conoció en el interior de su Hijo que se llegaba la hora de morir el Bautista por la verdad que había predicado. Postróse la Madre a los pies de Cristo nuestro Señor, y con lágrimas le pidió asistiese en aquella hora a su siervo y precursor Juan, y le amparase y consolase para que fuese más preciosa en sus ojos la muerte, que por su gloria y en defensa de la verdad había de padecer.

Respondióla el Salvador con agrado, y mandó a la Madre le siguiese. Y luego, por la divina virtud, Cristo nuestro Redentor y María Santísima fueron movidos milagrosa o invisiblemente, y entraron en la cárcel, donde estaba el Bautista amarrado con cadenas y maltratado con muchas llagas; porque la impiísima adúltera, deseando acabarle, había mandado a unos criados (que fueron seis en tres ocasiones) le azotasen y maltratasen, como de hecho lo hicieron por complacer a su ama. Por este medio pretendió Aquella tigre quitar la vida al Bautista antes que sucediera la fiesta y convite, donde lo mandó Herodes. Y el demonio incitó a los crueles ministros para que con grande ira le maltratasen de obra y de palabra, con grandes contumelias y blasfe-

mias contra su persona y doctrina que predicaba; porque eran hombres perversísimos, como criados y privados de tan infeliz mujer, adúltera y escandalosa. Con la presencia corporal de Cristo y de su Madre santísima se llenó de luz aquel lugar de la cárcel, donde estaba el Bautista, y todo quedó santificado, asistiendo con los Reyes del cielo gran multitud de ángeles, cuando los palacios del adúltero Herodes eran habitación de inmundos demonios, y más culpados ministros que cuantos estaban encarcelados por la justicia.

Vió el santo Precursor al Redentor del mundo y a su santísima Madre con gran refulgencia y muchos coros de ángeles que les acompañaban, y al punto se le soltaron las cadenas con que estaba preso, y sus llagas y heridas fueron sanas.

Entraron en la cárcel tres criados de Herodes con un verdugo, que sin dilación hizo prevenirlo todo la implacable ira de aquella tan cruel como adúltera mujer. Y ejecutando el impío mandato de Herodes, rindió su cuello el santísimo Precursor, y el verdugo le degolló y cortó la cabeza. Al mismo tiempo que se iba a ejecutar el golpe, el sumo sacerdote Cristo, que asistía al sacrificio, recibió en sus brazos el cuerpo del mayor de los nacidos, y su Madre santísima recibió en sus manos la cabeza, ofreciendo entrambos al eterno Padre la nueva hostia en la sagrada ara de sus divinas manos . Dio lugar a todo esto, no sólo el estar allí los sumos Reyes invisibles para los circunstantes, sino una pendencia que trabaron los criados de Herodes sobre cuál de ellos había de lisonjear a la infame saltatriz, y a su impiísima madre, llevándoles la cabeza de San Juan. En esta competencia se embarazaron tanto, que, sin atender de dónde, cogió uno la cabeza de manos de la Reina del cielo, y los demás le siguieron a entregarla en un plato a la hija de Herodías.

El Evangelista Juan alcanzó más de los ocultos misterios de esta ciudad mística del Señor, y recibió por ella tanta luz de la Divinidad, que excedió en esto a todos los Apóstoles; porque toda aquella sabiduría se le concedió por medio de la Reina del cielo, y la excelencia que tuvo este Evangelista entre todos los Apóstoles de llamarse el

Amado de Jesús la alcanzó por el amor que él tuvo a su Madre Santísima; y por la misma razón fue también correspondido de la divina Señora, que por excelencia fue el discípulo amado de Jesús y de María.

Tenía el santo Evangelista algunas virtudes (a más de la castidad y virginal pureza) que para la Reina de todas eran de mayor agrado, y entre ellas una sinceridad columbina (como de sus escritos se conoce) y una humildad y mansedumbre pacífica, que le hacía más apacible y tratable; y a todos los humildes de corazón llamaba la Madre retratos de su Hijo. Por estas condiciones señaladas entre todos los Apóstoles se le inclinó más la Reina, y él estuvo más dispuesto para que se imprimiese en su corazón reverencial amor y afecto de servirla. Desde la primera vocación comenzó San Juan a señalarse entre todos en la veneración de María, y a obedecerla con reverencia de esclavo. Asistíala con más continuación que todos; y, cuanto era posible, procuraba estar en su presencia y aliviarla de algunos trabajos corporales que la Señora del mundo hacía por sus manos.

Después de los dos apóstoles San Pedro y San Juan, fue muy amado de la Madre Santísima el apóstol Santiago, hermano del Evangelista, y recibió este Apóstol admirables favores de mano de la gran Señora. En este orden entraba también la Magdalena, a quien miró nuestra Reina con amoroso afecto, por el amor que tenía ella a su Hijo Santísimo, y porque conoció que el corazón de esta penitente era muy idóneo para que la diestra del Todopoderoso se magnificase en ella. Tratóla María Santísima muy familiarmente entre las demás mujeres, y la dio luz de altísimos misterios, con que la enamoró más de su Maestro y de la misma Señora. Consultó la Santa con nuestra Reina los deseos de retirarse a la soledad para vacar al Señor en continua penitencia y contemplación; y la dulce Madre la dio una instrucción de la vida que en el yermo guardó después la Santa, y fue a él con su beneplácito y bendición; y allí la visitó por su persona una vez, y muchas por medio de los ángeles que la enviaban para animarla y consolarla en aquel horror de la soledad.

Del mal apóstol Judas diré algo de lo que tengo luz. Vino Judas a la escuela de Cristo nuestro Maestro, movido de la fuerza de su doctrina en lo exterior, y en lo interior del buen espíritu que movía a otros; y el Señor le recibió con entrañas de amoroso padre.

Pero como el natural le ayudaba poco a Judas, y entre los discípulos y Apóstoles había algunas faltas de hombres no del todo confirmados en la perfección, ni por entonces en la gracia, comenzó el imprudente discípulo a pagarse de sí mismo más de lo que debiera, y a tropezar en los defectos de sus hermanos, notándolos más que los propios. Entre los demás Apóstoles notó y juzgó a San Juan por entremetido con su Maestro y con su Madre Santísima, aunque él era tan favorecido de entrambos.

Todo este desconcierto de Judas iba conociendo la Señora; y procurando su remedio, y curarle en salud, antes que se entregase a la muerte del pecado, le hablaba y amonestaba como a hijo, con extremada suavidad y fuerza de razones. Y aunque alguna vez sosegaba aquella tormenta que se comenzaba a levantar en el inquieto corazón de Judas; pero no perseveraba en su tranquilidad, y luego se desazonaba y turbaba de nuevo.

Y porque San Juan con la mayor familiaridad llegó a tener alguna luz de las maldades de Judas, y vivía en esto con más recelos, se lo declaró el mismo Señor, aunque con señas, como consta del Evangelio. Pero hasta entonces nunca Su Majestad dio indicio de lo que en Judas pasaba. En María es más admirable esta paciencia, por la parte de ser Madre y pura criatura, y que estaba mirando ya de cerca la traición que aquel desleal discípulo había de cometer contra su Hijo, a quien amaba como Madre y no como sierva.

Porque no me rependa el Señor de haber callado, añadiré a lo dicho otra causa que tuvo Judas en su ruina. Desde que fue creciendo el número de los Apóstoles y discípulos, determinó luego Su Majestad que alguno de ellos se encargase de recibir las limosnas, y dispensarlas como síndico o mayordomo para las necesidades comunes, y pagar los tributos imperiales; y sin señalar Cristo Nuestro Señor alguno, se

lo propuso a todos. Al punto lo apeteció y codició Judas, temiéndole todos, y huyendo de este oficio en su interior. Y para alcanzarle el codicioso discípulo se humilló a pedir a San Juan lo tratase con la Reina, para que ella lo concertase con el mismo Señor. Pidiólo San Juan, como lo deseaba Judas; mas la Madre, como conocía que la petición no era justa ni conveniente, sino de ambicioso y codicioso afecto, no quiso proponerla al divino Maestro. Despedido de María Santísima, no sosegaba Judas en su avaricia; y desnudándose del pudor y vergüenza natural (y aun de la fe interior), se resolvió él mismo en acudir a Cristo su Maestro.

Deseaba el Salvador del mundo desviarle del peligro que conocía en su petición, y que en ella buscaba este codicioso Apóstol su final perdición. Y para que no se llamase a engaño, le respondió y dijo Su Majestad: ¿Sabes, ¡oh Judas!, lo que deseas y pides? No seas tan cruel contra ti mismo, que tú busques y solicites el veneno y las armas con que te puedes causar la muerte. Con esta porfía de Judas en buscar y amar el peligro, justificó Dios su causa para dejarle entrar y perecer en él.

CAPITULO XXIV

La Transfiguración. - El unguento de nardo. - Entrada en Jerusalén. - Cristo en el Cenáculo.

Corrían ya más de dos años y medio de la predicación y maravillas de nuestro Redentor y Maestro Jesús, Y se iba acercando el tiempo destinado por la eterna Sabiduría, para volverse al Padre. Y porque todas sus obras eran ordenadas a nuestra salud y enseñanza, determinó Su Majestad prevenir algunos de sus Apóstoles para el escándalo que con su muerte habían de padecer, y manifestárseles primero glorioso en el cuerpo pasible que habían de ver después azotado y crucificado, para que primero le viesen transfigurado con la gloria, que desfigurado con las penas. Para esto eligió un monte alto, que fue el Tabor, en medio de Galilea, y dos leguas de Nazareth hacia el Oriente; y subiendo a lo más alto de él con los tres apóstoles Pedro, Jacobo y Juan su hermano, se transfiguró en su presencia. Estando transfigurado vino una voz del cielo en nombre del Eterno Padre, que dijo: Este es mi Hijo muy amado, en quien Yo me agrado; a El habéis de oír.

No dicen los evangelistas que se hallase María Santísima a la maravilla de la Transfiguración, ni tampoco lo niegan; porque esto no pertenecía a su intento, ni convenía manifestar en los Evangelios el oculto milagro con que se hizo. La inteligencia que se me ha dado para escribir esta historia es que la divina Señora, al mismo tiempo que algunos ángeles fueron a traer la alma de Moisés y a Ellas de donde estaban, fue llevada por manos de sus santos ángeles al monte Tabor, para que viese transfigurado a su Hijo santísimo, como sin duda le vio.

Y no sólo vio transfigurada y gloriosa la humanidad de Cristo nuestro Señor, sino que el tiempo que duró este misterio vio con claridad María Santísima la Divinidad intuitivamente.

Continuaba nuestro Salvador sus maravillas en Judea, donde estos días, entre otras, sucedió la resurrección de Lázaro en Betania, adonde vino llamado de las dos hermanas Marta y María. Y porque estaba muy cerca de Jerusalén, se divulgó luego en ella el milagro, y los pontífices y fariseos, irritados con esta maravilla, hicieron el concilio donde decretaron la muerte del Salvador. Llegó otra vez a Betania, donde había resucitado Lázaro, y donde fue hospedado de las dos hermanas, Y le hicieron una cena muy abundante para Su Majestad y María Santísima su Madre y todos los que los acompañaban para la festividad de la Pascua; y entre los que cenaron uno fue Lázaro, a quien pocos días antes había resucitado.

Estando recostado el Salvador del mundo en este convite (conforme a la costumbre de los judíos), entró María Magdalena llena de divina luz; y con ardentísimo amor, que a Cristo su Maestro tenía, le ungió los pies, y derramó sobre ellos y su cabeza un vaso o pomo de alabastro lleno de licor fragantísimo y precioso, de confección de nardos y otras cosas aromáticas; y limpió los pies con sus cabellos, al modo que otra vez lo habla hecho en casa del fariseo en su conversión. De la fragancia de estos unguentos se llenó toda la casa, porque fueron en cantidad y muy preciosos; y la liberal enamorada quebró el vaso para derramarlos sin escasez. El avariento apóstol Judas, que deseaba se le hubiese entregado para venderlos y coger el precio, comenzó a murmurar de esta unción misteriosa y a mover a algunos de los otros Apóstoles con pretexto de pobreza y caridad con los pobres, a quienes decía se les defraudaba la limosna, gastando sin provecho y con prodigalidad cosa de tanto valor, siendo así que todo esto era con disposición divina, y él hipócrita, avariento y desmesurado.

El Maestro disculpó a la Magdalena, a quien Judas reprendía de pródiga y poco advertida. Y el Señor le dijo a él y a los demás que no la molestasen; porque aquella acción no era ociosa y sin justa causa; y a los pobres no por esto se les perdía la limosna que quisiesen hacerles cada día; y con su persona no siempre se podía hacer aquel obsequio, que era para su sepultura, la que prevenía aquella generosa enamorada

con espíritu del cielo, testificando en la misteriosa unción que ya el Señor iba a padecer por el linaje humano, y que su muerte y sepultura estaban muy vecinas. Pero nada de esto entendía el pérfido discípulo, antes se indignó furiosamente contra su Maestro, porque justificó la obra de la Magdalena. Viendo Lucifer la disposición de aquel depravado corazón, le arrojó en él nuevas flechas de codicia, indignación y mortal odio, contra el Autor de la vida. Y desde entonces propuso de maquinarle la muerte, y en llegando a Jerusalén dar cuenta a los fariseos y desacreditarle con ellos con audacia, como en efecto lo cumplió. Porque ocultamente se fue a ellos, y les dijo que su Maestro enseñaba nuevas leyes contrarias a la de Moisés y de los emperadores: que era amigo de convites, de gente perdida y profana; y a muchos de mala vida admitía, a hombres y mujeres, y los traía en su compañía.

El sábado que sucedió la unción de la Magdalena en Betania, acabada la cena, como en el capítulo pasado dije, se retiró nuestro divino Maestro. Llegado el día, que fue el que corresponde al domingo de Ramos, salió Su Majestad con sus discípulos para Jerusalén. Y habiendo caminado dos leguas, poco más o menos, en Regando a Betfagé, envió dos discípulos a la casa de un hombre poderoso que estaba cerca, y con su voluntad le trajeron dos jumentillos; el uno, que nadie había usado ni subido en él. Nuestro Salvador caminó para Jerusalén, y los discípulos aderezaron con sus vestidos y capas al jumentillo y también la jumentilla; porque de entrambos se sirvió el Señor en este triunfo. Sucedió en el camino que los discípulos, y con ellos todo el pueblo, pequeños y grandes, aclamaron al Redentor por verdadero Mesías, Hijo, de David, Salvador del mundo y Rey verdadero. Unos decían: "Paz sea en el cielo y gloria en las alturas, bendito sea el que viene como Rey en el nombre del Señor"; otros decían: "Hosanna Filio David: Sálvanos, Hijo de David, bendito sea el reino que ya ha venido de nuestro padre David." Unos y otros cortaban palmas y ramos de los árboles en señal de triunfo y alegría, y con las vestiduras los arrojaban por el camino donde pasaba el nuevo triunfador de las batallas.

Prosiguió el Salvador del mundo su triunfo hasta entrar en Jerusalén, y los santos ángeles, que lo miraban y acompañaban, le cantaron nuevos himnos de loores y divinidad con admirable armonía. Entrando en la ciudad con júbilo de todos los moradores, se apeó del jumentillo y encaminó sus pasos al templo. Derribó las mesas de los que vendían y compraban en el templo, celando la, honra de la casa de su Padre; y echó fuera a los que la hacían casa de negociación y cueva de ladrones.

Estuvo Su Majestad en el templo enseñando y predicando hasta la tarde. Y en confirmación de la veneración y culto que se le había de dar a aquel, lugar santo y casa de oración, no consintió que le trajesen un vaso de agua para beber; y, sin recibir este ni otro refrigerio, volvió aquella tarde a Betania, de donde. había venido, y después los días siguientes hasta su pasión volvió a Jerusalén.

El miércoles siguiente a la entrada de Jerusalén (fue el día que Cristo nuestro Señor se quedó en Betania sin volver al templo) se juntaron de nuevo en casa del pontífice Caifás los escribas y fariseos, para maquinara dolosamente la muerte del Redentor del mundo; porque los habla irritado con mayor envidia el aplauso que en la entrada de Jerusalén habían hecho con Su Majestad todos los moradores de la ciudad. Esto cayó sobre el milagro de resucitar a Lázaro, y las otras maravillas que aquellos días había obrado Cristo nuestro Señor en el templo; y habiendo resuelto convenía quitarle la vida, paliando esta impía crueldad con pretexto del bien público, como lo dijo Caifás, profetizando lo contrario de lo que pretendía. El demonio, que los vio resueltos, puso en la imaginación de algunos no ejecutasen este acuerdo con la fiesta de la Pascua, porque no se alborotase el pueblo que veneraba a Cristo nuestro Señor como Mesías o gran profeta. Esto hizo Lucifer, para ver si con dilatar la muerte del Señor podría impedirla. Mas como Judas estaba ya entregado a su misma codicia y maldad, y destituido de la gracia que para revocarla era menester, acudió al concilio de los pontífices muy azorado e inquieto, y trató con ellos de la entrega de su Maestro, y se remató la venta con treinta dineros; y por

no perder los pontífices la ocasión, atropellaron con el inconveniente de ser Pascua.

Despedido nuestro Salvador de su amante Madre, salió de Betania para la última jornada, a Jerusalén el jueves, que fue el día de la cena, poco antes de mediodía, acompañado de los Apóstoles que consigo tenía.

En seguimiento del Autor de la vida partió luego de Betania la Madre, acompañada de la Magdalena y de las otras mujeres santas. Y como el divino Maestro iba informando a sus Apóstoles y previniéndolos con la doctrina de su pasión, para que no desfalleciesen en ella por las ignominias que la viesan padecer, así también la Señora de las virtudes iba consolando y previniendo a su congregación santa de discípulas, para que no se turbasen cuando viesen morir a su Maestro y ser azotado afrentosamente. Y aunque en la condición femínea eran estas santas mujeres de naturaleza más enferma y frágil que los Apóstoles, con todo eso fueron más fuertes que algunos de ellos en conservar la doctrina y documentos de su gran Maestra y Señora. Quien más se adelantó en todo fue Santa María Magdalena, porque la llama de su amor la llevaba toda enardecida; y por su misma condición natural era magnánima, esforzada y varonil. Y entre todos los del apostolado tomó por su cuenta acompañar a la Madre de Jesús y asistirle, sin apartarse de ella en todo el tiempo de la pasión, y así lo hizo como amante fiel.

Proseguía su camino para Jerusalén nuestro Redentor, el jueves a la tarde, que precedió a su pasión y muerte. Preguntáronle dónde quería celebrar la Pascua del cordero que aquella noche cenaban los judíos. Respondióles el divino Maestro enviando a San Pedro y a San Juan que se adelantasen a Jerusalén, y preparasen la cena en casa de un hombre donde viesen entrar un criado con un cántaro de agua, pidiéndole al dueño de la casa que le previniese aposento para cenar con sus discípulos. Era este vecino de Jerusalén hombre rico, principal y devoto del Salvador, y con su piadosa devoción mereció que el Autor de la vida eligiera su casa para santificarla con los misterios que obró

en ella, dejándola consagrada en templo santo. Fueron luego los dos Apóstoles, y con las señas que llevaban pidieron al dueño de la casa que admitiese en ella al Maestro de la vida y tuviese por su huésped, para celebrar la gran solemnidad de los Acimos, que así se llamaba aquella Pascua.

Fue ilustrado con especial gracia el corazón de aquel padre de familias, y liberalmente ofreció su casa con todo lo necesario para la cena legal, y luego señaló para ella una cuadra muy grande, colgada y adornada con mucha decencia. Prevenido todo esto, llegó Su Majestad a la posada con los demás discípulos; y en breve espacio fue también su Madre con su congregación de las mujeres que le seguían. Nuestro Salvador y Maestro Jesús, en retirándose su purísima Madre, entró en el aposento prevenido para la cena con todos los doce Apóstoles y otros discípulos, y con ellos celebró la cena del cordero, guardando todas las ceremonias de la ley, sin faltar a, cosa alguna de los ritos que él mismo había ordenado por medio de Moisés.

Acabada la cena legal y bien informados los Apóstoles, se levantó Cristo nuestro Señor para lavarles los pies. Levantóse nuestro divino Maestro de la oración que hizo, y con semblante hermosísimo, sereno y apacible, puesto en pie, mandó sentar con orden a sus discípulos. Luego se quitó un manto que traía sobre la túnica inconsútil, y ésta le llegaba a los pies, aunque no los cubría. Y en esta ocasión tenía sandalias, que algunas veces las dejaba para andar descalzo en la predicación, y otras las usaba, desde que su Madre Santísima se las calzó en Egipto, y fueron creciendo en hermosos pasos con la edad, como crecían los pies.

Despojado del manto, recibió una toalla o mantel largo, y con la una parte se ciño el cuerpo, dejando pendiente el otro extremo. Luego echó agua en una bacía para lavar los pies de los Apóstoles.

Llegó a la Cabeza de los Apóstoles San Pedro para lavarle. y cuando el fervoroso Apóstol vio postrado a sus pies al mismo Señor, turbado y admirado dijo: ¿Tú, Señor, me lavas a mí los pies? Respondió Cristo con incomparable mansedumbre: Tú ignoras ahora lo que

yo hago, pero después lo entenderás. No entendió San Pedro esta doctrina, y embarazado con el indiscreto afecto de su humildad, replicó al Señor y le dijo: Jamás consentiré, Señor, que tú me laves los pies. Respondióle con más severidad el Autor de la vida: Si yo no te lavare, no tendrás parte conmigo. Con la amenaza de Cristo quedó San Pedro enseñado, que con rendimiento respondió luego: "Señor, no sólo doy los pies, sino las manos y la cabeza, para que todo me lavéis. Admitió el Señor este rendimiento de San Pedro, y le dijo: "Vosotros estáis limpios, aunque no todos (porque estaba entre ellos el inmundísimo Judas), y el que está limpio no tiene que lavarse más de los pies.

Pasó el divino Maestro a lavar a Judas, cuya traición y alevosía no pudieron extinguir la caridad de Cristo, para que dejase de hacer con él mayores demostraciones que con los otros Apóstoles. Y sin manifestarles Su Majestad estas señales, se las declaró a Judas en dos cosas. La una, en el semblante agradable y caricia exterior con que se le puso a sus pies, y se los lavó, besó y llegó al pecho. La otra, en las grandes inspiraciones con que tocó su interior, conforme a la dolencia y necesidad que tenía aquella depravada conciencia.

Resistió la maldad de Judas a la virtud y contacto de aquellas manos divinas. Y aunque no hubiera recibido otros auxilios la pertinacia de Judas, sino los ordinarios que obraba en las almas la presencia y vista del autor de la vida, y los que naturalmente podía causar su persona, fuera la malicia de este infeliz discípulo sobre toda ponderación. Era la persona de Cristo nuestro bien en el cuerpo perfectísima y agraciada; el semblante grave y sereno, de una hermosura apacible y dulcísima; el cabello nazareno uniforme; el color entre dorado y castaño; los ojos rasgados y de suma gracia y majestad; la boca, la nariz y todas las partes del rostro proporcionadas en extremo, y en todo se mostraba tan agradable y amable, que a los que le miraban sin malicia de intención, los atraía a su veneración y amor. Sobre esto causaba con su vista gozo interior. Esta persona de Cristo tan amable y venerable tuvo Judas a sus pies, y con nuevas demostraciones de agrado y

mayores impulsos que los ordinarios. Pero tal fue su perversidad, que nada le pudo inclinar ni ablandar su endurecido corazón.

La cena legal celebró Cristo recostado en tierra con los Apóstoles, sobre una mesa o tarima que se levantaba del suelo poco más de seis o siete dedos; porque ésta era la costumbre de los judíos. Acabado el lavatorio, mandó preparar otra mesa alta como ahora usamos para comer, dando fin con esta ceremonia a las cenas legales y cosas ínfimas y figurativas, y principio al nuevo convite en que fundaba la nueva ley de gracia. Y de aquí comenzó el consagrar en mesa o altar levantado que permanece en la Iglesia católica. Cubrieron la nueva mesa con una toalla muy rica, y sobre ella pusieron un plato o salvilla, y una copa grande de forma de cáliz, bastante para recibir el vino necesario, conforme a la voluntad de Cristo nuestro Salvador, que con su divino poder y sabiduría lo prevenía y disponía todo. El dueño de la casa le ofreció con superior moción estos vasos tan ricos y preciosos de piedra como esmeralda. Después usaron de ellos los sagrados Apóstoles para consagrar cuando pudieron. Sentóse a la mesa Cristo con los doce Apóstoles y algunos otros discípulos, y pidió le trajesen pan cenceño sin levadura, y púsolo sobre el plato, y vino puro, de que preparó el cáliz con lo que era menester.

Estando juntos todos, esperando con admiración lo que hacía el Autor de la vida, apareció en el cenáculo la persona del eterno Padre y la del Espíritu Santo, como en el Jordán y en el Tabor. De esta visión, aunque todos los apóstoles y discípulos sintieron algún efecto, sólo algunos la vieron; en especial el evangelista San Juan que siempre tuvo vista de águila penetrante y privilegiada en los divinos misterios.

Trasladóse todo el cielo al cenáculo de Jerusalén; que tan magnífica fue la obra con que se fundó la Iglesia del Nuevo Testamento, se estableció la ley de gracia y se previno nuestra salud eterna.

CAPITULO XXV

El monte Olivete. - Sudor de sangre. - Traición de Judas. Su castigo en la tierra y en el infierno.

Nuestro Redentor salió de la casa del cenáculo en compañía de todos los hombres que le habían asistido en las cenas y celebración de sus misterios; y luego se despidieron muchos de ellos por diferentes calles, para acudir cada uno a sus ocupaciones. Su Majestad, siguiéndole solos los doce Apóstoles, encaminó sus pasos al monte Olivete, fuera y cerca de la ciudad de Jerusalén a la parte oriental. Y como la alevosía de Judas le tenía tan atento y solícito de entregar al divino Maestro, imaginó que iba a trasnochar en la oración, como lo tenía de costumbre. Parecióle aquella ocasión muy oportuna para ponerlo en manos de sus confederados los escribas y fariseos. Con esta infeliz resolución se fue deteniendo y dejando alargar el paso a su divino Maestro y a los demás Apóstoles, sin que ellos lo advirtiesen por entonces; y al punto que los perdió de vista, partió, a toda prisa a su precipicio y destrucción. Llevaba gran sobresalto, turbación y zozobra, testigos de la maldad que iba a cometer; y con este inquieto orgullo (como mal seguro de conciencia) llegó corriendo y azorado a casa de los pontífices.

Y como el Autor de la vida estaba en, Jerusalén, y también los pontífices consultaban, cuando llegó Judas, cómo les cumpliría lo prometido de entregársele en sus manos; en esta ocasión entró el traidor, y les dio cuenta cómo dejaba a su Maestro con los demás discípulos en el monte Olivete; que le parecía la mejor ocasión para prenderle aquella noche, como fuesen con cautela y prevenidos para que no se les fuese de entre las manos con las artes y mañas que sabía. Alegráronse mucho los sacrilegios pontífices, y quedaron previniendo gente armada para salir luego al prendimiento del Cordero.

Prosiguió nuestro Salvador su camino, pasando el torrente Cedrón, para el monte Olivete, y entró en el huerto de Getsemaní, y hablando con todos los Apóstoles que le seguían, les dijo: "Esperadme, y asentaos aquí, mientras yo me alejo un poco a la oración; y orad también vosotros para que no entréis en tentación". Dióles este aviso el divino Maestro para que estuviesen constantes en la fe contra las tentaciones, que en la cena los había prevenido que todos serían escandalizados aquella noche por lo que le verían padecer; y que Satanás los embestiría para ventilarlos y turbarlos con falsas sugerencias; porque el Pastor había de ser maltratado y herido, y las ovejas serían derramadas. Estando con los tres Apóstoles, levantó los ojos al eterno Padre. Esta oración fue como una licencia y permiso con que se abrieron las puertas al mar de la pasión y amargura, para que con ímpetu entrasen hasta el alma de Cristo. Y así comenzó luego a congojarse y sentir grandes angustias, y con ellas dijo a los tres Apóstoles: Triste está mi alma hasta la muerte. Creció esta agonía en nuestro Salvador con la fuerza de la caridad, y con la resistencia que conocía de parte de los hombres, para lograr en todos su pasión y muerte; y entonces llegó a sudar sangre con tanta abundancia de gotas muy gruesas, que corría hasta llegar al suelo.

Al mismo tiempo que nuestro Salvador Jesús estaba en el monte Olivete orando a su eterno Padre, y solicitando la salud espiritual de todo el linaje humano, el pérfido discípulo Judas apresuraba su prisión y entrega a los pontífices y fariseos.

Con esta impía temeridad se movió también la envidia de los pontífices y escribas, y con la instancia de Judas, juntaron con presteza mucha gente, para que llevándole por caudillo, él y los soldados gentiles, un tribuno y otros muchos judíos fuesen a prender al Cordero que estaba esperando el suceso, y mirando los pensamientos y estudio de los sacrílegos pontífices, como lo había profetizado Jeremías. Salieron todos estos ministros de maldad de la ciudad hacia el monte Olivete, armados y prevenidos de sogas y de cadenas, con hachas encendidas y linternas, como el autor de la traición lo había preveni-

do, temiendo, como alevoso y pérfido, que su Maestro, a quien juzgaba por hechicero y mago, no hiciese algún milagro con que escapárasele.

Se adelantó Judas para dar a sus ministros la seña con que los dejaba prevenidos; que su Maestro era aquel a quien él se llegase a saludarle, dándole el ósculo fingido de paz que acostumbraba; que le prendiesen luego, y no a otro por yerro. Llegó, pues, el traidor, y como insigne artífice de la hipocresía, disimulándose enemigo, le dio paz en el rostro y le dijo: Dios te salve, Maestro.

Dada la señal del ósculo por Judas, llegaron a carearse el Autor de la vida y sus discípulos con la tropa de los soldados que venían a prenderle; y se presentaron cara a cara, como dos escuadrones los más opuestos y encontrados que jamás hubo en el mundo. Habló con los soldados Su Majestad, y con increíble afecto al padecer y grande esfuerzo y autoridad, les dijo: ¿A quién buscáis? Respondieron ellos: A Jesús Nazareno. Replicó el Señor y dijo: Yo soy. En esta palabra de incomparable precio y felicidad para el linaje humano se declaró Cristo por nuestro Salvador.

El primero que se adelantó descomedidamente a echar mano del Autor de la vida para prenderle fue un criado de los pontífices, llamado Maleo. Y aunque todos los Apóstoles estaban turbados y afligidos del temor, con todo eso San Pedro se encendió más que los otros en el celo de la honra y defensa de su Maestro. Y sacando un terciado que tenía le tiró un golpe a Maleo, Y le cercenó una oreja derribándosela del todo. Y el golpe fue encaminado a mayor herida, si la providencia divina del Maestro de la paciencia y mansedumbre no le divirtiera. Pero no permitió Su Majestad que en aquella ocasión interviniese muerte de otro alguno más que la suya; sus llagas, sangre y dolores, cuando a todos (si la admitieran) venía a dar la vida eterna y rescatar el linaje humano. Ni tampoco eran según su voluntad y doctrina que su persona fuese defendida con armas ofensivas, ni quedase este ejemplar en su Iglesia, como de principal intento para defenderla. Y para confirmar esta doctrina, como la había enseñado, tomó la oreja, corta-

da, y se la restituyó al siervo Maleo, dejándosela en su lugar con perfecta sanidad mejor que antes. Y primero se volvió a reprender a San Pedro, y le dijo: Vuelve tu espada a su lugar, porque los que la toman para matar con ella, perecerán. ¿No quieres que beba yo el cáliz que me dio mi Padre? ¿Piensas tú que no le puedo yo pedir muchas legiones de Ángeles en mi defensa, y me los daría luego? Con esta amorosa corrección quedó advertido e ilustrado San Pedro, como cabeza de la Iglesia, que sus armas para establecer y defenderla hablan de ser de potestad espiritual, y que la ley del Evangelio no enseñaba a pelear ni vencer con espadas materiales, sino con la humildad, paciencia, mansedumbre y caridad perfecta, venciendo al demonio, al mundo y a la carne; que mediante estas victorias triunfa la virtud divina de sus enemigos, y de la potencia y astucia de este mundo; y que el ofender y defenderse con armas no es para los perseguidores de Cristo nuestro Señor, sino para los príncipes de la tierra, por las posesiones terrenas; y el cuchillo de la Santa Iglesia ha de ser espiritual, que toque a las almas antes que a los cuerpos.

Al punto que prendieron y ataron a nuestro Salvador, sintió la purísima Madre en sus manos los dolores de las sogas y cadenas, como si con ellas fuera atada y constreñida; y lo mismo sucedió de los golpes y tormentos que iba recibiendo el Señor, porque se le concedió a su Madre este favor.

Estaba Judas desamparado de la divina gracia después de la entrega que hizo con el ósculo y contacto de Cristo nuestro Salvador. Despertále Lucifer íntimo dolor de sus pecados; mas no por buen fin ni motivos de haber ofendido a la Verdad divina, sino por la deshonra que padecería con los hombres. Con estos y otros pensamientos que le arrojó el demonio quedó lleno de confusión, tinieblas y despechos muy rabiosos contra sí mismo. Y retirándose de todos, estuvo para arrojarse de muy alto en casa de los pontífices, y no lo pudo hacer. Salióse fuera, y como una fiera, indignado contra sí mismo, se mordía los brazos y manos y se daba desatinados golpes en la, cabeza, tirándose del pelo,

y hablando desatinadamente se echaba muchas maldiciones y execraciones.

Viéndole tan rendido Lucifer, le propuso que fuese a los sacerdotes, y confesando su pecado, les volviese su dinero. Hízole Judas con presteza, y a voces les dijo aquellas palabras. Pero ellos, no menos endurecidos, le respondieron que lo hubiera mirado primero. Con esta repulsa que le dieron los príncipes de los sacerdotes, tan llena de impiísima crueldad, acabó Judas de desconfiar, persuadiéndose no sería posible excusar la muerte de su Maestro. Lo mismo juzgó el demonio, aunque hizo más diligencia por medio de Pilatos. Pero como Judas no le podía servir ya para su intento, le aumentóla tristeza y despechos, y le persuadió que para no esperar más duras penas se quitase la vida. Admitió Judas este formidable engaño, y saliéndose de la ciudad se colgó de un árbol seco, haciéndose homicida de sí mismo el que se había hecho deicida de su Criador. Sucedió esta infeliz muerte de Judas el mismo día del viernes, a las doce, que es al mediodía, antes que muriera nuestro Salvador.

Recibieron luego los demonios el alma de Judas y la llevaron al infierno; pero su cuerpo quedó colgado y reventadas sus entrañas con admiración y asombro de todos, viendo el castigo tan estupendo de la traición de aquel pérfido discípulo. Perseveró el cuerpo ahorcado tres días en el público, y en este tiempo intentaron los judíos quitarle del árbol y ocultamente enterrarle, porque de aquel, espectáculo redundaba grande confusión contra los sacerdotes y fariseos, que no podían contradecir aquel testimonio de su maldad. Mas no pudieron con industria alguna derribar ni quitar el cuerpo de Judas de donde se había colgado, hasta que, pasados tres días, por dispensación de la justicia divina, los mismos demonios le quitaron de la horca y le llevaron con su alma para que en lo profundo del infierno pagase, en cuerpo y alma, eternamente su pecado. Y porque es digno de admiración temerosa lo que he conocido del castigo y penas que se le dieron a Judas, lo diré, como se me ha mostrado y mandado. Entre las obscuras cavernas de los calabozos infernales estaba desocupada una muy grande, de

mayores tormentos que las otras, porque los demonios no habían podido arrojar en aquel lago alguna alma, aunque la crueldad de estos enemigos lo había procurado desde Caín hasta aquel día. Esta imposibilidad admiraba al infierno, ignorante del secreto, hasta que llegó el alma de Judas, a quien fácilmente arrojaron y sumergieron en aquel calabozo, nunca antes ocupado de otro alguno de los condenados.

CAPITULO XXVI

*Cristo preso. - Empieza a padecer. - Le acusan de blasfemo.
Noche de angustia. - Intento satánico frustrado.*

Digna cosa fuera hablar de la pasión, afrentas y tormentos de nuestro Salvador Jesús con palabras tan vivas y eficaces, que pudieran penetrar más que la espada de dos filos hasta dividir con íntimo dolor lo más oculto de nuestros corazones. No fueron comunes las penas que padeció; no se hallará dolor semejante como su dolor. No era su Persona como las demás de los hijos de los hombres; no padeció Su Majestad por si mismo ni por sus culpas, sino por nosotros y por las nuestras. Pues razón es que las palabras y términos con que tratamos de sus tormentos y dolores no sean comunes y ordinarios, sino con otros vivos y eficaces se la propongamos a nuestros sentidos. Mas ¡ ay de mí, que ni puedo dar fuerza a mis palabras ni hallo las que mi alma desea para manifestar este secreto!

Atado y preso el manso cordero Jesús, fue llevado desde el Huerto a casa de los pontífices, y primero a la de Anás. Iba prevenido aquel turbulento escuadrón de soldados y Ministros con las advertencias del traidor discípulo: que no se fiasen de su Maestro si no le llevaban muy amarrado y atado, porque era hechicero y se les podría salir de entre las manos. Atáronle con una cadena de grandes eslabones de hierro con tal artificio, que rodeándosela a la, cintura y al cuello sobran los dos extremos, y en ellos había unas argollas o esposas, con que encadenaron también las manos del Señor. Y así argolladas y presas se las pusieron no al pecho, sino a las espaldas. Esta cadena llevaron de la casa de Anás, el Pontífice, donde servía de levantar la puerta de un calabozo, que era levadiza, y para el intento de aprisionar a nuestro divino Maestro la quitaron y la acomodaron con aquellas argollas y cerraduras, como candados, con llaves de golpe. Y con este modo de prisión, nunca oída, no quedaron satisfechos

ni seguros, porque luego sobre la pesada cadena le ataron dos sogas harto largas: la una echaron sobre la garganta de Cristo, y cruzándola por el pecho le rodearon el cuerpo, atándole con fuertes nudos, y dejaron dos extremos largos de la soga para que dos de los ministros o soldados fuesen tirando de ellos y arrastrando al Señor; la segunda soga sirvió para atarle los brazos, rodeándola también por la cintura, y dejaron pendientes otros dos cabos largos a las espaldas, donde llevaba las manos, para que otros dos tirasen de ellos.

Con esta forma de ataduras se dejó aprisionar y rendir el Santo, como si fuera el más facineroso de los hombres y el más flaco de los nacidos, porque había puesto sobre sí las iniquidades de todos nosotros. Atáronle en el Huerto, atormentándole, no sólo con las manos, con las sogas y cadenas, sino con las lenguas, porque como serpientes venenosas arrojaron la sacrílega ponzoña que tenían, con blasfemias, contumelias y nunca oídos oprobios. Partieron todos del monte Olivete con gran tumulto y vocerío, llevando en medio al Salvador del mundo, tirando unos de las sogas de delante y otros de las que llevaba a las espaldas, asidas de las muñecas; y con esta violencia, nunca imaginada, unas veces le hacían caminar aprisa, atropellándole otras le volvían atrás y le detenían; otras le arrastraban a un lado y a otro, adonde la fuerza diabólica los movía. Muchas veces le derribaban en tierra, y como llevaba las manos atadas daba en ella con su venerable rostro, lastimándose y recibiendo en él heridas y mucho polvo. En estas caídas arremetían a él, dándole de puntillazos y coses, atropellándole y pisándole, pasando sobre su persona, hollándole la cara y la cabeza, y celebrando estas injurias con algazara y mofa le hartaban de oprobios, como lo lloró antes Jeremías.

Llevándolo atado y maltratado, llegaron a casa del pontífice Anás, ante quien le presentaron como malhechor y digno de muerte. Era costumbre de los judíos presentar así atados a los delinquentes que merecían castigo capital, y aquellas prisiones eran como testigos del delito que merecía la muerte; y así le llevaban, como intimándole la sentencia antes que se la diese el juez. Salió el sacrílego sacerdote

Anás a una gran sala, donde se sentó en el estrado o tribunal que tenía, lleno de soberbia y arrogancia. Los ministros y soldados le presentaron a Jesús atado y preso, y le dijeron: "Ya, señor, traemos aquí este mal hombre, que con sus hechizos y maldades ha inquietado a toda Jerusalén y Judea, y esta vez no le ha valido su arte mágica para escaparse de nuestras manos y poder".

Luego que nuestro Salvador Jesús recibió en casa de Anás contumelias y bofetadas, le remitió este pontífice, atado y preso como estaba, al pontífice Caifás, que era su suegro, y aquel año hacía el oficio de príncipe y sumo sacerdote; y con él estaban congregados los escribas y señores del pueblo, para substanciar la causa del Cordero.

Partió de casa de Anás toda aquella canalla de ministros infernales y de hombres inhumanos, y llevaron por las calles a nuestro Salvador a casa de Caifás, tratándole con su implacable crueldad ignominiosamente. Y entrando con escandaloso tumulto en casa del sumo sacerdote, él y todo el concilio recibieron al Criador del universo con grande risa y mofa de verle sujeto y rendido a su poder y jurisdicción, de quien les parecía ya no se podría defender.

El pontífice Caifás estaba en su cátedra o silla sacerdotal encendido en mortal envidia y furor contra el Maestro de la vida. Y los escribas y fariseos estaban como sangrientos lobos con la presa del manso Corderillo; y todos juntos se alegraban, como lo hace el envidioso cuando ve deshecho y confundido a quien se le adelanta. Y de común acuerdo buscaron testigos que, sobornados, dijese algún falso testimonio contra Jesús. Lucifer movió la imaginación de Caifás para que con grande saña e imperio hiciese a Cristo aquella pregunta: Yo te conjuro por Dios vivo, que nos digas si tú eres Cristo.

Cristo, oyéndose conjurar por Dios vivo, le adoró y reverenció, aunque pronunciado por tan sacrílega lengua. Y en virtud de esta reverencia respondió, y dijo: Tú lo dijiste, y yo lo soy. Pero yo os aseguro' que desde ahora veréis al Hijo del Hombre, que soy yo, asentado a la diestra del mismo Dios, y que vendrá en las nubes del cielo.

El pontífice Caifás, indignado con la respuesta del Señor, que debía ser su verdadero desengaño, se levantó otra vez, y rompiendo sus vestiduras en testimonio de que celaba la honra de Dios, dijo a voces: Blasfemado ha, ¿qué necesidad hay de más testigos? ¿No habéis oído la blasfemia que ha dicho? ¿Qué os parece esto?

Todo aquel concilio de maldad se irritó contra el Salvador Jesús, y respondiendo a Caifás, dijeron en altas voces: Digno es de muerte; muera, muera. Y a un mismo tiempo irritados del demonio arremetieron contra el mansísimo Maestro, y descargaron sobre él su furor; unos le dieron de bofetadas, otros le hirieron con puntillazos, otros le mesaron los cabellos, otros le escupieron en su venerable rostro, otros le daban golpes o pescozones en el cuello, que era un linaje de afrenta vil con que los judíos trataban a los hombres que reputaban por muy viles.

Jamás entre los hombres se intentaron ignominias tan afrentosas y desmedidas como las que en esta ocasión se hicieron contra el Redentor del mundo. Dicen San Lucas y San Marcos que le cubrieron el rostro, y así cubierto le herían con bofetadas y pescozones, y le decían: "Profetiza ahora, profétizanos; pues eres profeta, di quién es el que te hirió. La causa de cubrirle el rostro fue misteriosa; porque del júbilo con que nuestro Salvador padecía aquellos oprobios y blasfemias (como luego diré) le redundó en su venerable rostro una hermosura y resplandor extraordinario, que a todos aquellos operarios de maldad los llenó de admiración y confusión muy penosa; y para disimularla, atribuyeron aquel resplandor a hechicería y arte mágica, y tomaron por arbitrio cubrir al Señor la cara con paño inmundado.

Con los oprobios que recibió Cristo nuestro bien en presencia de Caifás, quedó la envidia del ambicioso pontífice y la ira de sus coligados y ministros muy cansada, aunque no saciada. Pero como ya era pasada la media noche, determinaron los del concilio que mientras dormían quedase nuestro Salvador a buen recaudo, y seguro de que no huyese, hasta la mañana. Para esto le mandaron encerrar, atado como estaba, en un sótano que servía de calabozo para los mayores ladrones

y facinerosos de la república. Era esta cárcel tan oscura que casi no tenía luz, y tan inmundada y de mal olor, que pudiera infestar la casa, si no estuviera tan tapada y cubierta, porque había muchos años que no la habían limpiado ni purificado, así por estar muy profunda, como porque las veces que servía para encerrar tan malos hombres, no reparaban en meterlos en aquel horrible calabozo, como a gente indigna de toda piedad y bestias indómitas y fieras.

Ejecutóse lo que mandó el concilio de maldad: y los ministros llevaron y encarcelaron al Criador del cielo y de la tierra en aquel inmundo calabozo. Y como siempre estaba aprisionado en la forma que vino del huerto, pudieron estos obradores de la iniquidad continuar a su salvo la indignación que siempre el príncipe de las tinieblas les administraba, porque llevaron a Su Majestad tirándole de las sogas, Y casi arrastrándole con inhumano furor y cargándole de golpes y blasfemias execrables. En un ángulo de lo profundo de este sótano salía del suelo un escollo o punta de un peñasco tan duro, que por eso no le habían podido romper. En, esta peña, que era como un pedazo de columna, ataron y amarraron a Cristo nuestro bien con los extremos de las sogas, pero con un modo despiadado; porque dejándole en pie, le pusieron de manera que estuviese amarrado y juntamente inclinado el cuerpo, sin que pudiera estar sentado, ni tampoco levantado, derecho el cuerpo para aliviarse; de manera que la postura vino a ser nuevo tormento y en extremo penoso. Con esta forma de prisión le dejaron, y le cerraron las puertas con llave, entregándola a uno de aquellos pésimos ministros que cuidase de ella.

Pero el dragón infernal en su antigua soberbia no se seguía, y siempre deseaba saber quién era, Cristo; e irritando su inmutable paciencia, inventó otra nueva maldad. Puso en la imaginación del que tenía la llave del divino Preso y del mayor tesoro que posee el cielo y la tierra, que convidase a otros de sus amigos de semejantes costumbres que él, para que todos juntos bajasen al calabozo donde estaba el maestro a tener con él un rato de entretenimiento, obligándole a que hablase y profetizase o hiciese alguna cosa inaudita; porque tenían a

Su Majestad por mágico y adivino. Con esta diabólica sugestión convidó a otros soldados y ministros, y determinaron ejecutarlo.

Entraron, pues, en el calabozo aquellos ministros del pecado, solemnizando con blasfemia la fiesta que se prometían con las ilusiones y escarnios que determinaban ejecutar contra el Señor. Y llegando a él, comenzaron a escupirle asquerosamente y darle de bofetadas con increíble mofa. No respondió Su Majestad ni abrió su boca; no alzó sus soberanos ojos, guardando siempre humilde serenidad en su semblante. Deseaban aquellos ministros sacrílegos obligarle a que hablase o hiciese alguna acción ridícula o extraordinaria para tener más ocasión de celebrarle por hechicero y burlarse de él; y como vieron aquella mansedumbre inmutable, se dejaron irritar más de los demonios que asistían con ellos. Desataron al divino Maestro de la peña donde estaba amarrado, y le pusieron en medio del calabozo, vendándole los sagrados ojos con un paño; y puesto en medio de todos, le herían con puñadas, pescozones y bofetadas, uno a uno, cada cual a porfía, con mayor escarnio y blasfemia, mandándole que adivinase y dijese quién era el que le daba.

Callaba el Cordero a esta lluvia de oprobios. Y Lucifer, que estaba sediento de que hiciese algún movimiento contra la paciencia, se atormentaba de verla tan inmutable en Cristo; y con infernal consejo puso, en la imaginación de aquellos sus esclavos que le desnudasen de todas sus vestiduras y le tratasen con palabras y acciones fraguadas en el pecho de tan execrable demonio. No resistieron los soldados a esta sugestión, y quisieron ejecutarla. Este abominable sacrilegio estorbó María con oraciones, lágrimas y suspiros. Con este imperio sucedió que nada pudieron ejecutar aquellos sayones de cuanto el demonio y su malicia en esto les administraban, porque muchas cosas se les olvidaban luego; otras que deseaban no tenían fuerzas para ejecutarlas, porque quedaban como helados y pasmados los brazos hasta que retractaban su inicua determinación. Y en mudándola, volvían a su natural estado; porque aquel milagro no era entonces para castigarlos, sino para sólo impedir las acciones más indecentes.

Mandó también la Reina a los demonios que enmudeciesen y no incitasen a los ministros en aquellas maldades indecentes que Lucifer intentaba y quería proseguir. Fue orden de la divina Sabiduría cometer a la virtud de María santísima la defensa de la honestidad y decencia de su Hijo purísimo en aquellas cosas que no convenía ser ofendida del consejo de Lucifer.

CAPITULO XXVII

Amanece el viernes. - Murmuraciones del pueblo. - Incertidumbre de Pilatos. - Herodes - Sueño de Prócula.

El viernes por la mañana, al amanecer, se juntaron los más ancianos del gobierno con los príncipes de los sacerdotes y escribas, que por la doctrina de la ley eran más respetados del pueblo, para que de común acuerdo se substanciara la causa de Cristo y fuera condenado a muerte, como todos deseaban, dándole algún color de justicia para cumplir con el pueblo. Este concilio se hizo en casa del pontífice Cai-fás. Y para examinarle de nuevo mandaron que le subiesen del calabozo a la sala del concilio. Bajaron luego a traerle atado y preso aquellos ministros de justicia; y llegando a soltarle de aquel peñasco, le dijeron con gran risa y escarnio: "Ea, Jesús Nazareno, y qué poco te han valido tus milagros para defenderte. No fueran buenas ahora para escaparte aquellas artes con que decías que en tres días edificarías el templo." Desataron al Señor y subiéronle al concilio, sin que Su Majestad desplegara su boca. Pero de los tormentos, bofetadas y salivas de que, por tener atadas las manos, no se había podido limpiar, estaba tan desfigurado y flaco, que causó espanto, pero no compasión, a los del concilio.

Preguntáronle de nuevo que les dijese si él era Cristo, que quiere decir el ungido. Esta segunda pregunta fue con intención maliciosa, como las demás, no para oír la verdad y admitirla, sino para calumniarla y ponérsela por acusación. Respondióles, y dijo: Si yo afirmo que soy el que me preguntáis, no daréis crédito a lo que dijere; y si os preguntare algo, tampoco me responderéis ni me soltaréis. Pero digo que el Hijo del Hombre, después de esto, se asentará a la diestra de la virtud de Dios. Replicaron los pontífices: ¿Luego tú eres Hijo de Dios? Respondió el Señor: Vosotros decís que yo soy. Viendo que se ratificaba el Señor en lo que antes había confesado, respondieron todos:

¿Qué necesidad tenemos de más testigos, pues él mismo nos lo confiesa por su boca? Y luego, de común acuerdo, decretaron que, como digno de muerte, fuese llevado y presentado a Poncio Pilatos, que gobernaba la provincia de Judea en nombre del Emperador romano, como señor de Palestina en lo temporal.

Llevaron los ministros a nuestro Salvador Jesús de casa de Caifás a la de Pilatos para presentársele atado, como digno de muerte, con las cadenas y sogas que le prendieron. Estaba la ciudad de Jerusalén llena de gente de toda Palestina, que habla concurrido a celebrar la gran Pascua del cordero y de los Ázimos; y con el rumor que ya corría en el pueblo y la noticia que todos tenían del Maestro de la vida, concurrido innumerable multitud a verle llevar preso por las calles, dividiéndose todo el vulgo en varias opiniones. Unos a grandes voces decían: "Muera, muera este mal hombre y embustero, que tiene engañado al mundo." Otros respondían: "No parecían sus doctrinas tan malas ni sus obras, porque hacía muchas buenas a todos." Otros, de los que hablan creído, se afligían y lloraban, y toda la ciudad estaba confusa y alterada.

Era ya salido el sol cuando esto sucedía, y la dolorosa Madre, que todo lo miraba, determinó salir de su retiro para seguir a su Hijo santísimo a casa de Pilatos y acompañarle hasta la cruz.

Salió la Reina del cielo por las calles de Jerusalén acompañada de San Juan y otras mujeres santas, aunque no todas le asistieron siempre, fuera de las tres Marías y algunas otras muy piadosas.

Por donde pasaba oía varias razones y sentires de tan lastimoso caso, que unos a otros se decían, contando la novedad que había sucedido a Jesús Nazareno. Los más piadosos se lamentaban, y éstos eran los menos: otros decían cómo le querían crucificar; otros contaban dónde iban, y que le llevaban preso como a hombre facineroso; otros que iba, maltratado; otros preguntaban qué maldades había cometido, que tan cruel castigo le daban. Y, finalmente, muchos con admiración o con poca fe decían: "¿En esto han venido a parar sus milagros? Sin duda que todos eran embustes, pues no se ha sabido defender ni li-

brar." Y todas las calles y plazas estaban llenas de corrillos y murmuraciones. Algunos de los que encontraban a María por las calles la conocían por Madre de Jesús Nazareno, y movidos de natural compasión la decían: "¡Oh triste Madre! ¿Qué desdicha te ha sucedido?

¡Qué lastimado y herido de dolor estará tu corazón! Otros con impiedad la decían: "¿ Por qué le consentías que intentase tantas novedades en el pueblo? Mejor fuera haberle recogido y detenido; pero será escarmiento para otras madres, que aprendan en tu desdicha cómo han de enseñar a sus hijos."

Entre esta variedad y confusión de gentes encaminaron los santos ángeles a la Emperatriz del cielo a la vuelta de una calle, donde encontró a su Hijo, y con incomparable ternura se miraron Hijo y Madre; habláronse con los interiores traspasados de inefable dolor.

Quedó en el interior de nuestra Reina del cielo tan fija y estampada la imagen de su Hijo santísimo, así lastimado, afeado, encadenado y preso, que jamás en lo que vivió se le borraron de la imaginación aquellas especies, más que si las estuviera, mirando. Llegó Cristo nuestro bien a la casa de Pilatos, siguiéndole muchos del concilio de los judíos y gente innumerable de todo el pueblo. Y presentándole al juez, se quedaron los judíos fuera del pretorio o tribunal, fingiéndose muy religiosos, por no quedar irregulares e inmundos para celebrar la Pascua de los panes ceremoniales. Y como hipócritas estultísimos, no reparaban en el inmundo sacrilegio que les contaminaba las almas homicidas del Inocente. Pilatos, aunque gentil, condescendió con la ceremonia de los judíos, y viendo que reparaban en entrar en su pretorio, salió fuera. Y conforme al estilo de los romanos, les preguntó: ¿Qué acusación es la que tenéis contra este hombre? Respondieron los judíos: :Si no fuera malhechor, no le trajéramos así atado y preso como te le entregamos. Con todo eso, les replicó Pilatos: "Pues ¿qué delitos son los que ha cometido? - Está convencido, respondieron los judíos, que inquieta a la república, y se quiere hacer nuestro rey, y prohíbe que se le paguen al César los tributos; se hace Hijo de Dios, y ha predicado nueva doctrina, comenzando de Galilea y prosiguiendo

por toda Judea hasta Jerusalén. - Pues tomadle allá vosotros, dijo Pilatos, y juzgadle conforme a vuestras leyes; que yo no hallo causa justa para juzgarle." Replicaron los judíos: "A nosotros no se nos permite condenar a alguno con pena de muerte, ni tampoco dársela."

A todas estas y otras demandas y respuestas estaba presente María Santísima con San Juan y las mujeres que la seguían. Y cubierta con su manto, lloraba sangre en vez de, lágrimas con la fuerza del dolor que dividía su virginal corazón.

Deseaba la indignación de los judíos hallar a Pilatos muy propicio, para que luego pronunciara la sentencia de, muerte contra el Salvador, Jesús; y como reconocieron que reparaba tanto en ello, comenzaron a levantar las voces con ferocidad, acusándole y repitiendo que se quería alzar con el reino de Judea, y para esto engañaba y conmovía los pueblos, Y se llamaba Cristo, que quiere decir ungido rey. Esta maliciosa acusación propusieron a Pilatos, porque se moviese más con el celo del reino temporal, que debía conservar debajo del Imperio romano. Y porque entre los judíos eran-los reyes ungidos, por eso añadieron que Jesús se llamaba Cristo, que es ungido como rey; y porque Pilatos, como gentil, cuyos reyes no se ungían, entendiase que llamarse Cristo era lo mismo que llamarse rey ungido de los judíos. Preguntóle Pilatos al Señor: "¿Qué respondes a estas acusaciones que te oponen?" No respondió Su Majestad palabra en presencia de los acusadores; y se admiró Pilatos de ver tal silencio y paciencia. Pero deseando examinar más si era verdaderamente rey, se retiró el mismo juez con el Señor adentro del pretorio, desviándose de la vocería de los judíos. Y allí a solas le preguntó Pilatos: "Dime, ¿eres tú Rey de los judíos?" No pudo pensar Pilatos que Cristo era rey de hecho; pues conocía que no reinaba, y así lo preguntaba para saber si era rey del derecho y si le tenía al reino. Respondióle nuestro Salvador: Esto que me preguntas ¿ha salido de ti mismo, o te lo ha dicho alguno hablándote de mí? Replicó Pilatos: "¿Yo acaso soy judío para saberlo? Tu gente y tus pontífices te han entregado a mi tribunal: dime lo que has hecho y qué hay en esto." Entonces respondió el Señor: Mi reino no es de este

mundo; porque si lo fuera, cierto que mis vasallos me defendieran, para que, no fuera entregado a los judíos; mas ahora no tengo aquí mi reino. Creyó el juez en parte esta respuesta del Señor, y así le replicó: "¿Luego tú rey eres, pues tienes reino?" No lo negó Cristo, y añadió, diciendo: Tú dices que yo soy rey; y para dar testimonio de la verdad nací yo en el mundo; y todos los que son nacidos de la verdad oyen mis palabras. Admiróse Pilatos de esta respuesta del Señor, y volvióse a preguntar: "¿Qué cosa es la verdad?" Y sin aguardar más respuesta salió otra vez del pretorio, y dijo a los judíos: "Yo no hallo culpa en este hombre para condenarle. Ya sabéis que tenéis costumbre de que por la fiesta de Pascua dais libertad a un preso; decidme si gustáis que sea Jesús o Barrabás que era un ladrón y homicida que a la sazón tenían en la cárcel por haber muerto a otro en una pendencia. Levantaron todos la voz, y dijeron: "A Barrabás pedimos que sueltes, y a Jesús que crucifiques." En esta petición se ratificaron, hasta que se ejecutó como lo pedían.

Una de las acusaciones que los judíos y sus pontífices presentaron a Pilatos contra Jesús fue que había predicado, comenzando de la provincia de Galilea a conmover el pueblo. De aquí tomó ocasión Pilatos para preguntar si Cristo nuestro Señor era Galileo.

Hallábase en aquella ocasión Herodes en Jerusalén celebrando la Pascua de los judíos. Este era hijo de otro rey, Herodes, que antes había degollado a los inocentes. Pilatos estaba encontrado con Herodes, porque los dos gobernaban las dos principales provincias de Palestina, Judea y Galilea, y poco tiempo antes había sucedido que Pilatos, celando el dominio del Imperio romano, había degollado a unos galileos cuando hacían ciertos sacrificios mezclando la sangre de los reos con la de los sacrificios.

Cuando Herodes tuvo aviso que Pilatos le remitía a Jesús Nazareno, alegróse grandemente. Sabía era muy amigo de Juan, a quien él había mandado degollar, y estaba informado de la predicación que hacía; y con estulta y vana curiosidad deseaba que en su presencia

obrase alguna cosa extraordinaria y nueva de qué admirarse y hablar con entretenimiento.

Indignóse Herodes con el silencio y mansedumbre de nuestro Salvador, que frustraban su vana curiosidad; y casi confuso el inicuo juez, lo disimuló, burlándose del Maestro; y despreciándolo con todo su ejército, le mandó remitir otra vez a Pilatos. Y habiéndose reído con mucho escarnio de la modestia del Señor, todos los criados de Herodes, para tratarle como a loco y menguado de juicio, le vistieron una ropa blanca con que señalaban a los que perdían el seso, para que todos huyesen de ellos. Pero en nuestro Salvador esta vestidura fue símbolo y testimonio de su inocencia y pureza.

A los oprobios y acusaciones que hicieron los sacerdotes contra el Autor de la vida en presencia de Herodes, y a las preguntas que él mismo le propuso, no estuvo presente corporalmente su afligida Madre, aunque todas las vio por otro modo de visión interior; porque estaba fuera del tribunal donde entraron al Señor. Mas cuando salió fuera de la sala donde le habían tenido, topó con ella, y se miraron con íntimo dolor y recíproca compasión, correspondiente al amor de tal Hijo y de tal Madre. Y fue nuevo instrumento para dividirle el corazón aquella vestidura blanca que le habían puesto, tratándole como a hombre insensato y sin juicio. En este camino de Herodes a Pilatos sucedió que con la multitud del pueblo, y con la priesa que aquellos ministros llevaban al Señor, atropellándole y derribándole algunas veces en el suelo y tirando con suma crueldad de las sogas, le hicieron reventar la sangre de sus, sagradas venas, y como no se podía levantar por llevar atadas las manos, ni el tropel de la gente se podía ni quería detener, daban sobre su Divina Majestad, y le hollaban y pisaban, y le herían con muchos golpes y puntillazos, causando gran risa a los soldados, en vez de la natural compasión de que por industria del demonio estaban totalmente desnudos como si no fueran hombres. A la vista de tan desmedida crueldad creció la compasión y sentimiento de la dolorosa y amorosa Madre.

Llegó nuestro Salvador Jesús segunda vez a casa de Pilatos, y de nuevo le comenzaron a pedir los judíos que le condenasen a muerte de cruz. Pilatos, que conocía la inocencia de Cristo y la mortal envidia de los judíos, sintió mucho que le restituyese Herodes la causa de que él deseaba eximirse. Estando Pilatos con estas altercaciones de los judíos, sucedió que sabiéndolo su mujer, que se llamaba Prócula, le envió un recado diciéndole: "¿Qué tienes tú que ver con ese hombre justo? Déjale; porque te hago saber que por su causa he tenido hoy algunas visiones."

Con esta visión recibió Prócula grande espanto y temor; y cuando entendió lo que pasaba entre los judíos y su marido Pilatos, le envió el recado que dice San Mateo, para que no se metiese en condenar a muerte al que miraba y tenía por justo. Entonces insistió tercera vez con los judíos defendiendo a Cristo Nuestro Señor como inculpable, y testificando que no hallaba en él crimen alguno ni causa de muerte, que le castigarla y soltaría. Y de hecho le castigó, para ver si con esto quedarían satisfechos. Pero los judíos, dando voces, respondieron que le crucificase. Entonces Pilatos pidió que le trajesen agua, y mandó soltar a Barrabás como lo pedían. Lavóse las manos en presencia de todos, diciendo: "Yo no tengo parte en la muerte de este hombre justo al que vosotros condenáis."

CAPITULO XXVIII

La flagelación. - Cristo sentenciado a muerte de cruz.

Conociendo Pilatos la porfiada indignación de los judíos contra Jesús Nazareno, y deseando no condenarle a muerte, porque le conocía inocente, le pareció que, mandándole azotar con rigor, aplacaría el furor de aquel ingratisimo pueblo y la envidia de los pontífices y escribas, para que dejasen de perseguirle y pedir su muerte.

Pilatos estaba entre la luz de la verdad que conocía y entre los motivos humanos y terrenos que le gobernaban, y siguiendo el error que ellos administran a los que gobiernan, mandó azotar con rigor al mismo que protestaba hallarle sin culpa. Para ejecutar este acto tan injusto, fueron señalados seis ministros de justicia o sayones robustos y de mayores fuerzas, que, como hombres viles, réprobos y sin piedad, admitieron muy gustosos el oficio de verdugos; porque el airado y envidioso siempre se deleita en ejecutar su furor, aunque sea con acciones inhonestas, crueles y feas. Luego estos ministros del demonio, con otros muchos, llevaron a nuestro Salvador Jesús al lugar de aquel suplicio, que era un patio o zaguán de; la casa donde solían dar tormento a otros delinquentes para que confesaran sus delitos. Este patio era de un edificio no muy alto y rodeado de columnas, que, unas estaban cubiertas con el edificio que sustentaban, y otras descubiertas y más bajas. A una columna de éstas, que era de mármol, le ataron fuertemente; porque siempre le juzgaban por mágico, y temían no se les fuese de entre las manos.

Desnudaron a Cristo nuestro Redentor primero la vestidura blanca, no con menor ignominia que en casa del adúltero homicida Herodes se la habían vestido. Y para desatarle las sogas y cadenas que debajo tenía desde la prisión del huerto, le maltrataron impiamente, rompiéndole las llagas que las mismas prisiones por estar tan apretadas le habían abierto en los brazos y muñecas. Y dejándole sueltas las

manos divinas, le mandaron con ignominioso imperio y blasfemia que el mismo Señor se despojase de la túnica inconsútil que iba vestido. Esta era la misma en número que su Madre Santísima le había vestido en Egipto, cuando al dulcísimo Jesús niño le puso en pie. Sola esta túnica tenía entonces el Señor, porque en el huerto, cuando le prendieron, le quitaron un manto o capa que solía traer sobre la túnica. Obedeció el Hijo del Eterno Padre a los verdugos, y comenzó a desnudarse, para quedar en presencia de tanta gente con la afrenta de la desnudez de su sagrado y honestísimo cuerpo. Y los ministros de aquella crueldad, pareciéndoles que la modestia del Señor tardaba mucho a despojarse, le asieron de la túnica con violencia, para desnudarle muy aprisa, y como dicen, a rodapelo. Quedó Su Majestad totalmente desnudo, salvo unos paños de honestidad que traía debajo la túnica, que también eran los mismos que su Madre Santísima le vistió en Egipto con la tunicela; porque todo había crecido con el sagrado cuerpo, sin habérselos desnudado, ni esta ropa ni el calzado que la misma Señora le puso, salvo en la predicación, que muchas veces andaba el pie por tierra.

Algunos Doctores entiendo que han dicho o meditado que a nuestro Salvador Jesús en esta ocasión de los azotes, y para ser crucificado, le desnudaron del todo, permitiendo Su Majestad aquella confusión para mayor tormento de su persona. Pero habiendo inquirido la verdad, con nuevo orden de la obediencia, se me ha declarado que la paciencia del Divino Maestro estuvo aparejada para padecer todo lo que fuera decente y sin resistencia a ningún oprobio. Y que los verdugos intentaron este agravio de la total desnudez ,de su cuerpo santísimo, y llegaron a querer despojarle de aquellos paños de honestidad con que sólo había quedado. Pero no lo pudieron conseguir; porque en llegando a tocarlos, se les quedaban los brazos yertos y helados, como sucedió en casa de Caifás, cuando pretendieron desnudar al Señor del cielo. Y aunque todos los seis verdugos llegaron a probar sus fuerzas en esta injuria, les sucedió lo mismo; no obstante que después, para azotar al Señor con más crueldad, estos ministros del pecado le le-

vantaron algo los paños de la honestidad; y a esto dio lugar Su Majestad, mas no a que le despojasen del todo y se los quitasen.

En esta forma quedó Su Majestad desnudo en presencia de mucha gente, y los seis verdugos le ataron cruelmente a una columna de aquel edificio para castigarle más a su salvo. Luego, por su orden, de dos en dos le azotaron con crueldad tan inaudita, que no pudo caer en condición humana, si el mismo Lucifer no se hubiera revestido en el impío corazón de aquellos sus ministros. Los dos primeros azotaron al Señor con unos ramales de cordeles muy retorcidos, endurecidos y gruesos, estrenando en este sacrilegio todo el furor de su indignación y las fuerzas de sus potencias corporales. Con estos primeros azotes levantaron en el cuerpo deificado de nuestro Salvador grandes cardenales y verdugos, de que le cuajaron todo, quedando entumecido y desfigurado, y por todas partes para reventar la preciosísima sangre por las heridas. Pero cansados estos sayones, entraron de nuevo a porfía los otros dos segundos; y con los segundos ramales de correas como riendas durísimas le azotaron sobre las primeras heridas, rompiendo todas las ronchas y cardenales que los primeros habían hecho, y derramando la sangre divina, que no sólo bañó todo el sagrado cuerpo de Jesús nuestro Salvador, sino que salpicó y cubrió las vestiduras de los ministros, sacrílegos que le atormentaban, y corrió hasta la tierra. Con esto se retiraron los segundos verdugos, y comenzaron los terceros, sirviéndoles de nuevos instrumentos unos ramales de nervios de animales, casi duros como mimbres ya secos. Estos azotaron al Señor con mayor crueldad, no sólo porque ya no herían a su virginal cuerpo, sino a las mismas heridas que los primeros habían dejado; y también porque de nuevo fueron ocultamente irritados por los demonios, que de la paciencia de Cristo, estaban más enfurecidos.

Y como en el sagrado cuerpo estaban ya rotas las venas, y todo él era una llaga continuada, no hallaron estos terceros verdugos parte sana en que abrirlas de nuevo. Y repitiendo los inhumanos golpes rompieron las inmaculadas y virgíneas carnes de Cristo, derribando al suelo muchos pedazos de ella, y descubriendo los huesos en muchas

partes de las espaldas, donde se manifestaban patentes y rubricados con la sangre; y en algunas se descubrían más espacio del hueso que una palma de la mano. Y para borrar del todo aquella hermosura que excedía a todos los hijos de los hombres, le azotaron en su divino rostro, en los pies y en las manos, sin dejar lugar que no hiriesen, donde pudieron extender su furor y alcanzar la indignación que contra el inocentísimo Cordero habían concebido. Corrió su divina sangre por el suelo, resbalándose en muchas partes con abundancia. Y estos golpes que le dieron en pies, manos y en el rostro, fueron de incomparable dolor, por ser estas partes más nerviosas, sensibles y delicadas. Quedó aquella venerable cara entumecida y llagada, hasta cegarle los ojos con la sangre y cardenales que en ella hicieron. Sobre todo esto le llenaron de salivas inmundísimas, que a un mismo tiempo le arrojaron, hartándole de oprobios. El número ajustado de los azotes que dieron al Salvador fueron cinco mil ciento quince, desde las plantas de los pies hasta la cabeza.

Ejecutada la sentencia de los azotes, los mismos verdugos con imperioso desacato desataron a nuestro Salvador de la columna, y renovando las blasfemias le mandaron se vistiese luego su túnica que le habían quitado. Vistióse nuestro Salvador, habiendo padecido sobre sus llagas el nuevo dolor que le causaba el frío, y Su Majestad había estado desnudo grande rato; con que la sangre de las heridas se le había helado, y comprimía las llagas, que estaban entumecidas y más dolorosas.

Llevaron luego a Jesús al pretorio, donde le desnudaron con la misma crueldad y desacato, y le vistieron una ropa de púrpura muy lacerada y manchada, como vestidura de rey fingido, para irrisión de todos.

Pusiéronle también en su sagrada cabeza un seto de espinas muy tejido, que le, sirviese de corona. Era este seto de juncos espinosos, con puntas muy aceradas y fuertes; y se le apretaban, de manera, que muchas le penetraron hasta el casco, algunas hasta los oídos, y otras hasta los ojos. Y por esto fue uno de los mayores tormentos el que

padeció Su Majestad con la corona de espinas. En vez de cetro real le pusieron en la mano derecha una caña contenible. Y sobre todo esto le arrojaron sobre los hombros un manto de color morado, al modo de capas que se usan en la Iglesia; porque también este vestido pertenecía al adorno de la dignidad y persona de los reyes.

Con toda esta ignominia Armaron rey de burlas los pérfidos judíos al que por naturaleza y por todos títulos era verdadero Rey de los reyes y Señor de los señores. Juntáronse luego todos los de la milicia en presencia de los pontífices y fariseos, y cogiendo en medio a nuestro Salvador, con desmedida irrisión y mofa, le llenaron de blasfemia; porque unos le hincaban las rodillas, y con burla le decían: "Dios te salve, Rey de los judíos". Otros le daban de bofetadas; otros, con la misma caña que tenía en sus manos herían su divina cabeza, dejándola lastimada; otros le arrojaban inmundísimas salivas; y todos le injuriaban y despreciaban con diferentes contumelias, administradas del demonio por medio de su furor diabólico.

Decretó Pilatos la sentencia de muerte de cruz contra la misma vida, a satisfacción y gusto de los pontífices y fariseos. Y habiéndola intimado y notificado al inocentísimo reo, retiraron a Su Majestad a otro lugar en la casa del juez, donde le desnudaron la púrpura ignominiosa que le habían puesto como a rey de burlas y fingido. Todo fue con misterio de parte del Señor; aunque de parte de los judíos fue acuerdo de su malicia, para que fuese llevado al suplicio de la cruz con sus propias vestiduras, y por ellas le conociesen todos, porque de los azotes, salivas y corona estaba tan desfigurado su divino rostro, que sólo por el vestido pudo ser conocido del pueblo. Vistiéronle la túnica inconsútil, que los ángeles con orden de su Reina administraron, trayéndola ocultamente de un rincón, adonde los ministros la habían arrojado en otro aposento en que se la quitaron, cuando le pusieron las púrpura de irrisión y escándalo.

Era viernes, día de Parásceve, que en griego significa lo mismo que preparación o disposición, porque aquel día se prevenían y disponían los hebreos para el siguiente del sábado, que era su gran solem-

nidad, y en ella no hacían obras serviles, ni para prevenir la comida, y todo se hacía el viernes. A vista de todo este pueblo sacaron a nuestro Salvador con sus propias vestiduras, tan desfigurado y encubierto su divino rostro en las llagas, sangre y salivas, que nadie le reputara por el mismo que antes había visto y conocido.

Apareció, como dijo Isaías, como leproso y herido del Señor; porque la sangre seca y los cardenales le habían transfigurado en una llaga. De las inmundas salivas le habían limpiado algunas veces los santos ángeles, por mandárselo la afligida Madre; pero luego las volvían a repetir y renovar con tanto exceso, que en esta ocasión apareció todo cubierto de aquellas asquerosas inmundicias. A la vista de tan doloroso espectáculo se levantó en el pueblo una tan confusa gritería y alboroto, que nada se entendía ni oía más del bullicio y eco de las voces. Mas entre todas resonaban las de los pontífices y fariseos, que con descompuesta alegría y escarnio hablaban con la gente para que se quietasen, y despejasen la calle por donde habían de sacar al divino sentenciado, y para que oyeran su capital sentencia.

TENOR DE LA SENTENCIA DE MUERTE QUE DIO PILATOS CONTRA JESUS NAZARENO

Yo Poncio Pilatos, presidente en la inferior Galilea, aquí en Jerusalén regente del Imperio romano, dentro del palacio de archipresidencia, juzgo, sentencio y pronuncio que condeno a muerte a Jesús, llamado de la plebe Nazareno, y de, patria Galileo, hombre sedicioso, contrario de la ley de nuestro, Senado y del grande emperador Tiberio César. Y por la dicha mi sentencia determino que su muerte sea en cruz, fijado con clavos a usanza de reos; porque aquí, juntando y congregando cada día muchos hombres pobres y ricos, no ha cesado de remover tumultos por toda Judea, haciéndose Hijo de Dios y Rey de Israel, con amenazarles la ruina de esta tan insigne ciudad de Jerusalén y su templo, y del sacro Imperio, negando el tributo al César, y por haber tenido atrevimiento de entrar con ramos y triunfo con gran parte de la plebe dentro de la misma ciudad de Jerusalén y en el sacro templo de Salomón.

Mando al primer centurión, llamado Quinto Cornelio, que le lleve por la dicha ciudad de, Jerusalén a la vergüenza, ligado así como esta, azotado por mi mandamiento. Y séanle puestas sus vestiduras para que sea conocido de todos, y la propia cruz en que ha de ser crucificado. Vaya en medio de los otros dos ladrones por todas las calles públicas, que asimismo están condenados a muerto por hurtos y homicidios que han cometido, para, que de esta manera sea ejemplo de todas las gentes y malhechores.

Quiero asimismo y mando por esta mi sentencia, que después de haber así traído por las calles públicas a este malhechor, le saquen de la ciudad por la puerta Pagora, la que ahora es, llamada Antoniana, y con voz de pregonero que diga todas estas culpas en esta mi sentencia expresadas, le, lleven al monte que se dice Calvario, donde se acostumbra a ejecutar y hacer la justicia de los malhechores facinerosos, y allí fijado y crucificado en la misma cruz que llevare (como arriba se

dijo), quede su cuerpo colgado entre los dichos dos ladrones. Y sobre la cruz, que es en lo más alto de ella, le sea puesto el título de su nombre en las tres lenguas que ahora más se usan; conviene a saber: hebrea, griega y latina, y que en todas ellas y cada una diga: ESTE ES JESUS NAZARENO, REY DE LOS JUDÍOS, para que todos lo entiendan y sea conocido de todos.

Asimismo mando, so pena de perdición de bienes y de la vida y de rebelión al Imperio romano, que ninguno, de cualquiera estado y condición que sea, se atreva temerariamente a impedir la dicha justicia por mí mandada hacer, pronunciada, administrada y ejecutada con todo rigor, según los decretos y leyes romanas y hebreas.

Año de la creación del mundo cinco mil doscientos treinta y tres, día veinticinco de marzo.

Pontius Pilatus Judex et Gubernator Galileae inferioris pro Romano Imperio qui supra propria manu.

CAPITULO XXIX

*El camino del Calvario. Encuentro de la Madre y el Hijo.
El Cirineo. -Hiel por bebida. - Crucifixión. - La cruz enarbolada. -El
buen ladrón. - Consummatum est.*

Leída la sentencia de Pilatos contra nuestro Salvador, que dejó referida, con alta voz en presencia de todo el pueblo, los ministros cargaron sobre los delicados y llagados hombros de Jesús la pesada cruz en que había de ser crucificado. Y para que la llevase le desataron las manos con que la tuviese, pero no el cuerpo, para que pudiesen ellos llevarle asido tirando de las sogas con que estaba ceñido; y para mayor crueldad le dieron con ellas a la garganta dos vueltas. Era la cruz, de quince pies en largo, gruesa y de madera muy pesada. Comenzó el pregón de la sentencia, y toda aquella multitud confusa y turbulenta de pueblo, ministros y soldados, con gran estrépito y vocería se movió con una, desconcertada procesión, para encaminarse por las calles de Jerusalén desde el palacio de Pilatos para el monte Calvario. Los ministros de la justicia, como desnudos de toda humana compasión y piedad, llevaban a nuestro Salvador con increíble crueldad y desacato. Tiraban unos de las sogas adelante para que apresurase el paso; otros para atormentarle tiraban atrás para detenerle. Y con estas violencias Y el grave peso de la cruz le obligaban y compelián a dar muchos vaivenes y caídas en el suelo. Y con los golpes que recibía de las piedras se le abrieron llagas, en particular dos en las rodillas, renovándosele todas las veces que repetía las caídas. Y el peso de la cruz le abrió de nuevo otra llaga en el hombro que se la cargaron. Y con los vaivenes, unas veces topaba la cruz contra la sagrada cabeza, y otras la cabeza contra la cruz, y las espinas de la corona le penetraban de nuevo con el golpe que recibía, profundándose más en lo que no estaba herido de la carne.

Entre la multitud de la gente partió la dolorosa y lastimada Madre de casa de Pilatos en seguimiento de su Hijo, acompañada de San Juan, de la Magdalena y las otras Marías. Y como el tropel de la confusa multitud los embarazaba para llegarse más cerca, pidió la Reina al eterno Padre le concediese estar al pie de la cruz en compañía de su Hijo, de manera que pudiese verle corporalmente; y ordenó también a los santos ángeles que dispusiesen ellos cómo aquello se ejecutase. Obedecieronlá los ángeles, y con toda presteza encaminaron a su Reina y Señora por el atajo de una calle, por donde salieron al encuentro de su Hijo, y se vieron cara a cara Hijo y Madre, reconociéndose entrambos, y renovándose recíprocamente el dolor de lo que cada uno padecía; pero no se hablaron vocalmente, ni la fiereza de los ministros diera lugar para hacerlo. Mas la Madre adoró a su Hijo, afligido con el peso de la cruz; y con la voz interior le pidió, que pues ella no podía descansarle de la carga de la cruz, ni tampoco permitía que los ángeles lo hicieranse dignase su Potencia de poner en el corazón de aquellos ministros le diesen alguno que le ayudase a llevarla. Esta petición admitió Cristo, y de ella resultó el conducir a Simón Cirineo para que llevase la cruz con el Señor. Porque los fariseos y ministros se movieron para esto, unos de alguna natural humanidad., otros de temor que no acabase Cristo nuestro Señor la vida antes de llegar a quitársela en la misma cruz, porque iba muy desfallecido. A todo humano encarecimiento y discurso excede el dolor que la Madre Virgen sintió en este viaje del monte Calvario.

Seguían asimismo al Señor (como dice el evangelista San Lucas) con la turba de la gente popular otras muchas mujeres que se lamentaban y lloraban amargamente. Llegó en esta ocasión Simón Cirineo (llamado así porque era natural de Cireneo, ciudad de Libia, y venía a Jerusalén), que era padre de dos discípulos del Señor, llamados Alejandro y Rufo. A este Simón obligaron los judíos a que llevase la cruz parte del camino, sin tocarla ellos; porque se afrentaban de llegara ella, como instrumento del castigo de un hombre a quien justificaban por malhechor insigne. Esto pretendían que todo el pueblo entendiese

con aquellas ceremonias y cautelas. Tomó la cruz el Cirineo, y fue siguiendo a Jesús, que iba entre los dos ladrones para que todos creyesen era malhechor y facineroso como ellos. Iba la Madre de Jesús muy cerca, como lo había deseado y pedido al eterno Padre.

Llegó nuestro salvador, verdadero y nuevo Isaac, Hijo del Eterno Padre, al monte del sacrificio. Era el monte Calvario lugar inmundo y despreciado, como destinado para el castigo de los facinerosos y condenados, de cuyos cuerpos recibía mal olor y mayor ignominia. Llegó tan fatigado nuestro Jesús, que parece a todo transformado en llagas y dolores, cruentado, herido y desfigurado. Llegó también la dolorosa Madre llena de amargura a lo alto del Calvario muy cerca de su Hijo corporalmente; mas en el espíritu y dolores estaba como fuera de sí, porque se transformaba toda en su amado y en lo que padecía. Estaban con ella San Juan y las tres Marías; porque para esta sola y santa compañía, había pedido y alcanzado este gran favor de hallarse tan vecinos y presentes al Salvador y su cruz. La Madre conoció que los impíos ministros de la pasión intentaban dar al Señor la bebida del vino mirrado con hiel, Para añadir este nuevo tormento a nuestro Salvador, tomaron ocasión los judíos de la costumbre que tenían de dar a los condenados a muerte una bebida de vino fuerte y aromático, con que se confortasen los espíritus vitales, para tolerar con más esfuerzo los tormentos del suplicio, derivando esta piedad de lo que Salomón dejó escrito en los Proverbios: "Tales sidra a los que están tristes, y el vino a los que padecen amargura del, corazón". Esta bebida, que en los demás justiciados podía ser algún socorro y alivio, pretendió la pérfida crueldad de los impíos judíos conmutar en mayor pena con nuestro Salvador, dándosela amarguísima y mezclada con hiel, y que no tuviese en él otros efectos más que el tormento de la amargura. Conoció la divina Madre esta inhumanidad, y con maternal compasión y lágrimas oró al Señor, pidiéndole no la bebiese. Y Su Majestad, condescendiendo con la petición de su Madre, gustóla poción amarga y no la bebió.

Era ya la hora de sexta, que corresponde a la de mediodía, y los ministros de justicia, para crucificar desnudo al Salvador, le despojaron de la túnica inconsútil y vestiduras. Y como la túnica era cerrada y larga, desnudáronse, para sacarla por la cabeza, sin quitarle la corona de espinas; y con la violencia que hicieron arrancaron la corona con la misma túnica con desmedida crueldad; porque le rasgaron de nuevo las heridas de su sagrada cabeza, y en algunas se quedaron las puntas de las espinas, que con ser tan duras y aceradas se rompieron con la fuerza que los verdugos arrebataron la túnica, llevando tras de sí la corona: la cual volvieron a fijar en la cabeza con impía crueldad, abriendo llagas sobre llagas. Renovaron junto con esto las de todo su cuerpo santísimo; porque en ellas estaba ya pegada la túnica, y el despegarla fue, como dice David, añadir de nuevo sobre el dolor de sus heridas. Cuatro veces desnudaron y vistieron en su pasión a nuestro Señor. La primera, para azotarle en la columna; la segunda, para ponerle la púrpura afrentosa; la tercera, cuando se la quitaron y le volvieron a vestir de su túnica; la cuarta fue ésta del Calvario, para no volverle a vestir; y en ésta fue más atormentado, porque las heridas fueron más, y su humanidad santísima estaba debilitada, y en el monte Calvario más desabrigado y ofendido del viento; que también tuvo licencia este elemento para afligirle en su muerte la destemplanza de frío.

A todas estas penas se añadía el dolor de estar desnudo en presencia de su Madre, de las devotas mujeres que le acompañaban y de la multitud de gente que allí estaba. Sólo reservó su poder los paños interiores que su Madre Santísima le había puesto debajo la túnica en Egipto; porque ni cuando le azotaron se los pudieron quitar los verdugos, ni tampoco se los desnudaron para crucificarle, y así fue con ellos al sepulcro; y esto se me ha manifestado muchas veces. No obstante que para morir Cristo en suma pobreza, y sin llevar ni tener consigo cosa alguna de cuantas era Criador y verdadero Señor, por su voluntad muriera totalmente desnudo y sin aquellos paños, si no interviniera la voluntad y petición de su Madre, que fue la que así lo pidió, y lo con-

cedió nuestro Señor; porque satisfacía con este género de obediencia de hijo a la suma pobreza en que deseaba morir. Estaba la santa cruz tendida en tierra, y los verdugos prevenían lo demás necesario para crucificarle, como a los otros dos que juntamente habían de morir.

Para señalar los barrenos de los clavos en la cruz, mandaron los verdugos con imperiosa soberbia al Criador del universo (¡oh temeridad formidable!) que se tendiese en ella, y el Maestro de la humildad obedeció sin resistencia. Pero ellos con inhumano y cruel instinto señalaron los agujeros, no iguales al sagrado cuerpo, sino más largos, para lo que después hicieron. Esta nueva impiedad conoció la Madre, y fue una de las mayores aflicciones que padeció su corazón en toda la pasión; porque penetró los intentos depravados de aquellos ministros del pecado, y previno el tormento que su Hijo había de padecer para clavarle en la cruz. Pero no lo pudo remediar; porque el mismo Señor quería padecer también aquel trabajo por los hombres. Y cuando se levantó Su Majestad para que barrenasen la cruz, acudió la gran Señora, y le tuvo de un brazo y le, besó la mano. Dieron lugar a esto los verdugos, porque juzgaron que a la vista de su Madre se afligiría más el Señor; y ningún dolor que le pudieran dar le perdonaron. Pero no entendieron el misterio; porque no tuvo Su Majestad en su pasión otra causa de mayor consuelo como ver a su Madre, y la hermosura, de su alma, y en ella el retrato de sí mismo ,y el entero logro del fruto de su pasión y muerte; Y este gozo en algún modo confortó a Cristo en aquella hora.

Formados en la santa cruz los tres barrenos, mandaron los verdugos a Cristo Señor nuestro segunda vez que se tendiese sobre ella para clavarle. Y como artífice de la paciencia, obedeció y se puso en la cruz, extendiendo los brazos sobre el infeliz madero a la voluntad de los ministros de su muerte. Estaba Su Majestad tan desfallecido, desfigurado Y exangüe, que si en la impiedad ferocísima de aquellos hombres tuvieran algún lugar la natural razón y humanidad, no era posible que la crueldad hallara objeto en qué obrar entre la manse dumbre, humildad, llagas y dolores del inocente. Luego cogió la mano

de Jesús uno de los verdugos, y asentándola sobre el agujero de la cruz, otro verdugo la clavó en él, penetrando a martilladas la palma del Señor con un clavo esquinado y grueso, Rompiéronse con él las venas y los nervios, y se desconcertaron los huesos de aquella mano sagrada que fabricó los cielos y cuanto tiene ser. Para clavarle la otra mano no alcanzaba el brazo al agujero; porque los nervios se le habían encogido, y de malicia le habían alargado el barreno, como arriba se dijo; y para remediar esta falta tomaron la misma cadena con que el Señor había estado preso desde el huerto, y argollándole la muñeca con el un extremo donde tenía una argolla como esposas, tiraron con inaudita crueldad del otro extremo, y ajustaron la mano con el barreno, y la clavaron con otro clavo. Pasaron a los pies, y puesto el uno sobre el otro, amarrándolos con la misma cadena y tirando de ella con gran fuerza y crueldad, los clavaron juntos con el tercer clavo, algo más fuerte que los otros. Quedó aquel sagrado cuerpo, en quien estaba unida la divinidad, clavado y fijo en la cruz, y aquella fábrica de sus miembros deificados, y formados por el Espíritu Santo, tan disuelta y desencuadrada, que se le pudieron contar los huesos, porque todos quedaron dislocados y señalados, fuera de su lugar natural. Desencajáronle los del pecho, de los hombros y espaldas, y todos se movieron de su lugar, cediendo a la violenta crueldad de los verdugos. No cabe en lengua ni discurso nuestro la ponderación de los dolores de nuestro Salvador en este tormento.

Fijado el Señor en la cruz, para que los clavos no soltasen al divino cuerpo, arbitraron los, ministros de la justicia redoblarlos por la parte que traspasaban el sagrado madero, y para ejecutarlo comenzaron a levantar la cruz para volverla, cogiendo debajo contra la tierra al mismo Señor crucificado. Esta nueva crueldad alteró a todos los circunstantes, y se levantó grande gritería en aquella turba, movida de compasión. Luego arrimaron la cruz con el Crucificado divino al agujero donde se habla de enarbolar. Y llegándose unos con los hombros y otros con alabardas y lanzas, levantaron al Señor en la cruz, fijándola en el hoyo que para esto habían abierto en el suelo. Quedó

nuestra verdadera salud en el aire, pendiente del sagrado madero a vista de innumerable pueblo de diversas gentes y naciones. No quiero omitir otra crueldad que he conocido usaron con Su Majestad cuando le levantaron, que con las lanzas e instrumentos de armas le hirieron, haciéndole debajo los brazos profundas heridas, porque le fijaron los hierros en la carne para ayudar a levantarlo en la cruz. Renovóse al espectáculo el vocerío del pueblo con mayores gritos y confusión. Los judíos blasfemaban, los compasivos se lamentaban, los extranjeros se admiraban; unos a otros se convidaban al espectáculo, otros no le podían mirar con el dolor; unos ponderaban el escarmiento en cabeza ajena, otros le llamaban justo, y toda esta variedad de juicios y palabras eran flechas para el corazón de la Madre. El sagrado cuerpo derramaba mucha sangre de las heridas de los clavos, que con el peso y golpe de la cruz se estremeció, y se rompieron de nuevo las llagas, quedando más patentes las fuentes, a que nos convidó por Isaías para que fuésemos a coger de ellas con alegría las aguas con que apagar la sed y lavar las manchas de nuestras culpas. Nadie tiene excusa, si no se diere prisa, llegando a beber en ellas, pues se venden sin conmutación de plata ni oro y se dan de balde sólo por la voluntad de recibirlas.

Crucificaron luego a los dos ladrones y fijaron sus cruces, la una a la mano derecha y la otra a la siniestra de nuestro Redentor, dándole el lugar del medio, como a quien reputaban por principal malhechor. Y olvidándose los pontífices y fariseos de los dos facinerosos, convirtieron todo su furor contra el Santo. Y moviendo las cabezas con escarnio y mofa, arrojaron piedras y polvo contra la cruz del Señor y contra su real persona. Decían: "¡ Ah, tú que destruyes el templo de Dios y en tres días lo reedificas! Sálvate ahora a ti mismo; a otros hizo salvos y a sí mismo no se puede salvar". Otros decían: "Si éste es Hijo de Dios, descienda ahora de la cruz y le crearemos". Los dos ladrones también se burlaban de Su Majestad al principio, y decían: "Si eres Hijo de Dios, Sálvate a ti mismo y a nosotros". Estas blasfemias de los ladrones fueron para el Señor de tanto mayor sentimiento, cuanto a

ellos estaba más próxima la muerte, y perdían aquellos dolores con que morían y podía satisfacer en parte por sus delitos, castigados por la justicia, como luego lo hizo uno de ellos, aprovechando la ocasión más oportuna que tuvo pecador alguno del inundo.

Los soldados que crucificaron a Jesús nuestro Salvador, como ministros a quien tocaban los despojos del ajusticiado, trataron de dividir los vestidos del inocente. Y la capa o manto superior, que por divina, dispensación la llevaron al Calvario, la hicieron partes (ésta era la que se desnudó en la cena para lavar los pies a los Apóstoles) y la dividieron entre sí mismos, que eran cuatro. Pero la túnica inconsútil no quisieron dividirla, y echaron suertes sobre ella y la llevó a quien le tocó, cumpliéndose a la letra la profecía de David. Los misterios de no romper esta túnica declaran los Santos y Doctores, y uno de ellos fue significar cómo este hecho de los judíos, aunque rompieron con tormentos y heridas la humanidad santísima de Cristo nuestro bien, con que estaba, cubierta la divinidad; pero a ésta no pudieron ofenderla con la pasión ni tocar en ella.

Y como el madero de la santa cruz era el trono de la majestad real de Cristo y la cátedra de donde quería enseñar la ciencia de la vida, estando ya Su Majestad levantado en ella y confirmando la doctrina con el ejemplo, dijo aquella palabra en que comprendió la suma de la caridad y perfección: Padre, perdónalos, que no saben lo que hacen. Conoció algo de este Sacramento uno de los dos ladrones llamado Dimas, y obrando al mismo tiempo la intercesión y oración de María, fue ilustrado interiormente para conocer a su Maestro en esta primera palabra, que habló en la cruz. Y movido con verdadero olor y contrición de sus culpas, se convirtió a su compañero, y le dijo: ¿Ni tú tampoco temes a Dios, que con estos blasfemos perseveras en la misma condenación?, Nosotros pagamos nuestro merecido; pero éste, que padece, con nosotros, no ha cometido culpa alguna. Y hablando luego a nuestro Salvador, le dijo: Señor, acuérdate de mí Mando llegareis a tu reino. En este felicísimo ladrón y en el Centurión y en los demás que confesaron a Cristo en la cruz se comenzaron a estrenar los efec-

tos de la redención. Pero el mejor afortunado fue Dimas, que mereció oír la segunda palabra que dijo el Señor: De verdad te digo que hoy serás conmigo en el Paraíso. ¡Oh bienaventurado ladrón, que tú solo alcanzaste para ti tal palabra, deseada de todos los justos y santos de la tierra! No la pudieron oír los antiguos patriarcas y profetas, juzgándose por muy dichosos en bajar al Limbo y esperar largos siglos el Paraíso, que tú ganaste en un punto en que mudaste felizmente el oficio. Acabas ahora de robar la hacienda ajena y terrena, y luego arrebatas el cielo de las manos de su dueño.

Justificado el buen ladrón, volvió Jesús la vista a su Madre, que con San Juan estaba al pie de la cruz, y hablando con entrambos, dijo primero a su Madre: Mujer, ves ahí a tu hijo; y al Apóstol dijo también: Ves ahí a tu madre. Llamóla Su Majestad mujer y no madre, porque este nombre era de regalo y dulzura y que sensiblemente le podía recrear el pronunciarle, y en su pasión no quiso admitir esta consolación exterior, conforme por haber renunciado en ella todo consuelo y alivio. Y en aquella palabra mujer, tácitamente y en su aceptación, dijo: "Mujer bendita entre todas las mujeres, la más prudente entre los hijos de Adán, mujer fuerte y constante, nunca vencida de la culpa, fidelísima en amarme, indefectible en servirme y a quien las muchas aguas de mi pasión no pudieron extinguir ni contrastar. Yo me voy a mi Padre, y no puedo desde hoy acompañarte; mi discípulo amado te asistirá y servirá como a madre y será tu hijo." Todo esto entendió la Reina.

Llegábase ya la hora de nona del día, aunque por la obscuridad y turbación más parecía confusa noche, y nuestro Salvador Jesús habló la cuarta palabra desde la cruz en voz grande y clamorosa, que los circunstantes pudieron oír, y dijo: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado? Estas palabras, aunque las dijo el Señor en su lengua hebrea, no todos las entendieron. Y porque la primera dición dice Eli, Eli, pensaron algunos que llamaba a Elías, y otros, burlando de su clamor, decían: "Veamos si vendrá Elías a librarlo ahora de nuestras manos."

Añadió, luego el Señor la quinta palabra, y dijo: Sed tengo. Pero los pérfidos judíos y verdugos, en testimonio de su dureza, ofrecieron al Señor con irrisión una esponja de vinagre y hiel sobre una caña y se la llegaron a la boca para que bebiese, cumpliendo la profecía de David, que dijo: En mi sed me dieron a, beber vinagre. Gustólo Jesús, y tomó algún trago en misterio de lo que toleraba la condenación de los réprobos; pero a petición de su Madre lo rehusó juego.

Después, con el mismo misterio, pronunció el Salvador la sexta palabra: Consummatum est.

Acabada y puesta la obra de la Redención humana en su última perfección, dijo Cristo nuestro Salvador la última palabra: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Exclamó y pronunció el Señor estas palabras en voz alta y sonora, que la oyeron los presentes, y para decirlas levantó los ojos al cielo, como quien hablaba con su Eterno Padre, y en el último acento entregó su espíritu, volviendo a inclinar la cabeza.

CAPITULO XXX

Herida del costado. - La siente la Madre por el Hijo. - José y Nicodemus. - Desenclavo. - El sepulcro.

El evangelista San Juan dice que cerca de la cruz estaba María Santísima, Madre de Jesús, acompañada de María Cleofás y María Magdalena. Y aunque esto lo refiere de antes que expirase nuestro Salvador, se ha de entender que perseveró en pie, arrimada a la cruz, adorando en ella a su difunto Jesús, y a la divinidad siempre unida al sagrado cuerpo. Estaba asimismo cuidadosa cómo daría sepultura a su Hijo Santísimo, quién se le bajaría de la cruz, adonde siempre tenía levantados sus divinos ojos.

Vió luego el tropel de gente armada que venía encaminándose al monte Calvario; y creciendo el temor de algún nuevo oprobio contra el Redentor difunto, habló con San Juan y las Marías, y dijo: ¡Ay de mí, que se divide mi corazón en el pecho! ¿Por ventura no están satisfechos del haber muerto a mi hijo? ¿Si pretenden ahora alguna nueva ofensa? Era víspera de la gran fiesta del sábado de los judíos, y para celebrarla sin cuidado habían pedido a Pilatos licencia para quebrantar las piernas a los tres ajusticiados, con que acabasen de morir, los bajasen aquella tarde de las cruces y no quedasen en ellas el día siguiente. Con este intento llegó al Calvario aquella compañía de soldados que vio María. Y en llegando, como hallaron vivos a los ladrones, les quebrantaron las piernas, con que acabaron la vida. Pero llegando a Cristo, como le hallaron difunto, no le quebrantaron las piernas, cumpliéndose la misteriosa profecía del, Éxodo, en que mandaba Dios no quebrantasen los huesos del cordero figurativo, que comían la Pascua. Pero un soldado que se llamaba Longinos, arrimándose a la cruz de Cristo, le hirió con una lanza penetrándole su costado; y luego salió de la herida sangre y agua, como lo afirma San Juan que lo vio y dio testimonio de la verdad esta herida de la

lanzada, que no pudo sentir el cuerpo sagrado y ya difunto de Cristo, sintió su Madre, recibiendo en su pecho el dolor, como si recibiera la herida.

Corría ya la tarde de aquel día de Parásceve, y la Madre aún no tenía certeza de lo que deseaba, que era la sepultura para su difunto Hijo; porque Su Majestad daba lugar a que la tribulación de su Madre se aliviase por los medios que su providencia tenía dispuestos, moviendo el corazón de José Arimatea y Nicodemus, para que solicitasen la sepultura y entierro de su Maestro. Eran entrambos discípulos del Señor y justos, aunque no del número de los setenta y dos; porque eran ocultos por el temor de los judíos, que aborrecían como a sospechosos y enemigos a todos cuantos seguían la doctrina de Cristo y le reconocían por Maestro.

Era José justo en los ojos del Altísimo y en la estimación del pueblo noble, y decurión con oficio de gobierno, y del Consejo, como lo da a entender el Evangelio, que dice no consintió José en el Consejo ni obras de los homicidas de Cristo, a quien reconocía por verdadero Mesías. Y aunque hasta su muerte era José discípulo encubierto, pero en ella se manifestó. Y rompiendo el temor que antes tenía a la envidia de los judíos, y no reparando en el poder de los romanos, entró con osadía a Pilatos y le pidió el cuerpo de Jesús, difunto en la cruz, para bajarle de ella y darle honrosa sepultura, afirmando que era inocente y verdadero Hijo de Dios.

Pilatos no se atrevió a negar a José lo que pedía, antes le dio licencia para que dispusiese del cuerpo de Jesús. Con este permiso salió José de casa del juez, y llamó a Nicodemus, que también era justo y sabio en las letras divinas y humanas, y en las Sagradas Escrituras. Estos dos varones con valeroso esfuerzo se resolvieron a dar sepultura a Jesús crucificado. Y José previno la sábana y sudario en que envolverle, y Nicodemus compró hasta cien libras de los aromas con que los judíos acostumbraban a ungir los difuntos de mayor nobleza. Con esta prevención, y de otros instrumentos, caminaron al Calvario, acompañados de sus criados y de algunas personas pías.

Llegaron a la presencia de María, que con dolor incomparable asistía al pie de la cruz, acompañada de San Juan y las Marías. Y en vez de saludarla, con la vista del divino y lamentable espectáculo se renovó en todos el dolor con tanta fuerza y amargura, que por algún espacio estuvieron José y Nicodemus postrados a los pies de la Reina, y todos al de la cruz, sin contener las lágrimas y suspiros, sin hablar palabra. Lloraban todos con clamores y lamentos de amargura, hasta que la Reina los levantó de la tierra, y los animó y confortó; y entonces la saludaron con humilde compasión. La Madre les agradeció su piedad, y el obsequio que hacían a su Maestro, en darle sepultura a su cuerpo difunto, en cuyo nombre les ofreció el premio de aquella obra. Luego se quitaron las capas o mantos que tenían, y por sus manos José y Nicodemus arrimaron las escalas a la cruz, y subieron a desenclavar el Sagrado Cuerpo, estando la gloriosa Madre muy cerca, y San Juan con la Magdalena asistiéndole.

Con esto comenzaron a disponer el descendimiento. Quitaron lo primero la corona de la sagrada cabeza, descubriendo las heridas y roturas que dejaba en ella muy profundas. Bajáronla con gran veneración y lágrimas, y la pusieron en manos de la Madre. Recibióla estando arrodillada, y la adoró, llegándola a su virginal rostro, y regándola con abundantes lágrimas, recibiendo con el contacto alguna parte de las heridas de las espinas.

Luego, a imitación de la Madre, las adoraron San Juan y la Magdalena con las Marías y otras piadosas mujeres y fieles que allí estaban; y lo mismo hicieron con los clavos. Para recibir la Señora el cuerpo difunto de su Hijo Santísimo, puesta de rodillas extendió los brazos con la sábana desplegada. San Juan asistió a la cabeza y la Magdalena a los pies, para ayudar a José y Nicodemus, y todos juntos con grande veneración y lágrimas le pusieron en los brazos de la Madre. Este paso fue para Ella de igual compasión y regalo; porque el verle llagado y desfigurada aquella hermosura, mayor que la de todos los hijos de los hombres, renovó los dolores del corazón de la Madre, Y al tenerle en sus brazos y en su pecho le era de incomparable dolor,

y juntamente de gozo, por lo que descansaba su ardentísimo amor con la posesión de su tesoro. Adoróle con supremo culto y reverencia, vertiendo lágrimas de sangre. Y todos, comenzando San Juan, fueron adorando el sagrado cuerpo por su orden. La prudentísima Madre le tenía en sus brazos asentada en el suelo para que todos le diesen adoración.

Gobernábase en todas estas acciones nuestra gran Reina con tan divina sabiduría y prudencia que a los hombres y a los ángeles era de admiración, porque sus palabras eran de gran ponderación, dulcísimas por la caricia y compasión de su difunta hermosura, tiernas por la lástima, misteriosas por lo que significaban y comprendían. Ponderaba su dolor sobre todo lo que puede causarle a los mortales. Movía los corazones a compasión y lágrimas, ilustraba a todos para conocer el sacramento tan divino que trataba. Y sobre todo esto, sin exceder ni faltar en lo que debía, guardaba en el semblante una humilde majestad entre la serenidad de su rostro y dolorosa tristeza que padecía. Con esta variedad tan uniforme hablaba con su amabilísimo Hijo, con el Eterno Padre, con los ángeles, con los circunstantes y con todo el linaje humano por cuya redención se había entregado a la, pasión y muerte.

Pasado algún espacio que la dolorosa Madre tuvo en su seno al difunto Jesús, la suplicaron San Juan y José diese lugar para el entierro de su Hijo. Permitiólo; y sobre la misma sábana fue ungido el sagrado cuerpo con las especies y ungüentos aromáticos que trajo Nicodemus, gastando en este obsequio todas las cien libras que se habían comprado. Y así ungido, fue colocado el cuerpo en el féretro, para llevarle al sepulcro. Levantaron el sagrado cuerpo San Juan, José, Nicodemus y el Centurión que asistió a la muerte, Seguía la Madre acompañada de la Magdalena, de las Marías y las otras piadosas mujeres. Juntóse a más de estas personas gran número de fieles, que, movidos de la divina luz, vinieron al Calvario después de la lanzada. Todos así ordenados caminaron con silencio y lágrimas a un huerto que estaba cerca, donde José tenía labrado un sepulcro nuevo, en el

cual nadie se había depositado ni enterrado. En este felicísimo sepulcro pusieron el sagrado cuerpo de Jesús. Y antes de cubrirle con la lápida le adoró de nuevo la prudente y religiosa Madre, y luego unos y otros la imitaron y todos adoraron al crucificado y sepultado Señor y cerraron el sepulcro con la lápida que, como dice el Evangelio, era muy grande.

Cerrado el sepulcro de Cristo, con el mismo silencio y orden que vinieron todos del Calvario se volvieron a él. Era ya tarde y caído el sol, y la Señora desde el Calvario se fue a recoger a la casa del cenáculo, adonde la acompañaron los que estuvieron al entierro; y dejándola en el cenáculo con San Juan, las Marías y otras compañeras, se despidieron de Ella los demás, y con grandes lágrimas y sollozos le pidieron les diese su bendición. Y la humildísima y prudentísima Señora les agradeció el obsequio que a su Hijo santísimo habían hecho y el beneficio que ella había recibido, y los despidió llenos de otros interiores y ocultos favores y de bendiciones de dulzura de su amable natural y piadosa humildad.

Los judíos, confusos y turbados de lo que iba sucediendo, fueron a Pilatos el sábado por la mañana, Y le pidieron, mandase guardar el sepulcro; porque Cristo a quien llamaron seductor había dicho y declarado que después de tres días resucitaría, y sería posible que sus discípulos robasen el cuerpo y dijese .había resucitado. Pilatos con-temporizó con esta maliciosa cautela, y les concedió las guardas que pedían, y las pusieron en el sepulcro. Pero los pérfidos pontífices sólo pretendían obscurecer el suceso que temían; como se conoció después cuando sobornaron a los guardas para que dijese que no había resucitado Cristo Nuestro Señor, sino que le habían robado sus discípulos.

Y como no hay consejo contra Dios, por este medio se divulgó más y se confirmó la resurrección.

CAPITULO XXXI

*Restáurase la humanidad de Cristo. - Unese su cuerpo al de María. -
Desciende el Espíritu Santo al Cenáculo.*

Estuvo el alma de Cristo nuestro Salvador en el limbo desde las tres y media del viernes a la tarde, hasta después de las tres de la mañana del domingo siguiente. A esta hora volvió al sepulcro. En el sepulcro estaban otros muchos ángeles que le guardaban, venerando el sagrado cuerpo unido a la divinidad. Y algunos de ellos, por mandato de su Reina, habían recogido las reliquias de la sangre que derramó su Hijo Santísimo, los pedazos de carne que le derribaron de las heridas, los cabellos que arrancaron de su divino rostro y cabeza, y todo lo demás que pertenecía al ornato y perfecta integridad de su humanidad santísima. Y los ángeles guardaban estas reliquias.

Por ministerio de los ángeles fueron restituidas al sagrado cuerpo difunto todas las partes y reliquias que tenían recogidas, dejándole con su natural integridad y perfección. Y al mismo instante el alma santísima del Señor se reunió al cuerpo, y juntamente le dio inmortal vida y gloria. Y en lugar de la sábana y unciones con que le enterraron, quedó vestido de los cuatro dotes de gloria: claridad, impassibilidad, agilidad y sutileza.

Por la impassibilidad quedó invencible de todo el poder criado, porque ninguna potencia le podía alterar ni mudar. Por la sutilidad quedó tan purificada la materia gruesa y terrena, que sin resistencia de otros cuerpos se podía penetrar con ellos como si fuera espíritu incorpóreo; y así penetró la lápida del sepulcro, sin moverla ni dividirla, el que por semejante modo había salido del virginal vientre de su purísima Madre. La agilidad le dejó tan libre del peso y tardanza de la materia, que excedía a la que tienen los ángeles inmatereales, y por sí mismo podía moverse con más presteza que ellos de un lugar a otro, como lo hizo en las apariciones de los Apóstoles y en otras ocasiones.

Las sagradas llagas que antes afeaban su santísimo cuerpo quedaron en pies, manos y costado tan hermosas, refulgentes y brillantes, que le hacían más vistoso y agraciado, con admirable modo y variedad. Con toda esta belleza y gloria se levantó nuestro Salvador del sepulcro.

Y en el mismo instante que el alma santísima de Cristo entró en su cuerpo Y le dio vida, correspondió en el de la Madre la comunicación del gozo. Sucedió que en aquella ocasión el evangelista San Juan fue a visitarla para consolarla en su amarga soledad, y encontró la repentinamente llena de resplandor y señales de gloria a la que antes apenas conocía por su tristeza. Admiróse el santo Apóstol, y habiéndola mirado con grande reverencia, juzgó que ya el Señor sería resucitado, pues la Madre estaba renovada en alegría.

Estando así prevenida María, entró Cristo resucitado y glorioso, acompañado de todos los Santos y Patriarcas. Postróse en tierra la Reina, y adoró a su Hijo, y su Majestad la levantó y llegó a sí mismo. Y con este contacto (mayor que el que pedía la Magdalena de la humanidad y llagas de Cristo) recibió la Madre Virgen un extraordinario favor, que ella sola mereció, como exenta de la ley del pecado. Y aunque no fue el mayor de los favores que tuvo en esta ocasión, con todo eso no pudiera recibirle, si no fuera confortada de los ángeles y por el mismo Señor, para que sus potencias no desfallecieran. El beneficio fue que el glorioso cuerpo del Hijo encerró en sí mismo al de su Madre, penetrándose con ella o penetrándola consigo, como si un globo de cristal tuviera dentro de sí al sol, que todo lo llenara de resplandores y hermosura con su luz. Así quedó el cuerpo de María unido al de su Hijo por medio de aquel contacto, que fue como puerta para entrar a conocer la gloria del alma y cuerpo del mismo Señor. Por estos favores, como por grados de inefables dones, fue ascendiendo el espíritu de la Señora. Y estando en ellos oyó una voz que la decía: Amiga, asciende más alto. En virtud de esta voz quedó del todo transformada y vio la Divinidad intuitiva y claramente.

En compañía de la Reina del cielo perseveraban alegres los doce Apóstoles con los demás discípulos y fieles aguardando en el cenáculo

la promesa del Salvador, confirmada por la Madre, de que les enviaría de las alturas al Espíritu consolador, que les enseñaría y administraría todas las cosas que en su doctrina habían oído. Estaban todos unánimes y tan conformes en la caridad, que en todos aquellos días ninguno tuvo pensamiento, afecto ni ademán contrario de los otros.

María Santísima con la plenitud de sabiduría y gracia conoció el tiempo y la hora determinada por la divina voluntad para enviar al Espíritu Santo sobre el colegio apostólico.

El día de Pentecostés por la mañana la Reina previno a los Apóstoles, a los demás discípulos y mujeres santas (que todas eran ciento veinte personas) para que orasen y esperasen con mayor fervor, porque muy presto serían visitados de las alturas con el divino Espíritu. Y estando así orando todos juntos, a la hora de tercia se oyó en el aire un gran sonido de espantoso tronido, y un viento o espíritu vehemente con grande resplandor, como de relámpago y de fuego; y todo se encaminó a la casa del cenáculo, llenándola de luz y derramándose aquel divino fuego sobre toda aquella santa congregación. Aparecieron sobre la cabeza de cada uno de los ciento veinte unas lenguas del mismo fuego en que venía el Espíritu Santo, llenándolos a todos y a cada uno de divinas influencias y dones soberanos, causando a un mismo tiempo muy diferentes y contrarios efectos en el cenáculo y en todo Jerusalén, según la diversidad de sujetos.

Los Apóstoles fueron también llenos y repletos del Espíritu Santo, porque recibieron admirables aumentos de la gracia justificante en grado muy levantado; y solos ellos doce fueron confirmados en esta gracia para no perderla. Respectivamente se les infundieron hábitos de los siete dones, sabiduría, entendimiento, ciencia, piedad, consejo, fortaleza y temor, todos en grado convenientísimo. En este beneficio tan grandioso y admirable, como nuevo en el mundo, quedaron los doce Apóstoles elevados y renovados para ser idóneos ministros del Nuevo Testamento y fundadores de la Iglesia evangélica en todo el mundo.

En todos los demás discípulos, y otros fieles que recibieron el Espíritu Santo en el cenáculo, obró el Altísimo los mismos efectos con proporción y respectivamente, salvo que no fueron confirmados en gracia como los Apóstoles; mas según la disposición de cada uno se les comunicó la gracia y dones con más o menos abundancia para el ministerio que les tocaba en la Iglesia. La misma proporción se guardó en los Apóstoles; pero San Pedro y San Juan señaladamente fueron aventajados con estos dones por los más altos oficios que tenían; el uno de gobernar la Iglesia como cabeza, y el otro de asistir y servir a María Santísimo. El texto de San Lucas dice que el Espíritu Santo llenó toda la casa donde estaba aquella feliz congregación, no sólo porque todos en ella quedaron llenos del divino Espíritu y de sus inefables dones, sino porque la misma casa fue llena de admirable luz y resplandor. Esta plenitud de maravillas y prodigios redundó Y se comunicó a otros fuera del cenáculo; porque obró también diversos y varios efectos el Espíritu Santo en los moradores y vecinos de Jerusalén.

No son menos admirables, aunque más ocultos, otros efectos muy contrarios a los que he dicho que el mismo Espíritu divino obró este día en Jerusalén.

Sucedió, pues, que con el espantoso trueno y vehemente conmoción del aire y relámpagos en que vino el Espíritu Santo, turbó y atemorizó a todos los moradores de la ciudad enemigos del Señor, respectivamente a cada uno según su maldad y perfidia. Señalóse este castigo con todos cuantos fueron actores y concurrieron en la muerte de nuestro Salvador, particularizándose y airándose en malicia y rabia. Todos éstos cayeron en tierra por tres horas, dando en ella de cerebro. Y los que azotaron a Su Majestad murieron luego todos ahogados de su propia sangre, que del golpe se les movió y trasvenó hasta sofocarlos, por la que con tanta impiedad derramaron. El que dio la bofetada a Su Majestad divina, no sólo murió repentinamente, sino que fue lanzado en el infierno en alma y cuerpo. Otros de los judíos, aunque no murieron, quedaron castigados con intensos dolores y

algunas enfermedades abominables, que con la sangre de Cristo de que se cargaron han pasado a sus descendientes, y aun perseveran hoy entre ellos, y los hacen inmundísimos y horribles. Este castigo fue notorio en Jerusalén, aunque los pontífices y fariseos pusieron gran diligencia en desmentirlo, como lo hicieron en la resurrección del Salvador.

CAPITULO XXXII

Afecto especial de María al Apóstol Santiago. - Venida de Santiago a España. - La Virgen en Granada. - La Virgen en el Pilar. - El templo del Pilar superior al templo de Salomón. - Deberes de los zaragozanos con María.

Nuestro gran apóstol Santiago fue de los carísimos y más privados de la Señora. Y aunque en las demostraciones exteriores no se señalaba mucho con él, por la igualdad con que los trataba a todos y porque Santiago era su deudo; que aunque San Juan, como hermano suyo, también tenía el mismo parentesco con María, corrían diferentes razones; porque todo el colegio sabía que el mismo Señor en la cruz le había señalado por hijo de su Madre, y así con San Juan no tenía el inconveniente para los Apóstoles, como si con su hermano Santiago o con otro se señalara en demostraciones exteriores; pero en el interior tenía especialísimo amor a Santiago, y se le manifestó en singulares favores que le hizo en todo el tiempo que vivió hasta su martirio. Mereciólos Santiago con el afecto que tenía a María Santísima, señalándose mucho en su íntima devoción. Y tuvo necesidad del amparo de tan gran Reina, porque era de generoso y magnánimo corazón y de ferventísimo espíritu, con que se ofrecía a los trabajos y peligros con invencible esfuerzo. Por esto fue el primero que salió a la predicación de la fe, y padeció martirio antes que otro alguno de todos los Apóstoles. Y en el tiempo que anduvo peregrinando y predicando fue verdaderamente un rayo, como Hijo del trueno; que por esto fue llamado y señalado con este prodigioso nombre cuando entró en el apostolado.

En la predicación de España se le ofrecieron increíbles trabajos y persecuciones que le movió el demonio por medio de los judíos incrédulos. Y no fueron pequeñas las que después tuvo en Italia y el Asia Menor, por donde volvió a predicar y padecer martirio en Jerusalén, habiendo discurrido en pocos años por tan distantes provincias y dife-

rentes naciones. He entendido que la gran Reina del cielo tuvo especial atención y afecto a Santiago por las razones que he dicho, y que por medio de sus ángeles le defendió y rescató de grandes y muchos peligros, y le consoló y confortó diversas veces, enviándole, a visitar y a darle noticias y avisos particulares, como los había menester, más que otros Apóstoles en tan breve tiempo como vivió. Muchas veces el mismo Cristo envió ángeles para que defendiesen a su grande Apóstol y le llevasen de unas, partes a otras, guiándole en su peregrinación y predicación.

Mientras anduvo en estos reinos de España, entre los favores que recibió Santiago de María fueron dos muy señalados, porque vino la Reina en persona a visitarle y defenderle en sus peligros y tribulaciones. La una de estas apariciones y venida de María Santísima a España es la que hizo en Zaragoza, tan cierta como celebrada en el mundo, y que no se pudiera negar hoy sin destruir una verdad tan piadosa, confirmada y asentada con grandes milagros y testimonios por mil y seiscientos años y más. De la otra, que fue primera, no sé que haya memoria en España, porque fue más oculta. Sucedió en Granada, como se me ha dado a entender, y fue de esta manera: Tenían los judíos en aquella ciudad algunas sinagogas desde los tiempos que pasaron de Palestina a España, donde por la fertilidad de la tierra y por estar más cerca de los puertos del mar Mediterráneo vivían con mayor comodidad para la correspondencia de Jerusalén. Cuando Santiago llegó a predicar a Granada, ya tenían noticia de lo que en Jerusalén había sucedido con Cristo. Y aunque algunos deseaban ser informados de la doctrina que había predicado y saber qué fundamento tenía; pero a otros, y a los más, había ya prevenido el demonio con impía incredulidad para que no la admitiesen ni permitiesen se predicase a los gentiles, porque era contraria a los ritos judaicos y a Moisés; y si los gentiles recibían aquella nueva ley, destruirían todo el judaísmo. Con este diabólico engaño impedían los judíos la fe de Cristo en los gentiles, que sabían como Cristo era judío; y viendo cómo los de su nación

y de su ley le desechaban por falso y engañoso, no tan fácilmente se inclinaban a seguirle en los principios.

Llegó el Apóstol a Granada, y comenzando la predicación salieron los judíos a resistirle, publicándole por hombre advenedizo, engañoso, autor de falsas sectas, hechicero y encantador. Llevaba Santiago doce discípulos consigo, a imitación de su Maestro. Y como todos perseverasen en predicar, crecía contra ellos el odio de los judíos y de otros que los acompañaban, de manera que intentaron acabar con ellos; y de hecho quitaron luego la vida a uno de los discípulos de Santiago, que con ardiente celo se opuso a los judíos.

Pero como el Apóstol y sus discípulos, no sólo no temían la muerte, antes la deseaban de Cristo, continuaron la predicación de su fe con mayor esfuerzo. Y habiendo trabajado en ella muchos días y convertido gran número de infieles de aquella ciudad y comarca, el furor de los judíos se encendió más. Prendieronlos a todos, y para darles la muerte los sacaron fuera de la ciudad atados y encadenados, y en el campo les ataron de nuevo los pies para que no huyesen, porque los tenían por magos y encantadores. Estando ya para degollarlos a todos juntos, el santo Apóstol no cesaba de invocar el favor de la Virgen, y hablando con ella la dijo: ¡Oh María, oh María!

Estas últimas palabras repitió muchas veces Santiago. Pero todas las que dijo oyó la Reina desde el oratorio del cenáculo, donde estaba mirando por visión muy expresa todo lo que pasaba por su Apóstol Jacobo.

Con esta inteligencia se conmovieron las maternas entrañas de María en tierna compasión de la tribulación en que su siervo padecía y la llamaba. Tuvo mayor dolor por hallarse tan lejos, aunque, como sabía que nada era difícil al poder divino, se inclinó a desear ayudar y defender a su Apóstol. Y como conocía también que él había de ser el primero que diese la vida y sangre por su Hijo, creció más esta compasión en la Madre.

Su Hijo, que atendía a todos los deseos de tal Madre, mandó al punto a los mil Angeles que la asistían ejecutasen el deseo de su Señor

ra. Manifestáronsele todos en forma humana, y sin dilación alguna la recibieron en un trono formado de una hermosa nube y la trajeron a España sobre el campo donde estaban Santiago y sus discípulos apasionados. Y los enemigos, que los habían preso, tenían ya desnudas las cimitarras o alfanjes para degollarlos a todos. Vió sólo el Apóstol a la Reina del cielo, y a la voz, de la Reina se le desataron instantáneamente las prisiones a él y a sus discípulos, y se hallaron libres. Pero los judíos, que estaban con las armas en las manos, cayeron todos en tierra, donde estuvieron sin sentido algunas horas.

Fue mayor este beneficio de la Reina, porque no sólo defendió de la muerte a Santiago para que gozara toda España de su predicación y doctrina; pero desde Granada le ordenó su peregrinación, y mandó a cien ángeles de los de su guarda acompañasen al Apóstol y le fuesen encaminando y guiando de unos lugares a otros, y en todos le defendiesen a él y a sus discípulos de todos los peligros que se les ofreciesen, y que habiendo rodeado a todo lo restante de España le encaminasen a Zaragoza. Todo esto ejecutaron los cien ángeles como su Reina se lo ordenaba, y los demás la volvieron a Jerusalén. Con esta celestial compañía y guarda peregrinó Santiago por toda España más seguro que los israelitas por el desierto. Dejó en Granada algunos discípulos de los que traía, que después padecieron allí el martirio, y con los demás que tenía y otros que iba recibiendo prosiguió las jornadas, predicando en muchos lugares de Andalucía. Vino después a Toledo, y de allí pasó a Portugal y a Galicia y por Astorga; y divirtiéndose a diferentes lugares, llegó a la Rioja, y por Logroño pasó a Tudela y Zaragoza. Por toda esta peregrinación fue Santiago dejando discípulos por obispos en diferentes ciudades de España, plantando la fe y culto divino. Fueron tantos y tan prodigiosos los milagros que hizo en este reino, que no han de parecer increíbles los que se saben, porque son muchos más los que se ignoran. El fruto que hizo con la predicación fue inmenso respecto del tiempo que estuvo en España, y ha sido error decir o pensar que convirtió muy pocos, porque en todas las partes o

lugares que anduvo dejó plantada la fe, y para eso ordenó tantos obispos en este reino.

El Apóstol Santiago estaba con sus discípulos fuera de Zaragoza, arrimado al muro que correspondía a las márgenes del río Ebro, y para ponerse en oración se había apartado de ellos algún espacio. Los discípulos estaban algunos durmiendo, y otros orando como su Maestro, porque todos estaban desimaginados de la novedad que les venía. Reconocieron en el aire grandísima luz, más que si fuera al mediodía, aunque no se extendía universalmente más de en algún espacio, como en grande globo. Los ángeles pusieron el trono de su Reina a la vista del Apóstol, que estaba en altísima oración, y más que los discípulos sentía la música, y percibía la luz. Traían consigo los ángeles prevenida una pequeña columna de mármol o de jaspe, y de otra materia diferente hablan formado una imagen, no grande, de la Reina del cielo.

Manifestósele a Santiago María desde la nube y trono donde estaba rodeada de los coros de los ángeles, todos con admirable hermosura y refulgencia. El Apóstol se postró en tierra, y con profunda reverencia adoró a la Madre de su Redentor y vio juntamente la Imagen y columna o pilar.

Luego se erigió la columna y se asentó en ella la sagrada imagen; los mismos ángeles y también el santo Apóstol reconocieron aquel lugar y título por casa de Dios, puerta del cielo y tierra santa y consagrada en templo. En fe de esto dieron culto, adoración y reverencia a la Divinidad. Santiago se postró en tierra, y los Angeles, con nuevos cánticos, celebraron los primeros con el mismo Apóstol la nueva y primera dedicación de templo que se instituyó en el orbe, después de la redención humana. Este fue el origen del santuario de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza, que, con justa razón, se llama cámara angelical, casa propia de Dios y de su Madre, digna de la veneración de todo el orbe. Parece a mí que nuestro gran Patrón y Apóstol el segundo Jacobo dio principio más glorioso a este templo que el primer Jacobo al suyo de Betel, cuando caminaba peregrino a Mesopotamia, aunque aquel título y piedra que levantó fuese el lugar del futuro tem-

plo de Salomón. Allí vio en sueños Jacob la escala mística en figura y sombra con los santos ángeles; pero aquí vio nuestro Jacobo la escala verdadera del cielo con los ojos corporales y más ángeles que en aquélla. Allí se levantó la piedra en título para el templo que muchas veces se había de destruir y en algunos siglos tendría fin; mas aquí, en la firmeza de esta verdadera columna consagrada, se aseguró el templo, la fe y culto del Altísimo hasta que se acabe el mundo, subiendo y bajando ángeles de las alturas con las oraciones de los fieles.

Dio gracias nuestro Apóstol a María Santísima y la pidió el amparo de este reino de España. Se lo ofreció la divina Madre. A petición suya ordenó el Altísimo que para guardar aquel santuario y defenderle quedase en él un ángel encargado de su custodia, y desde aquel día hasta ahora persevera en este ministerio y le continuará cuanto allí durare y permaneciere la Imagen sagrada y la columna. De aquí ha resultado la maravilla que todos los fieles reconocen de haberse conservado aquel santuario ileso y tan intacto por mil seiscientos y más años entre la perfidia de los judíos, la idolatría de los romanos, la herejía de los arrianos y la bárbara furia de los moros y paganos; y fuera mayor la admiración de los cristianos si, en particular, tuvieran noticia de los arbitrios y medios que todo el infierno ha fabricado en diversos tiempos para destruir este santuario por mano de todos estos infieles y naciones.

Advierto dos cosas que se me han manifestado para que aquí las escriba: la una, que las promesas, así de Cristo como de su Madre, para conservar aquel templo y lugar suyo, aunque parecen absolutas, tienen implícita o encerrada la condición. Y la condición es que de nuestra parte obremos de manera que no desobliguemos a Dios para que nos prive del favor y misericordia que nos promete y ofrece, y porque Su Majestad, en el secreto de su justicia, reserva el peso de estos pecados, con que le podemos desobligar; por eso no expresa ni declara esta condición, y porque también estamos avisados que sus promesas y favores no son para que usemos de ellos contra el mismo Señor, ni pequemos en confianza de su liberal misericordia, pues nin-

guna ofensa tanto como ésta nos hace indignos de ella. Tales y tantos pueden ser los pecados de estos reinos y de aquella piadosa ciudad de Zaragoza, que lleguemos a poner de nuestra parte la condición y número, por donde merezcamos ser privados de aquel admirable beneficio y amparo de la Señora de los Angeles.

La segunda advertencia, no menos digna de consideración, es que Lucifer y sus demonios, como conocen estas verdades y promesas del Señor, han pretendido, y pretende siempre la malicia de estos dragones infernales, introducir mayores vicios y pecados en aquella ilustre ciudad y en sus moradores, con más eficacia y astucia que en otra, y en especial de los que más pueden desobligar y ofender a la pureza de María Santísima. El intento de esta serpiente antigua mira, a dos cosas execrables: la una, que, si puede ser, desobliguen los fieles a Dios para que les conserve allí aquel sagrado, y por este camino consiga Lucifer lo que por otros no ha podido; la otra, que si no puede alcanzar esto, por lo menos impida en las almas la veneración y piedad de aquel templo sagrado y los grandes beneficios que tiene prometidos en él María Santísima a los que dignamente los pidieren. Conoce bien Lucifer que los vecinos y moradores de Zaragoza están obligados a la Reina de los cielos con más estrecha deuda que muchas otras ciudades y provincias de la cristiandad, porque tienen dentro de sus muros la oficina y fuente de los favores y beneficios que otros van a buscar a ella; y si con la posesión de tanto bien fuesen peores y despreciasen la dignación y clemencia que nadie pudo merecer, esta ingratitude a Dios y a su Madre merecería mayor indignación y más grave castigo de la Justicia divina. Confieso con alegría a todos los que leyeren esta historia, que, por escribirla a solas dos jornadas de Zaragoza, tengo por muy dichosa esta vecindad y miro aquel santuario con cariño de mi alma. Reconózcome también obligada y agradecida a la piedad de aquella ciudad. Y en retorno de esto quisiera, con voces vivas, renovar en sus moradores la devoción que deben a María. Estimen su tesoro, gócenle felizmente, y no hagan del propiciatorio de

Dios cosa inútil y común, convirtiéndola en tribunal de justicia, pues la puso María para taller o tribunal de misericordias.

Sucedió este milagroso aparecimiento de María en Zaragoza, entrando el año del nacimiento de su Hijo 40, la segunda noche de 2 de Enero. Y desde la salida de Jerusalén a la predicación habían pasado cuatro años, cuatro meses y diez días, porque salió el santo Apóstol el 20 de Agosto, y después del aparecimiento gastó el, edificar el templo, en volver a Jerusalén y predicar, un año, dos meses y veintitrés días, y murió el 25 de Marzo del año 41. La Reina de los Angeles, cuando se le apareció en Zaragoza, tenía de edad cincuenta y cuatro años, tres meses y veinticuatro días, y luego que volvió a Jerusalén partió a Efeso y al cuarto día se partió. De manera que se dedicó este templo muchos años antes de su glorioso tránsito, y en todos estos años, ya en España era venerada con culto público y tenía templos, porque a imitación de Zaragoza se le edificaron luego otros, donde se le levantaron aras con solemne veneración.

CAPITULO XXXIII

Fuerza del amor en María. - La Esposa de los Cantares. - Ultimos años de su vida. - La naturaleza se viste de luto. - Muerte por amor. - Cristo recata de los mortales el cuerpo de María. - Entierro de la Virgen. - Su ascensión. - Protesta.

Como la piedra en su natural movimiento con que baja a su centro, cobra mayor velocidad cuanto más se va acercando a él, así nuestra gran Reina, cuanto se iba acercando a su fin y término de su vida santísima, tanto eran más veloces los vuelos de su purísimo espíritu y los ímpetus de sus deseos para llegar al centro de su eterno descanso y reposo. Desde el instante de su Inmaculada Concepción había salido como río caudaloso del océano de la Divinidad, donde en los eternos siglos fue ideada; y con las corrientes de tantos dones, gracias, favores, virtudes, santidad y merecimientos había crecido de tal manera, que ya le venía angosta toda la esfera de las criaturas; y con un movimiento rápido y casi impaciente de la sabiduría y amor se apresuraba a unirse con el mar, de donde salió, para volverse a él.

Vivía ya la gran Reina en estos últimos años con la dulce violencia del amor en un linaje de martirio continuado; porque sin duda en estos movimientos del espíritu es verdadera filosofía que el centro, cuando está más, vecino, atrae con mayor fuerza lo que se llega a él; y en María de parte del infinito y sumo bien había tanta vecindad, que sólo les dividía el cancel o la pared de la mortalidad; y ésta no impedía para que se viesen y mirasen con vista y con amor recíproco; y de parte de los dos mediaba el amor, tan impaciente de medios que impiden la unión de lo que se ama, que ninguna cosa más desea que vencerlos y apartarlos para llegar a conseguirla. Deseábalo la dulcísima Madre, y aunque se encogía para no pedir la muerte natural; más no podía impedir la fuerza del amor, para que sintiese la violencia de la vida mortal y de sus prisiones que la, detenían el vuelo.

Pero mientras no llegaba el plazo determinado por la eterna Sabiduría, padecía los dolores del amor, que es fuerte como la muerte. Llamaba con ellos. a su Amado que saliese fuera de sus retretes. que bajase al campo, que se detuviese en esta aldea, que viese las flores y los frutos tan fragantes y suaves de su vida. Con estas flechas de sus ojos y de sus deseos hirió el corazón del Amado, y le hizo volar de las alturas y descender a su presencia. Sucedió, pues, que un día, por el tiempo que voy declarando, crecieron las ansias amorosas de la Madre, de manera que con verdad pudo decir estaba enferma de amor; porque sin los defectos de nuestras pasiones terrenas, adoleció con los ímpetus del corazón, moviéndosele de su lugar, y dándole el Señor, para que así como él era la causa de la dolencia, lo fuese gloriosamente de la cura y medicina. Los ángeles que la asistían, admirados de la fuerza y efectos del amor, la hablaban como ángeles para que recibiese algún alivio con la esperanza tan segura de su deseada posesión; pero estos remedios no apagaban la llama, antes la encendían; y la Señora no les respondía más que conjurarlos dijese a su Amado que estaba enferma de amor; y ellos la repetían dándole las, señales que deseaba. En esta ocasión, y en otras de estos últimos años, advierto que especialmente se ejecutaron en esta única Esposa todos los misterios ocultos y escondidos en los cánticos de Salomón. Fue necesario que los supremos príncipes que en forma visible la asistían, la recibiesen en los brazos por los dolores que sentía.

Tras de todo esto fue iluminada y retocadas sus potencias para la visión beatífica. Y estando así preparada se corrió la cortina, y vio a Dios intuitivamente, gozando sobre todos los santos por algunas horas la fruición y gloria esencial: bebía las aguas de la vida en su misma fuente; saciaba sus ardentísimos deseos; llegaba a su centro, y cesaba aquel movimiento velocísimo para volverle a comenzar de nuevo.

Con estos favores tan inefables quedaba de nuevo transformada en su Hijo santísimo, encendida y espiritualizada. En estas ocasiones mereció el sagrado evangelista Juan participar algunos gajes de la fiesta, oyendo la música con que los ángeles la celebraban. Y estando

el mismo Señor en el oratorio con los ángeles y santos que le asistían, decía misa el Evangelista y comulgaba a la gran Reina, asistiendo a la diestra de su mismo Hijo, a quien sacramentado recibía en su pecho. Todos estos misterios eran espectáculo de nuevo gozo para los santos, que también servían como de padrinos en la comunión más digna que después de Cristo se vio, ni se verá en el mundo. En recibiendo la gran Señora a su Hijo sacramentado, la dejaba recogida consigo mismo, en aquella forma; y en la que tenía gloriosa y natural se volvía a los cielos. ¡Oh maravillas ocultas! Si con todos los santos se manifiesta Dios grande y admirable, ¿qué sería con su Madre, a quien amaba sobre todos, y para quien reservó lo exquisito de su sabiduría y poder?

Para decir lo que me resta de los últimos años de la vida de nuestra única fénix María, justo es que el corazón y los ojos administren el licor con que deseo escribir tan dulces, tan tiernas maravillas.

Llegó María a la edad de sesenta y siete años sin haber interrumpido la carrera, ni detenido el vuelo, ni mitigado el incendio de su amor y merecimientos desde el primer instante de su Inmaculada Concepción; pero habiendo crecido todo esto en todos los momentos de su vida, los inefables dones, beneficios y favores del Señor la tenían toda deificada y espiritualizada; los afectos, los ardores y deseos de su corazón no la dejaban descansar fuera del centro de su amor; las prisiones de la carne le eran violentas, y la misma tierra, indignada por los pecados de los mortales de tener en sí al tesoro, de los cielos, no podía ya conservarle más sin restituirle a su verdadero dueño.

Bajó el santo príncipe con los demás al oratorio de la gran Señora en el cenáculo de Jerusalén, donde la hallaron postrada en tierra en forma de cruz, pidiendo misericordia por los pecadores. Pero con la música y presencia de los santos ángeles se puso de rodillas para oír y ver al Embajador del cielo y a sus compañeros, que todos con vestiduras blancas y refulgentes la rodearon con admirable agrado y reverencia. Venían todos con coronas y palmas en las manos, cada una

diferente; pero todos representaban con inestimable precio y hermosura diversos premios y glorias de su gran Reina y Señora.

Corriendo el curso de los tres últimos años de la vida de Nuestra Señora, ordenó el poder divino con una oculta y suave fuerza que todo el resto de la naturaleza comenzara a sentir el llanto y prevenir el luto para la muerte de la que con su vida daba hermosura y perfección a todo lo criado. Los Apóstoles, aunque estaban derramados por el mundo, comenzaron a sentir un nuevo cuidado que les llevaba la atención, con recelos de cuándo les faltaría su Maestra; porque ya les dictaba la divina y oculta luz que no se podía dilatar mucho este plazo inevitable. Los otros fieles moradores de Jerusalén y vecinos de Palestina reconocían en sí mismos como un secreto aviso de que su tesoro y alegría no sería para largo tiempo. Los cielos, astros y planetas perdieron mucho de su hermosura y alegría, como lo pierde el día cuando se acerca la noche. Las aves del cielo hicieron singular demostración de tristeza en los dos últimos años; porque gran multitud de ellas acudían de ordinario donde estaba María, y rodeando su oratorio con extraordinarios vuelos y meneos, formaban en lugar de cánticos diversas voces tristes. De esta maravilla fue testigo muchas veces San Juan. Y pocos días antes del tránsito de la Divina Madre concurren a ella innumerables avejillas, postrando sus cabecitas y picos por el suelo, y rompiendo sus pechos con gemidos, como quien dolorosamente se despedía para siempre.

Y no sólo las aves del aire hicieron este llanto, sino hasta los animales brutos de la tierra las acompañaron en él; porque saliendo la Reina del cielo un día a visitar los lugares de nuestra redención, como lo acostumbraba, llegando al monte Calvario, la rodearon muchas fieras silvestres que de diversos montes habían venido a esperarla; y unas postrándose en tierra, otras humillando las cervices, y todas formando tristes gemidos, estuvieron algunas horas manifestándola el dolor que sentían de que se ausentaba de la tierra. La mayor maravilla que sucedió en el general sentimiento y mudanza de todas las criaturas fue, que por seis meses antes de la muerte de María, el sol, luna y es-

trellas dieron menos luz que hasta entonces habían dado a los mortales, y el día del dichoso tránsito se eclipsaron como sucedió en la muerte del Redentor del mundo. Y aunque muchos hombres sabios y advertidos notaron estas novedades y mudanza en los orbes celestiales, todos ignoraban la causa, y sólo pudieron admirarse. Pero los Apóstoles y discípulos que asistieron a su dulcísima y feliz muerte, conocieron entonces el sentimiento de toda la naturaleza insensible, que dignamente anticipó su llanto, cuando la naturaleza humana y capaz de razón no supo llorar la pérdida de su verdadera hermosura y gloria.

Pobre de razones y palabras, me hallo en la mayor necesidad para decir algo del estado adonde llegó el amor de María en los últimos días de su vida, los ímpetus y vuelos de su espíritu, los deseos y ansias incomparables de llegar al estrecho abrazo de la Divinidad. No hallo símil ajustado en toda la naturaleza, y si alguno puede servir para mi intento es el elemento del fuego, por la correspondencia que tiene con el amor. Admirable es la actividad y fuerza de este elemento sobre todos; ninguno es más impaciente que él para sufrir las prisiones, porque o muere en ellas, o las quebranta para volar con suma ligereza a su propia esfera. Si se halla encarcelado en las entrañas de la tierra, la rompe, divide los montes, arranca los peñascos, y con suma violencia los arroja o los lleva delante de su cara, hasta donde les dura el ímpetu que les imprime. Y aunque la cárcel sea de bronce, si no la rompe, a lo menos abre sus puertas con espantosa violencia y terror de los que están vecinos, y por ellas despide el globo de metal que le impedía con tanta violencia, como lo enseña la experiencia. Tal es la condición de esta insensible criatura.

Entre las maravillas que hizo el Señor con la Madre en estos últimos años una fue manifiesta, no sólo al evangelista San Juan, sino a muchos fieles. Esta fue que cuando comulgaba la Señora quedaba por algunas horas llena de resplandores y claridad tan admirable, que parecía estar transfigurada y con dotes de gloria. Este efecto la comunicaba el sagrado cuerpo de su Hijo que se le manifestaba transfigurado y más glorioso que en el monte Tabor.

Acercábase ya el día determinado por la divina voluntad en que la verdadera y viva Arca del Testamento había de ser colocada en el templo de la celestial Jerusalén con mayor gloria y júbilo que su figura fue colocada por Salomón en el santuario debajo de las alas de los Querubines. Y tres días antes del tránsito felicísimo de la gran Señora se hallaron congregados los Apóstoles y discípulos en Jerusalén y casa del cenáculo. Fueron todos con San Pedro al oratorio de la Reina, y halláronla de rodillas sobre una tarimilla que tenía para reclinarse cuando descansaba.

La disposición natural de su sagrado y virginal cuerpo y rostro era la misma que tuvo de treinta y tres años; porque desde aquella edad nunca hizo mudanza del natural estado, ni sintió los efectos de los años, ni de la senectud o vejez, ni tuvo rugas en el rostro ni en el cuerpo, ni se le puso más débil, flaco y magro, como sucede a los demás hijos de Adán, que con la vejez desfallecen y se desfiguran de lo que fueron en la juventud y edad perfecta. La inmutabilidad en esto fue privilegio único de María, así porque correspondiera a la estabilidad de su alma purísima, como porque en ella fue correspondiente y consiguiente a la inmunidad que tuvo de la primera culpa de Adán, cuyos efectos en cuanto a esto no alcanzaron a su cuerpo ni a su alma.

Al entonar los ángeles música se reclinó María en su tarima o lecho, quedándole la túnica como unida al sagrado cuerpo, puestas las manos juntas y toda enardecida en la llama de su divino amor. Y cuando los ángeles llegaron a cantar aquellos versos del capítulo segundo de los Cantares: Surge, propera, amica mea, etc., que quieren decir: "Levántate y date prisa, amiga mía, paloma mía, hermosa mía, y ven, que ya pasó el invierno", etc., en estas palabras pronunció Ella las que su Hijo en la cruz: En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu. Cerró los virginales ojos y expiró.

La enfermedad que le quitó la vida fue el amor, sin otro achaque ni accidente alguno. Y el modo fue que el poder divino suspendió el concurso milagroso, con que conservaba sus fuerzas naturales, para que no se resolviesen con el ardor y fuego sensible que la causaba el

amor divino, y cesando este milagro hizo su efecto y le consumió el húmido radical del corazón y con él faltó la vida natural.

Pasó aquella purísima alma desde su virginal cuerpo a la diestra y trono de su Hijo, donde en un instante fue colocada con inmensa gloria. Y luego se comenzó a sentir que la música de los ángeles se alejaba por la región del aire, porque toda aquella procesión de ángeles y santos caminaron al cielo empíreo. El cuerpo de María Santísima, que había sido templo y sagrario de Dios vivo, quedó lleno de luz y, resplandor y despidiendo de sí admirable y nueva fragancia. Los mil ángeles de la custodia de María Santísima quedaron guardando el tesoro inestimable de su virginal cuerpo. Los Apóstoles y discípulos, entre lágrimas de dolor y júbilo de las maravillas que veían, quedaron como absortos. Sucedió este glorioso tránsito el viernes, a las tres de la tarde, a la misma hora que el de su Hijo, día 13 del mes de Agosto y a los setenta años de su edad, menos los veintiséis días que hay de 13 de agosto, en que murió, hasta 8 de Septiembre, que nació y cumpliera los setenta años. Después de la muerte de Cristo sobrevivió la Madre en el mundo veintiún años, cuatro meses y diecinueve días, y de su virgíneo parto era el año 55. El cómputo se hará fácilmente de esta manera: cuando nació Cristo tenía su Madre Virgen quince años, tres meses y diecisiete días; vivió el Señor treinta y tres años y tres meses; de manera que al tiempo de su sagrada pasión estaba María Santísima en cuarenta y ocho años, seis meses y diecisiete días; añadiendo a estos otros veintiún años, cuatro meses y diecinueve días, hacen los setenta años menos veinticinco o veintiséis días.

Y luego trajeron los Apóstoles unas andas o féretro, y templándose un poco el resplandor se llegaron a la tarima donde estaba, y con admirable reverencia trabaron de la túnica por los lados, y sin descomponerla en nada levantaron el sagrado y virginal tesoro y le pusieron en el féretro con la misma compostura que tenía en la tarima. Y pudieron hacerlo fácilmente, porque no sintieron peso ni en el tacto percibieron más de que llegaban a la túnica casi imperceptiblemente. Puesto en el féretro se moderó más el resplandor, y todos pudieron

percibir y conocer con la vista la hermosura del virgíneo rostro y manos. En lo demás reservó su omnipotencia aquel divino tálamo de su habitación para que ni en vida ni en muerte nadie viese alguna parte de él más de lo que era forzoso en la conversación humana, que era su honestísima cara, para ser conocida, y las manos con que trabajaba.

Tanta fue la atención y cuidado de la honestidad de su Madre, que no celó tanto su cuerpo deificado como el de la Virgen. En la concepción inmaculada y sin culpa la hizo semejante a sí mismo, y también en el nacimiento, en cuanto a no percibir el modo común y natural de nacer los demás. También la preservó y guardó de tentaciones y pensamientos impuros; pero en ocultar su virginal cuerpo hizo con ella, como mujer, lo que no hizo consigo mismo, porque era varón y Redentor del mundo por medio del sacrificio de su pasión, y la purísima Señora, en vida, le había pedido que en la muerte la hiciese este beneficio; de que nadie viese su cuerpo difunto, y así se lo cumplió.

Los Apóstoles levantaron el sagrado cuerpo y tabernáculo de Dios, y partieron del cenáculo para salir de la ciudad al valle de Josafat. Llegaron al puesto donde estaba el dichoso sepulcro en el valle de Josafat, y los mismos Apóstoles San Pedro y San Juan, que levantaron el celestial tesoro de la tarima al féretro, le sacaron de él con la misma facilidad, y le colocaron en el sepulcro Y le cubrieron con una toalla, obrando más en todo esto las manos de los ángeles que las de los Apóstoles. Cerraron el sepulcro con una losa, el concurso de la gente se despidió, y los santos Apóstoles y discípulos, con tiernas lágrimas, volvieron al cenáculo, y en toda la casa perseveró un año entero el olor suavísimo que dejó el cuerpo de la gran Reina.

Y luego fue levantada aquella alma santísima de María a la diestra de su Hijo y Dios verdadero y colocada en el mismo trono real de la beatísima Trinidad, adonde hombres, ni ángeles, ni serafines llegaron, ni llegarán jamás por toda la eternidad. Esta es la más alta y excelente preeminencia de nuestra Reina y Señora: estar en el mismo trono de las divinas personas y tener lugar en él, como Emperatriz, cuando los demás lo tienen los siervos y ministros del sumo Rey. Y a

la eminencia o majestad' de aquel lugar, para todas las demás criaturas inaccesible, corresponden en María Santísima los dotes de gloria, comprensión, visión y fruición; porque de aquel objeto infinito, que por innumerables grados y variedad gozan los bienaventurados, ella goza sobre todos y más que todos. Conoce, penetra, entiende mucho más del ser divino y de sus atributos infinitos; ama y goza de sus misterios y secretos ocultísimos más que todo el resto de los bienaventurados. Y aunque entre la gloria de las divinas personas y la de María Santísima hay distancia infinita, porque la luz de la Divinidad (como dice el Apóstol) es inaccesible y en sola ella habita la inmortalidad y gloria por esencia, y también el alma santísima de Cristo excede sin medida a los dotes de su Madre; pero comparada la gloria de esta gran Reina con todos los santos, se levanta sobre todos como inaccesible.

Esta divina historia dejo escrita por la obediencia de mis preladados y confesores que gobiernan mi alma, asegurándome por este medio ser voluntad de Dios que la escribiese y que obedeciese a su beatísima Madre, que por muchos años me lo ha mandado; y aunque toda la he puesto a la censura y juicio de mis confesores, sin haber palabra que no la hayan visto y conferido conmigo, con todo eso la sujeto de nuevo a su mejor sentir, y, sobre todo, a la enmienda y corrección de la Santa Iglesia Católica Romana, a cuya censura y enseñanza, como hija suya, protesto estoy sujeta para creer y tener sólo aquello que la misma Santa Iglesia nuestra Madre aprobare y creyere y para reprobare lo que reprobare, porque en esta obediencia quiero vivir y morir. Amén.